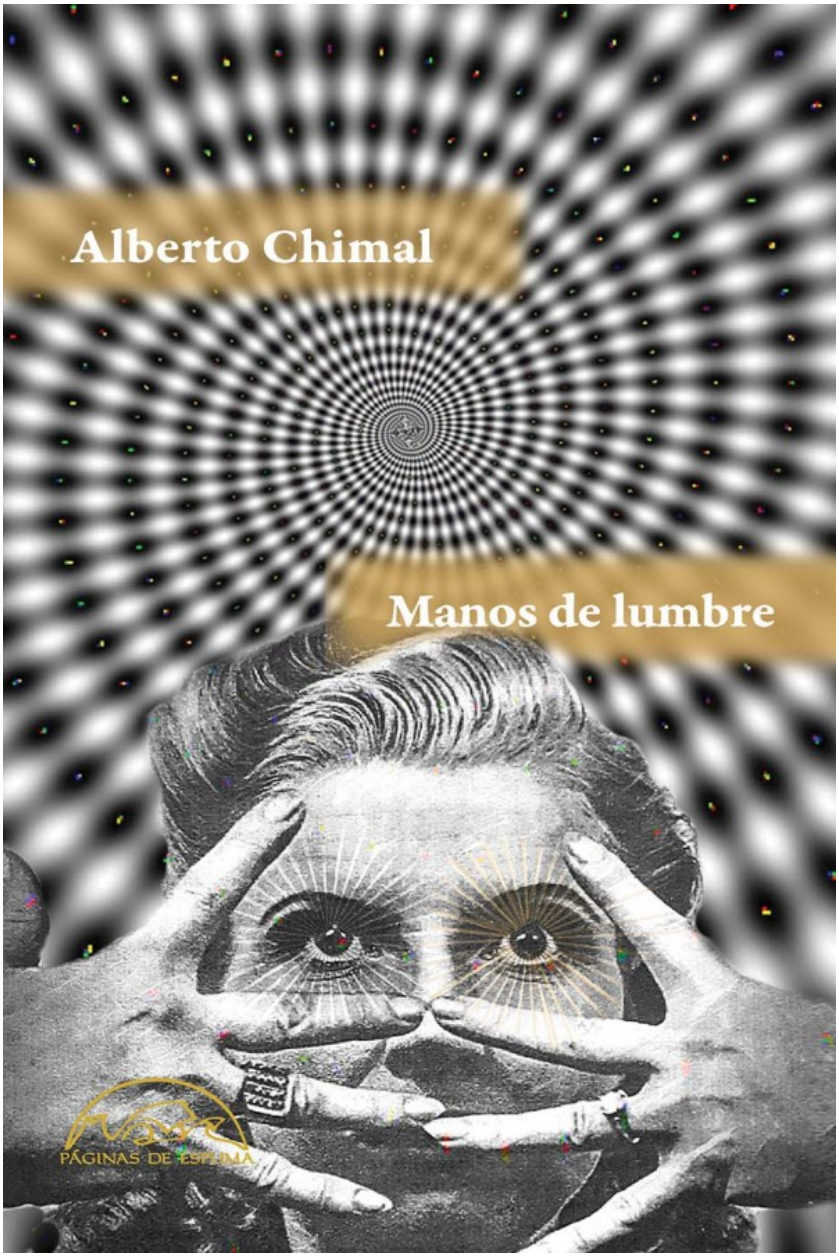
Alberto Chimal
Manos de lumbre
PÁGINAS DE ESPUMA

Alberto Chimal

Manos de lumbre

Alberto Chimal, *Manos de lumbre*
Primera edición digital: septiembre de 2018

ISBN epub: 978-84-8393-633-7
IBIC: FYB

© Alberto Chimal, 2018
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2018

Colección Voces / Literatura 264

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

El autor completó este libro con apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

a Raquel,
quien es parte
de lo que no es infierno

Tienes manos de lumbre: destruyes lo que tocas.

(También se dice: *manos de diablo, manos de fierro, manos de hacha, manos de estómago, manos de cachimba*, etcétera).

Los Leones del Norte

Lo que la gente debería comprender de este asunto tan sórdido es justo lo que no puedo explicar. Sonaría ofensivo. Políticamente incorrecto. Y tal vez sería incluso perjudicial, dado el papel de villano que algunos medios me quieren asignar. Pero sería la verdad.

El teléfono ha dejado de sonar por primera vez en toda la mañana. Sin embargo, Rodrigo, mi asistente, ha comenzado a llamar a la puerta de mi estudio, sin duda con más solicitudes fastidiosas. Yo no hago caso. Sentado en mi silla ante el escritorio, decido no rendirme ante la mojigatería y el sensacionalismo generales. En cambio, me concentro. ¿Cómo enunciar lo que sé?

(No, no es que dude de mi capacidad ni que la tarea me parezca en verdad abrumadora. Tengo el dominio del lenguaje y la capacidad de raciocinio suficientes para eso y para mucho más. Aquí voy).

Uno: soy un escritor reconocido y estoy creando –*ya he creado*– una obra importante. Sin falsas modestias. Sin mentiras. Mis novelas y ensayos dan sentido a porciones importantes de la actualidad, al menos, de mi país y mi región del mundo, como lo demuestran los estudios académicos que se han hecho sobre ellos, los premios que he recibido, el afecto de mis lectores, etcétera. No solo se me celebra aquí, en México, sino en el resto de Hispanoamérica, y siempre soy de los que viajan a las ferias del libro y los encuentros internacionales en países de otras lenguas. Al lado de las Margo Glantz y de los Sergio Pitol, y con entera justicia (sí, lo digo), estoy siempre en esa «lista A» (fea importación del inglés) en la que los escritores resentidos de segunda y tercera categoría ansían figurar toda la vida, sin querer entender siquiera por qué no lo merecen.

Dos: como mi obra es importante, tengo la obligación de darle todo el impulso posible, para hacerla llegar a quienes puedan servirse de ella. Para prestar esa voz, por cursi que suene, a quienes no tienen una. Esto es justo lo opuesto del culto actual de la celebridad, que sacrifica todo a la «presencia en medios» y vuelve al reconocimiento un fin en sí mismo. Por el contrario, en la labor de los artistas –de los verdaderos artistas– siempre cuenta más ese contacto con los demás, ese servicio. Las otras recompensas vienen después.

(Ahora Rodrigo me está llamando.

–Maestro García –dice, sin alzar la voz, aunque sé que debe estar preocupado. Y vuelve a tocar la puerta. Pero no: estas aclaraciones, aunque solo sean para mí, son más urgentes).

Tres: curiosa, paradójica, lamentablemente, la obligación de impulsar la obra implica hoy, entre otras tareas, la de mantener una «presencia». Tampoco finjamos que vivimos en los tiempos de Voltaire y su granja, de Thoreau encerrado en la finca de Walden. ¿No estamos de acuerdo todos en que el escritor no puede, no debe encerrarse en su torre de marfil? Tiene que salir de ella: existir en el mundo y mezclarse con la gente. Y el modo de hacerlo es publicando constantemente en los periódicos, las revistas y, qué remedio, las porciones responsables de internet, lejos de las páginas sensacionalistas y las noticias falsas.

(–Maestro García, disculpe –vuelve a decir Rodrigo. Está muy nervioso. En circunstancias normales sabe cuándo no debe insistir. Pero ya solo me queda un inciso).

Cuatro: como las de todo ser humano, mis fuerzas son limitadas y deben concentrarse, primero, en mi obra mayor, y después en mis otros compromisos, desde la vida doméstica hasta mi puesto como director del Museo de la Impresión. No soy una máquina ni una «agencia de contenidos», como se dice ahora. Además, sí, un solo párrafo mío cuesta mucho más esfuerzo –más tiempo, más energía– que muchas páginas de un autor de menos cuantía, y no digamos de un redactor de pacotilla.

Estas son las razones por las que, desde hace años, he recurrido, quizá con más frecuencia que la que hubiera sido prudente, a tomar texto de otros e incorporarlo en artículos, pequeñas viñetas narrativas y otros trabajos menores, pensados solo para mantenerme en la conciencia de los lectores y (nada hay de malo en eso) complementar mis otros ingresos. Recalco: todo eso, lo que aparece en mis columnas y mis colaboraciones para revistas, es parte subalterna de mi trabajo, accesorios de lo importante. Hay gente que intenta y logra incluso crear una obra mayor desde los medios: los periodistas de fuste, por ejemplo, como Caparrós o Kapuściński. Más cerca de casa, los espléndidos Juan Villoro o Jorge F. Hernández. Yo, no: mis inclinaciones y habilidades me obligan a escribir (a *intentar* escribir, sí; pero ya lo he logrado) grandes novelas, tratados extensos y complejos, que toman mucho tiempo.

–Tengo que estar presente entre la gente –digo en voz baja. Es un mal endecasílabo, resulta melodramático y suena lo bastante alto para que Rodrigo me oiga.

–¡Maestro García! –dice una vez más, y la urgencia en su tono, la rapidez de sus golpes a la puerta, son inconfundibles. Se ven los signos de admiración, como digo a veces para hacer reír a las secretarias y empleadas de la oficina.

–Ya voy –digo, y me levanto. ¡Pobre muchacho! Él entiende lo absurdo

de lo que me está pasando sin que tenga que decírselo. Me ha ayudado mucho en esta prueba, igual que en los años que lleva trabajando para mí. Cuando empezó este último escándalo –cuando la «denuncia» ridícula de hace un par de años fue desenterrada y se volvió de pronto muy popular, aún no entiendo bien por qué–, buscó hasta encontrar varios artículos que defienden el «plagio» como apropiación justa y necesaria en el presente y en la historia entera de las artes y me los ofreció. Incluso encontró un libro entero: *Contra la originalidad*, de un tal Jonathan Lethem, que leeré en cuanto tenga tiempo. Pero, desde luego, no puedo invocar ninguno de estos textos para defenderme. De hecho, no puedo invocar texto alguno.

–Qué ocurre –digo, con voz agria, al abrir la puerta.

Rodrigo es delgado y moreno, camina un poco encorvado y lleva el cabello largo y atado en una cola. Viste playeras con lemas (hoy trae una negra, supongo que de algún grupo de *heavy metal*, con palabras en caracteres rojo sangre). Estudia Letras en la universidad y trabaja conmigo de medio tiempo. Tal como ahora parece la caricatura de un estudiante de izquierda, un día –si, Dios mediante, las universidades nos duran– será la caricatura de un profesor de humanidades. Pero como nunca le he dicho lo que pienso de su intelecto o de su apariencia, lo trato bien y le pago lo justo, he conseguido su lealtad.

–Maestro –dice–. Hay algo raro en su expresión.

Lo miro y pienso que si no trabajara conmigo se habría enterado de todo esto por Facebook, Snap Chat, Tinder o lo que sea que use la gente de su edad, y sentiría por mí el odio fácil que, para mi sorpresa, sienten muchísimos otros: todos esos trogloditas que escriben notas odiosas o propagan «memes» –¡sin haber leído jamás a Richard Dawkins!– que me representan de maneras espantosas. (Y, ya lo sé, no he visto todo lo que hay).

Pero no debo pensar así. Rodrigo me está mirando con cara de preocupación. Está de mi lado.

–Vinieron –me dice, vacilando–. Es decir, los… Están aquí.

De inmediato entiendo a quiénes se refiere.

Y me evado, me fugo: por un momento no escucho el resto de lo que dice.

¡Qué fea palabra es «plagio»! De ella viene también «plagiario», que suena a secuestrador. Tiendo a imaginar los peores resultados de cualquier situación: es un hábito malo, no, terrible que tengo. Me pregunto qué pasaría si esto que he hecho (lo reconozco) fuera un delito del orden común o incluso federal. Me veo exhibido por la policía como si fuera parte de una banda de secuestradores, de los que cortan orejas y dedos y luego matan a

sus víctimas incluso si se les paga el rescate, y se me revuelve el estómago. Los artículos a favor del plagio que me dio a leer Rodrigo no estaban nada mal: la mayoría era de autores mexicanos, jóvenes y también –en algunos casos– prestigiosos. Por ahí estaba, entre otros, Luigi Amara, joven de gran talento y excelente familia. Lo he visto en persona dos o tres veces en cenas y eventos exclusivos. Creo que incluso ha participado en alguno de los ciclos de conferencias que organizo en el Museo.

Pero divago. Volvamos a donde estábamos: aunque los textos que me trajo Rodrigo no parecen tener mucho afecto por los «plagiarios» de cierta edad y renombre –Saramago, Pérez Reverte, Bryce Echenique–, dicen la verdad. ¡Por supuesto que la dicen! Shakespeare reprodujo pasajes de Montaigne en *La tempestad*. Lautréamont transcribió fragmentos del Apocalipsis –por no hablar de otros libros y hasta de una nota de periódico– en los *Cantos de Maldoror*…

De nuevo sin falsa modestia, yo tendré mi lugar, acaso menos elevado pero mío, ganado a pulso, entre esos autores admirados. El canon de mi país será siempre periférico, subordinado a los de las grandes naciones (otra verdad que casi nadie soporta) pero, sea como sea, yo estoy en él. Al menos *La doncella del Ypiranga*, *El amor aniquilado*, *La realidad del jardín*, *Urvashi* y *Se hablaba en las paredes*, lo mejor de mi obra, están en él. Y los grandes de cualquier canon, digan lo que digan sus enemigos, tienen una obra mayor irreprochable, al igual que la mía. Propia de su tiempo y de sus circunstancias.

Yo he empeñado todo en la creación de esa obra. Y cuando muera, estoy seguro, se hablará de mis libros y de su valor, y los hechos penosos de estos días quedarán olvidados, como debe ser. Con este pensamiento feliz me obligo a concentrarme en lo que Rodrigo me está diciendo. Para disimular, le digo:

–A ver, espera. Otra vez. Explícamelo otra vez.

Él se queda mirándome. Tal vez se da cuenta de que no lo estaba escuchando. No lo sé.

Me dice:

–Alguien les dio esta dirección, maestro.

–¿Por qué –pregunto– no les dieron la dirección del Museo?

Voy a mi oficina del Museo dos veces por semana, de 10 a 12 del día, a firmar papeles, ver pendientes y recibir personas. Los periodistas suelen verme allá. Incluso me han visto allá las otras veces que ha habido problemas como el de hoy (aunque jamás había habido uno tan difundido, tan publicitado) …

–No sé quién les haya dado la dirección de acá, maestro –dice Rodrigo–.

Esto no le había pasado antes, ¿verdad? Alguna de las otras veces que…

–Te digo que no –me apresuro a decir, y al instante noto que no lo dije, solo lo pensé.

Él, por suerte, no se da cuenta:

–Están esperando en la sala. Dicen que no tienen prisa. Como hoy es viernes la señora no está…

–¿Qué señora?

–La señora Juanita. –Es la persona que viene tres días cada semana a hacer la limpieza; por un momento pensé que se refería a mi mujer. Ella tampoco está aquí, lo que no me sorprende: ya sé que nunca puedo contar con ella cuando hay verdaderas dificultades, y ahora mismo debe estar en algún café con sus amigas, hablando mal de mí y de los maridos de ellas, si no es que ocupada en su estafa disfrazada de negocio para mujeres. «Pétalos de Oro», lo llama, dizque para «distanciarlo» de otros similares. Yo estoy en una etapa de mi vida en la que no es posible volver atrás en casi ningún sentido, y he aprendido a aceptarlo; con todo, pienso que uno de los errores más grandes que cometí fue considerar que algo esencial en la elección de una pareja debía ser que ella no tuviera interés alguno en mi especialidad, ni capacidad suficiente para intentar competir en ella ni en ninguna otra. ¿Qué tengo ahora, después de tantos años? No una esposa trofeo, sino una timadora de poca monta que vive conmigo. ¿Quién iba a decir que Mildred (mi mujer) resultaría no inteligente, no un riesgo, pero sí astuta, artera, codiciosa…? ¿Para qué quiere más dinero del que le doy? ¿Y no se da cuenta de lo horrible que se ve que cada mañana escriba en un cuaderno varias planas de una misma frase de autoayuda?

Entonces acabo de entender la situación.

–¿Están adentro de la casa?

Rodrigo me ve con cara de asombro.

–Sí, le decía que…

–¿Tú les abriste? ¿Por qué estás tú atendiendo la puerta? ¿Dónde está Juanita?

–No viene hoy. Es viernes.

Abro la boca. Debo parecer alelado. Siento rabia contra mí mismo. ¡No puedo quedarme atrás de esta manera! ¡Lo que está pasando ahora es importante!

–Pero yo –dice Rodrigo– los puedo atender un rato. Nada más que no sé. ¿Qué les digo?

–¿Qué les dices? ¿Sobre qué?

A lo mejor estoy aturdido.

–Sobre el asunto –me contesta Rodrigo.

A lo mejor me va a dar un infarto. Un derrame.

No, eso es ridículo.

–¿Para qué les abriste? –digo, y él me ve con cara de sorpresa. Luego se pone rojo. De vergüenza.

–No supe qué más hacer –tartamudea.

Y, ah, *ese* es el problema.

¿Qué más hacer? ¿Qué les puede decir él? ¿Qué les puedo decir yo?

La mejor manera de proceder cuando hay que buscar texto es, por descontado, no buscar en Montaigne o en el Apocalipsis. No tengo empacho en reconocer que ya soy un hombre mayor y de la vieja escuela: no aspiro a hacer lo que hacen los jóvenes. De hecho no lo entiendo. No conozco las teorías que ellos mencionan todo el tiempo, no sé distinguir una *remake* de una intervención (o como se llamen) y Slavoj Žižek –cuyo nombre sé escribir, al contrario de muchos– me parece un charlatán inflado e incomprensible. Cuando hago lo que hago, solo quiero ayudarme a llenar el espacio prefijado que debe ocupar un artículo. No me atrae la idea de enfatizar mis fuentes de manera obvia ni siquiera de sugerir que estoy tomando algo de algún otro sitio, como les gusta a algunos de los jóvenes. Sería una soberbia inútil: no resultaría menos ridículo que, por ejemplo, tratar de vestirme como un veinteañero (otro error penoso que cometen varios).

Más todavía, mis columnas no son para lectores con doctorado en letras o filosofía, enterados de las novedades y las últimas tendencias: son textos sencillos para personas que están leyendo su periódico o revista mientras toman el café de la mañana o necesitan relajarse durante algún trayecto, o bien a la mitad de un día pesado en la oficina. Hablo (escribo) en ellas de cosas simples, que propongo y comento con ingenio y simpatía pero, lo repito, en términos simples. Esos lectores a los que me refería merecen textos que los satisfagan y estimulen tanto como los especialistas en intertextualidad y todos esos terminajos.

Por todo lo anterior, en vez de buscar pasajes cuyo origen pueda distraer del contenido y el sentido general del texto en el que los dispongo, busco (buscamos) en publicaciones de poca monta, de escasa tirada, de autores anónimos. Gente que tal vez solo escribió unos pocos buenos párrafos en su vida y después declinó hasta el olvido, siempre en los márgenes, o que incluso abandonó la escritura para dedicarse a alguna otra actividad, en la que bien pudo haber encontrado más satisfacciones y haber sido más útil al mundo.

–Estoy pensando –le digo a Rodrigo, y es la pura verdad. No le digo que no estoy pensando en los hombres que me esperan. Pero es que no puedo.

No quiero.

Mañana, mañana, mañana, como dice Macbeth. Más o menos. Y en otras circunstancias.

Aunque no son *tan* distintas… El rey de Escocia y yo somos asediados por nuestros enemigos. Ninguno de los dos entiende cómo pudo pasar.

Rodrigo y yo también buscamos texto en blogs –otra voz horrenda– y lugares parecidos. Sí: Rodrigo me ha ayudado en esto durante el último par de años. Él entendería mi referencia a Shakespeare: otro –lo digo una vez más– que tomaba de donde le conviniera y dejaba en todo la marca de su genio.

Aunque mi figura tutelar, curiosamente, es Ludwig van Beethoven. Según la leyenda, mientras escuchaba una pieza torpe de algún compositor de su propio tiempo, olvidado con justicia por el nuestro, Beethoven, exasperado, dijo en voz alta: «Tengo que componer esto». La frase tiene todo el sentido del mundo como método y filosofía de trabajo: componer como crear y componer como arreglar, las dos cosas a la vez. Rescatar lo que el colega inepto no supo desarrollar bien y mejorarlo: lograr que alcance la plenitud de su profundidad y su belleza. Lo que hacen todos los grandes, pero explicado. Comprensible.

Noto que seguimos de pie en el vano de la puerta y me siento incómodo. Si el pobre Rodrigo tiene el aspecto que tiene, yo no me quedo tan atrás con mis tirantes mal ajustados, mi camisa arrugada y mi pantalón que… no está recién lavado. De Rubén Bonifaz Nuño queda la imagen de que siempre escribió vestido de traje y corbata. Yo no soy él. Con los restos de melena que mantengo, y con mi barba larga y todavía entrecana, me han dicho que no estoy muy lejos de parecerme a Stanley Kubrick en sus últimos años. Solo tendría que vestir pantalones de pijama y rompevientos de colores chillones. (Esto último lo dijo una vez, entiendo que con la peor intención, una narradora a la que en principio sigo respetando).

¿Stanley Kubrick habrá pasado por algo como esto? ¿Se habrá recluido en su finca inglesa para despistar a los árboles caminantes de Birnam? ¿Para evitar que Aníbal (insertemos otra referencia pomposa) llegara a sus puertas?

–A ver, entra –ordeno a mi asistente–. Siéntate. –Y le señalo los sillones de cuero auténtico en los que recibo a mis visitas. Yo regreso a sentarme ante el escritorio. Debo reconocer que intento esconderme tras el mueble. Rodrigo me observa, pero yo evito su mirada.

Quién sabe si la anécdota de Beethoven ocurrió de verdad: no tengo idea de si el juego de palabras (componer/componer) tendrá sentido en alemán. Pero mi trabajo, en fin, es ese cuando me pongo el gorro de articulista, de «personalidad»: sacar el oro de entre la paja y darle brillo. También es una

actividad creativa. Unos versos mal hechos pueden quedar mucho mejor convertidos en prosa. Una narración puede ser más atrayente en primera que en tercera persona. Los regionalismos que lastran una descripción pueden ser sustituidos por términos más accesibles para públicos amplios. Y quien gana es el lector: fragmentos hermosos o al menos interesantes que no habría podido encontrar de ninguna otra manera le llegan gracias a mí, perfeccionados, en publicaciones serias y bien distribuidas.

–¿Maestro García?

Hay que reconocerlo: el lector aprecia más esos textos cuando se los ofrezco yo, y no por mi talento, que tal vez no siempre perciba con claridad, sino por mi prestigio y mi larga carrera. Hagamos otra vez a un lado la falsa modestia: he dado pruebas innegables de merecer la atención de todos los que me admiran. Eso no se logra con facilidad: se necesitan años, décadas, de publicaciones sostenidas, así como de establecer los lazos en el mundo de la edición, en el del periodismo, y entre los colegas escritores, que me permiten continuar publicando. No soy ningún advenedizo, ningún pelagatos. Mis enemigos podrán decir lo que les plazca, pero lograr lo que yo he logrado *incluso* en este terreno no es fácil. ¿Era Borges quien decía que a cualquiera le podía pasar escribir bien una sola vez en la vida? ¡Traten de hacerlo, señores, una semana sí y otra también durante cincuenta años!

–Maestro García –vuelve a decir Rodrigo–. ¿Se siente bien?

¡Y cuando tengo tiempo, ojo, puedo escribir artículos completos sin ayuda de nadie! Lo he hecho. En mi juventud –cuando era feliz e indocumentado, como decía el entrañable Gabo– lo hacía con frecuencia. Es solo que ya casi nunca tengo tiempo.

–Puedo decirles que se siente mal –ofrece Rodrigo–. Tendría que decirles algo…

De pronto vuelvo a sentir rabia. No es posible que estas peleas miserables me afecten tanto. El mismísimo Octavio Paz, el más grande literato de mi país, la conciencia crítica de Occidente en el siglo xx, como lo llamó no recuerdo cuál de sus partidarios (aunque tal vez con más entusiasmo que verdad), se burló de quienes llegaron a acusarlo de plagio alguna vez. Otro de los artículos que me dio Rodrigo me recordó su frase, que fue famosa en su tiempo, luego se olvidó y ahora ha vuelto. «No estoy contra el plagio», declaró don Octavio, «cuando la víctima desaparece. Ya se sabe: el león se alimenta del cordero». ¡Tiene razón! Es el orden natural, que se reproduce en todas las actividades humanas. Y aquí, me tendrán que perdonar todas las «buenas conciencias», yo soy el león. Yo tengo derecho. Toda mi obra me respalda. ¿Quiénes son esos arribistas que quieren cuestionarme a mí? ¿A dónde habrían llegado sus escritos miserables, sus

balbuceos y estornudos, de no ser por mí?

–No –le respondo a Rodrigo, y me levanto. Saco el pecho.

No lo saco mucho. Como tantos escritores de mi edad, tengo un vientre prominente. Hace treinta años, entonces sí que me hubiera visto gallardo. De pronto pienso que estoy muy gordo.

Pero aparto la idea y continúo:

–¿Qué te han dicho?

Este problema en particular comenzó hace dos años, cuando apareció aquella nota infame en el sitio de un «cazador» de plagios, especie rencorosa y diminuta. En aquel entonces Rodrigo lo supo, yo lo supe por él, pero nadie más en el mundo parece haber leído la «denuncia» y, como siempre en estos casos, aplicamos la primera regla de la prudencia, que fue no decir nada tampoco.

Sin embargo, el origen de todo es más antiguo, pues se remonta a poco más de veinte años. En los noventa tuve, digamos, una etapa: publicaba artículos en un par de revistas y comencé una serie muy lírica sobre la vida en varias ciudades del país: lo que entonces se llamaba «el interior» o «la provincia» sin que nadie se ofendiera.

Sucedió de este modo: durante un viaje en carretera, nos detuvimos en un parador y en la tienda del mismo, entre otras mercancías de mala calidad a precios excesivos, había un exhibidor repleto de casetes (sí, todavía se usaba esa tecnología antediluviana). Eran cintas de música regional –mariachi, norteña, etcétera–, todas de artistas desconocidos.

–Quieren hablar con usted –dice Rodrigo–. Antes de hacer cualquier otra cosa quieren hablar con usted.

Se me ocurrió una idea: ¿y si para variar utilizaba, para mis artículos, material de canciones y no de textos escritos? Las letras, por supuesto. Debían ser de lo más mediocre, pero con un sabor popular que sin duda se prestaría a ser «compuesto». Compré todas las cintas, las guardé en una bolsa de plástico y dije a mis compañeros de viaje que me interesaba la música mexicana, lo cual no es mentira.

Ya de vuelta aquí, en casa, me encerré en este mismo estudio con las cintas y una grabadora, las escuché todas con atención (las cajas no contenían las letras impresas) y rescaté numerosas frases estupendas, de auténtica raigambre nacional: solo con anotarlas en mi cuaderno sentía que las liberaba de las voces horribles que las habían cantado y las melodías cavernícolas que las habían envuelto.

–No quieren empezar metiendo abogado –continúa Rodrigo. Esto me sobresalta.

–¿Metiendo? –digo–. ¿A dónde lo van a meter?

–Esto… Meter abogado quiere decir demandar, maestro.

–Ah. Entiendo.

–Pero ellos dicen que no quieren empezar con eso. No quieren hacer todavía una demanda.

–¡Ya entendí!

¿Por qué, me pregunto, este mal rato no puede simplemente *pasar*? ¿Por qué no se acaba esta dificultad? ¿Por qué, ahora, insisten todos en pedir mi opinión, cuestionarme, acusarme? ¿Por qué he recibido más llamadas por este asunto ahora que por cualquiera de mis libros? ¿De verdad es tan importante? ¿No se supone que estas prácticas textuales son «lo de hoy»? ¿No copian todo el tiempo figuras más grandes que yo, ya no digamos Shakespeare o Paz, sino el presidente de la República?

¿Y los de otros lugares? ¿Y un porcentaje apreciable de los académicos de todas partes? ¿No hay nada más a lo que prestarle atención? ¿No se había descubierto que aquel otro presidente ni siquiera sabe leer?

Y yo que hasta me había olvidado de esos textos. ¡Para qué los recordé!

–Bueno, maestro… No se disguste…

Cada cierto tiempo dejo constancia de mi obra menor, para acompañar a la otra, en libros que recogen mis artículos de tal o cual época o tema. La tarea de reunirlos y darles forma no es una a la que pueda dedicar tiempo, por lo que la dejo a los editores y asistentes. En concreto, Rodrigo fue quien reunió, hace casi cuatro años, el libro que hoy nos (pre)ocupa.

Yo lo quise titular *El viajero del siglo* al saber que estaría compuesto, según me explicó Rodrigo, de artículos y viñetas inspiradas por algunos de los viajes que hice en México y el mundo durante el siglo xx. Las canciones aquellas están convertidas –dentro de tres o cuatro textos separados– en breves anécdotas «de la vida real», asignadas a pueblos pequeños de México y protagonizadas por hombres y mujeres comunes. Estos no son mis textos favoritos del conjunto: prefiero historias de más calado, basadas (qué triste tener que decirlo así) en hechos vividos. Por fortuna, no me faltan buenos recuerdos, como mi visita a Derek Walcott en Santa Lucía –con la aparición inesperada de su amigo, el también enorme Joseph Brodsky–, mi viaje en auto con Vargas Llosa por las calles de Chicago, o aquella otra vez, maravillosa, en la que pasé toda una tarde con Vladimir Nabokov en Montreux, atendidos ambos por Vera, su mujer…

El viajero del siglo no pudo ser porque (Rodrigo se encargó de verificarlo) ya había un libro con ese título, una novela de un joven argentino llamado Neuman. Para peor, era una novela premiada y publicada por Alfaguara. Ahí sí no había más que desechar la idea y seguir buscando. Al final nos quedamos con *La mexicana musa*: una cita de sor Juana Inés de la

Cruz que pudo ser hasta epígrafe, se ve bien y cambia un tanto el foco de los textos, alejándolo de los viajes en sí y moviéndolo hacia la inspiración de su mexicano autor. No me disgusta ni siquiera hoy.

Yo siempre le dije a Rodrigo que usara su criterio para seleccionar los textos de esos libros y, la verdad, el índice me pareció bueno cuando lo revisé. Él, estoy seguro, jamás actuó con malicia. Presenté el volumen en la Feria del Libro de Guadalajara, con buen éxito, y se ha vendido bastante bien.

–Le tengo que insistir, maestro –dice Rodrigo.

Ahora descubro que me siento mal. Salgo de detrás de mi escritorio, camino hasta los sillones y me siento junto al que ocupa Rodrigo. Extiendo el brazo y le doy una palmada en el hombro. Trato de sonreír.

Él sonríe con sinceridad. Pobre.

–Disculpa –le digo–. Es la tensión. ¿Cómo quedamos que se llama el conjunto? El grupo. La banda. ¿Se dice banda? De seguro tus abuelos decían «conjunto».

No sé nada de música moderna. De ningún tipo. Es algo más en lo que tampoco podría mantenerme actualizado, y en cualquier caso para mí todo eso se terminó con los Rolling Stones. Lo que ha venido después es ruido. Ruido y provocaciones absurdas que no tienen nada que ver con la música en sí, por exitosas que pudieran resultar. Madonna me gustó por un tiempo en los años ochenta, sí, pero fue por su imagen sucia y no por su pop insípido. Gloria Trevi, en los noventa, hizo lo mismo, en mi opinión. Y en años más recientes me ha sorprendido cierta atracción por Lila Downs, una cantante de origen indígena, pero es también por sus rasgos, sorprendentemente armoniosos, más que por sus canciones…

Rodrigo me dice el nombre y no lo escucho. Percibo que habla. No retengo lo que dice.

¿Y de música norteña? Yo no reconozco nada. ¿Cómo podría hacerlo? Ni variantes ni géneros ni, mucho menos, nombres. Puedo nombrar a excelentes escritores norteños, como Daniel Sada o Élmer Mendoza. Pero el único grupo que pude recordar en la mañana de hoy, mientras sonaba y sonaba el teléfono, fue Los Tigres del Norte.

¿Quiénes son los que están ahora en la sala de mi casa?

–Me dijeron –continúa Rodrigo; no se dio cuenta de que no lo escuché– que están sorprendidos, maestro.

Yo también lo estoy. ¿Cómo iba a saber, hace veinte años, cuando compré su cinta junto con todas las otras, que se iban a volver famosos? ¿Cómo iba a saber siquiera que seguirían tocando juntos, que no se iban a desintegrar para acabar trabajando en un mercado, o emigrando a Estados

Unidos…, o traficando drogas…?

–¿Eso te dijeron? –pregunto, para ganar tiempo.

(¿No podrían haber conseguido la dirección del Museo? Van un día y ese día no estoy. Van al otro en el horario equivocado. Por fin llegan cuando sí estoy y entonces deben registrarse, esperar, darse cuenta de que no hablan con cualquiera. De que no va a ser como si llegaran a la casa de cualquiera, a la hora que les da la gana…).

–¿Sí recuerda lo que salió publicado? –me dice Rodrigo–. ¿Que alguien buscó la letra de la canción de ellos en internet y encontró lo que publicaron contra *La mexicana musa*? Por eso se echó todo a andar ahora: porque no se quedó ahí, sino que sus fans lo empezaron a comentar, y luego se hizo el meme, y luego pasó lo de que les dieron el Grammy Latino. Todos los medios fueron a buscarles notas, y entonces…

¿Cómo se llaman? De pronto esto es apremiante. ¿Los Cadetes de…, de algún sitio, me dijo Rodrigo?

¿Existe un conjunto con ese nombre?

¿O me dijo Los Ángeles Negros? ¿O Rojos? ¿O Verdes?

¿O me dijo otro nombre? ¿Los Alegres de Alguna Parte? ¿La Banda Algo?

¿Los Lobos del Norte?

¿Los Leones del Norte?

Vamos a admitir algo sin más demora. Estoy aterrado. Soy un escritor, un intelectual. Un tipo de vida sedentaria. Paso de los setenta años. Jamás fui un hombre de acción. Soy un individuo penoso. Soy una ruina humana. Débil. Tembloroso. Estoy temblando. Todo se lo he apostado a mi obra. Pero mis novelas y mis ensayos, aunque «revelan con brillantez una porción de la experiencia nacional y la experiencia humana en general (¡cómo me gustó esa reseña!)…, no pueden nada contra un arma cargada. Y se dice que los músicos del género norteño, sea lo que sea eso, yo no lo sé, tienen vínculos con el crimen organizado. Se dice que van a tocar a las fiestas de ciertos capos. Que son muertos por otros capos, enemigos de los primeros. Que tienen relaciones estrechas, pues, con la gente que secuestra personas y los mutila y los mata. ¡Con los plagiarios de verdad!

A lo mejor soy un cobarde. A lo mejor estos que me esperan no tienen relación alguna con nadie. A lo mejor. ¿Pero qué hay del resto del odio? Las caricaturas. Los insultos contra mí (aunque no los vea) en las «redes sociales». Las burlas de los autorcillos biliosos, que siempre están en busca de cómo «vengarse» de quienes son mejores que ellos. Alguien con mucho tiempo libre tomó grabaciones de mi voz, las editó y el resultado es una pista en la que parezco declamar la letra de unas canciones del conjunto, y luego

otra de Juan Gabriel. E, inevitable, ya están los que –impulsados por el sensacionalismo: oliendo sangre– se atreven a preguntar si debo seguir al frente del Museo. ¡A lo mejor no soy tan «buen escritor», dicen! ¡Acaso mis libros importantes «no sean» míos en realidad! ¡A lo mejor cometo «otros atracos»! Y todo porque parece, de pronto, que les «robo» a personajes queridos por millones. ¡Apenas he tenido quien me defienda! ¿Dónde están mis «amigos» de décadas en el gremio? ¿Por qué mis alumnos y protegidos no han firmado un desplegado, una declaración de apoyo? ¿Dónde están Mildred, sus amigas? ¿Los trabajadores del Museo, a quienes jamás he tratado como menos que seres humanos?

Soy un cobarde, sí lo soy. Estoy temblando todavía. Pero creo que ahora es por mi vida entera. Porque otra vez caigo en el miedo más absurdo, más irracional, más profundo. Pienso que si Los Leones del Norte, presentes aquí, imposibles de ignorar, no quieren demandarme…, deben querer algo muchísimo peor. Y ellos no son las autoridades de las que depende mi trabajo. No son el juicio de la historia, que es el que debe validar mis méritos estéticos y mi estatura canónica.

No. ¿Cómo les voy a poder decir nada? ¿Cómo podría explicar lo que sucedió? ¿Cómo podría, por ejemplo, decir lo que pienso, o lo que pensé, de las letras de sus canciones? ¿Cómo explicarles las bondades que yo veo en mi proceso? ¿Cómo convencerlos de que no tendrían que sentirse robados, estafados, humillados, ofendidos…?

En este momento pasa algo raro.

Rodrigo, que no ha dejado de mirarme, tiene ahora una expresión de franca alarma. Y se pasa al sillón en el que estoy, es decir, se sienta en el amplio brazo, con lo que quedamos lado a lado, hombro con hombro.

Y luego se inclina hacia mí y me abraza. Me abraza como un hijo. Un hijo que ama a su padre viejo, enfermo.

–Perdón, maestro –me dice–. Pero mire. No se preocupe. Todo va a salir bien.

¡Qué expresión de debilidad es esta! Serán Los Leones del Norte, pero león no come león. Aparto a Rodrigo con brusquedad, casi lo hago caer al suelo, y me levanto.

Quiero gritar: «¡León no come león!», pero antes de poder decir la primera sílaba pierdo el equilibrio. Y yo sí caigo. Quedo de rodillas en el suelo. El dolor del golpe me asombra, no consigo sostenerme y caigo un poco más, hasta quedar a cuatro patas.

Descubro que había dejado de temblar porque otra vez empiezo a temblar.

Rodrigo me ayuda a levantarme. Es un gran esfuerzo. Ahora me lleva.

¿A dónde me está llevando?

–No se preocupe. Vienen en son de paz. Y yo les creo. Los conozco. O sea, los he oído. Son *muy* buenos. Ya ve que le decía que ahora son de los más pesados, de los más famosos… Los conocen en toda América Latina y en el sur de Estados Unidos. En las fiestas tarde o temprano se bailan sus canciones. Siempre.

Ahora sí traspasamos el umbral de mi estudio. Avanzamos por el corredor.

–Y el vocalista… Él ya sabía de usted. Me dice que es un poco su admirador. Dice que ha leído *El amor aniquilado* y *Se hablaba en las paredes*, y que le gustaron.

–Las dos más breves –digo, y de inmediato pienso que esto es agresivo. No debo repetirlo.

Camino ligero porque no camino solo. Yo me apoyo en él, en mi pobre y tonto amigo, casi como Anquises en su hijo Eneas.

–Quiere hablar con usted y aclarar las cosas. A lo mejor basta que usted se disculpe.

(¡Qué hermosa historia!, pienso. El héroe, Eneas, se da tiempo para rescatar a su padre anciano de la ruina de Troya. Se lo echa al hombro, ¡al hombro!, y sale de la ciudad –en la que sin duda los aqueos ya están matando a todos los hombres y violando a todas las mujeres– con él a cuestas. Tiempo después, ya en otro país, Anquises muere, pero Eneas todavía lo ve una vez más, mucho más tarde en sus aventuras, en el Elíseo. El cuerpo de Anquises está muerto, destruido en la Tierra, pero vivo para siempre en el Más Allá, en el amor de su hijo).

–A lo mejor hasta es una oportunidad.

Llegamos a la sala.

Me sorprende que Los Leones del Norte, o como se llamen, no vistan chaquetas de colores chillantes. Yo pensaba que músicos como ellos suelen llevarlas. Tal vez sea solo cuando van a tocar. Tampoco traen puestos los sombreros, ni se ven sus instrumentos.

Aunque sería ridículo que los hubieran traído, ¿no es verdad?

Sí traen botas vaqueras. Eso sí.

Uno de ellos, con cara seria como los otros, está sin embargo tendiéndome la mano.

–Buenas tardes –dice. Parece mexicano, pienso. Y de inmediato este juicio me parece espantoso, absolutamente inconveniente. Doy un paso y vuelvo a tropezar. Rodrigo me toma de un brazo y este hombre me detiene por el otro–. ¿Está usted bien?

Yo no soy capaz de decirle que no, ni tampoco que sí, que es verdad, que

reconozco todo y ahora siento que me llevan al sacrificio. Estoy erguido, más o menos, pero todo mi valor, mi arrogancia, mi estatura canónica y mérito estético se me cayeron y ya no sé dónde están. Debería decirle a este hombre que el resto, lo que se ve ahora, lo que queda, es lo que soy en realidad. Que este es mi cuerpo…, aunque sin duda él debe saber quién dijo eso primero, y con más autoridad, y hasta el fin de los tiempos…

Una historia de éxito

Hace como año y medio, le pedí a mi mamá que me cuidara a Pilar, mi hija chica. Estaba en mal momento. O sea, yo, como mamá. La verdad. A las otras dos ya no tenía que cuidarlas: Biby tenía 16, Amanda 15, y ya hacían sus cosas solas. Pilar, en cambio, tenía 12, iba muy mal en la escuela, y sobre todo estaba muy descontrolada. Gritos, peleas, problemas. Me estaba exigiendo demasiado y yo no se lo podía dar. Como mi mamá es maestra de secundaria, le dije: «Cuídala al menos hasta que pase a la prepa». También dije que se lo pedía a ella porque no podía pedírselo a mi papá. Cuando le digo eso ella acaba haciendo lo que le pido porque mi papá se buscó a otra por su culpa, y todos lo sabemos, y hace muchos años que no tenemos noticias de él. Si el truco no funciona a la primera, puedo agregar que lo extraño mucho, que yo era su consentida y él nunca me negó nada, pero en general no es necesario.

Total, Pilar se fue a vivir a casa de mi mamá, que se iba con ella a la escuela y de regreso, le hacía la comida, le compraba útiles y lo que le hiciera falta. Según ella, le quería dar disciplina. Que se esforzara y estudiara y tuviera estructura, o una madre así. Me daba pena cuando me contaba esto porque me acordaba de cuando yo era chica y ella, o sea mi mamá, nos quería aplicar la misma a mí o a mis hermanas. Siempre estaba chingando. Que nos íbamos a descarriar, decía, aunque nada más cuando estábamos solas, porque si mi papá la oía le paraba el alto y le decía: «Esas son mamadas».

Me acuerdo bien porque nunca usó otra frase. No tenía pedos para decirla, aunque fuera una «grosería» [*levanta los dedos para sugerir las comillas*], y cuando le pregunté qué quería decir hasta me lo explicó, con todo y que yo debo haber tenido como seis años y desde luego todavía no sabía en carne propia nada de esas cosas.

Pasó casi todo el año, Pilar empezó a mejorar en la escuela, y mi mamá estaba contenta, pero yo tenía mucha ansiedad. Había pensado que iba a ser hasta un ahorro, no tener que gastar en ella, pero la verdad es que en ese tiempo nunca hice cuentas de dinero. No me daban ganas. Era más el malestar que sentía por no tenerla cerca. Los fines de semana que venía a la casa, nos quedábamos en la cama hasta la hora de la comida, y yo me acordaba de cuando hacíamos lo mismo en un lunes o un miércoles: nos levantábamos con hueva, ella no iba a la escuela, yo no iba a trabajar y era como escaparnos juntas. En las tardes ella se iba a pasear por la unidad habitacional, a ligar con los chavos, a alguna fiesta en la noche, lo de

costumbre… Pero ya no era igual.

Pilar se veía distinta cuando llegaba de estar con mi mamá: la sentía lejana, como que costaba trabajo hacer que se integrara otra vez a la familia. Me reía de ella porque hasta quería hacer la tarea de la escuela, como ñoña, y ella se enojaba mucho cuando yo se lo decía. Y no ayudaba nada que su papá, mi marido, igual se burlara de ella, pues él lo hacía no solo por la tarea sino porque se estaba poniendo gorda. Mi mamá le daba más de comer que a nosotros. «Gordibuena», se reía su papá. Yo tenía ganas de reírme también, por la cara que ponía Pilar, pero me aguantaba.

Mi mamá venía menos, pero cuando lo hacía no dejaba de hablar de su «proyecto» de tener a mi hija en su casa. ¡Ahora parecía idea suya! Según ella, estaba contenta de verla progresar y hasta estaba pensando en quedársela toda la prepa, a ver si lograba hacerla entrar a la universidad a estudiar una carrera. «¿No estaría bien?», me decía. «¿Que tuviera más herramientas para luchar, para abrirse paso en la vida?».

Y a mí me daba mucha furia y vergüenza porque sentía que me estaba diciendo «estúpida». «Tonta». Ella, con todo y ser una vieja, iba a hacer mejor trabajo que yo. Yo sentía que eso me estaba diciendo. Que era superior a mí porque tenía «educación». [*Vuelve a sugerir las comillas con los dedos*]. Yo creo que me tiene envidia, que siempre me ha tenido envidia porque mi papá me quería a mí más que a ella…

Un lunes, Lorena me invitó al Templo de Ubaste. Lorena es amiga mía del supermercado. Y el templo es una iglesia que se ha puesto de moda por este rumbo de la ciudad. Ya sabía de ella porque la gente la recomendaba. Yo nunca fui de ir a iglesias ni nada, porque mi papá decía que esas también eran puras mamadas, pero sí creo en Dios y estoy contra las drogas y el aborto y todo. Y Lorena me dijo que el templo era muy bueno porque tenía lo que otros –cantos, oraciones para resolver los problemas, visitas del Espíritu Santo para limpiar a la gente, lo normal– pero también algo más. O sea, Ubaste. Ella no es sacerdote, o sacerdota, o como se diga, porque no es iglesia católica, pero tampoco es pastora como luego hay en las iglesias cristianas. Es otra cosa: es como una vidente, pero no de astrología ni esas cosas, sino de religión. Cuando sale, se hace la fila de los que van a pasar con ella, y Ubaste les da consejos sobre su vida: nada de sermones o de indicaciones generales, «no matarás», «no jurarás en vano», sino puras cosas directas. En clave, pero directas. Y por eso gusta mucho, decía mi amiga. Porque se siente uno limpiado y con Dios pero también recibe la parte más práctica. Y además sí funciona, me decía Lorena. Le atina a todo.

«Y el pastor está muy bueno», me dijo, para acabar de convencerme. Y era lunes, ¿ya dije que era lunes? Los lunes eran los peores días para mí

porque mi hija se acababa de ir y sentía que no iba a regresar.

Y pues fui. Pensé que a lo mejor encontraba un modo de arreglar la situación de Pilar. Tomé dinero de mi mandado para la cooperación voluntaria que ya sabía que me iban a pedir…, obviamente no iba a tocar el guardado de mi marido, no soy pendeja y él cuando lo provoco sí me pega… *[Hace un gesto vago con la mano izquierda].*

El Templo es como otros de por aquí: una bodega acondicionada para que quepa mucha gente. Ponen sillas y después hacen espacio para pararse y bailar. En el fondo estaba el grupo musical y había una como tarima para que se parara el pastor, que la verdad sí está bastante bueno y se llama Gerry Martens, y para Ubaste. Pero primero fue él, Gerry. Nos echó rollo, cantamos, bailamos en alabanza, volvimos a cantar, lo que se hace en estos templos. Él usaba un pantalón muy apretado. Y vino la parte donde llega el Espíritu Santo.

A mí no me tocó que me llegara, como a Lorena. La verdad, me asusto un poco cuando la gente pierde el control y se tira al piso y le da el ataque, o cuando se ponen a bailar bien fuerte, más cabrón que el perreo. Se parece mucho a los que están poseídos por el demonio, pero están poseídos más bien por los ángeles o por Dios, por alguien bueno: cuando Lorena se puso a dar vueltas me gustó porque a pesar de que tenía cara de loca, la verdad, se le veía como la paz. A mí nunca me ha pasado. A lo mejor vuelvo a ir. Pero, bueno, lo importante es que cuando vino la hora de las consultas me seleccionaron a mí. Parece que es raro que le toque a los que van por primera vez. Cuando va a salir Ubaste, hay una gorda que tienen ahí para que la mueva y la ayude, la ujier le dicen, porque Ubaste está en contacto permanente con Dios y no se puede valer ella sola. La ujier le da de comer, la limpia y la hace caminar a donde debe ir. Entonces la gorda, que de veras está gordísima y además parece más vieja que mi mamá, aunque supuestamente es joven… Ha de ser porque aparte de ser un elefante lleva un vestido horrible, gris pero como sucio, y el pelo en chongo… [*Se interrumpe*].

La gorda, pues…, la ujier, la lleva hasta el centro de la tarima y selecciona quién va a pasar a consulta con ella. Según Lorena, para elegir la gorda va descifrando cómo se mueve Ubaste, que es muy linda, menudita, con la cara delgadita y lavada, y está vestida como la Virgen de Guadalupe pero con un manto blanco y no azul. Va toda de blanco.

Ubaste nunca está quieta. De pronto levanta una mano, o mueve la cabeza, o tuerce la boca quién sabe cómo, y es una señal. La gorda se fija, ve como quien está apuntando, y hace pasar a la persona a la fila. Esa vez formó a varios…, y de pronto se me quedó viendo. «Ven, hermana, sin miedo», me

dijo.

Me formé. Cuando fue mi turno subí una escalerita hasta la tarima, llegué hasta Ubaste y la gorda me dijo: «Más cerca, hermana, agáchate y la oirás mejor».

Me agaché. Me dio cosa, la verdad. Ubaste olía a leche agria, a sudor, y como que temblaba. Yo estaba así, a su lado *[se encorva un poco]*, y después de un momento pensé que a lo mejor no iba a hablar, pero entonces ella hizo un ruido con la lengua, abrió mucho la boca y dijo en mi oído:

«Ni carrera ni lucha».

Habló clarito. Estoy segura de que dijo eso. Ni carrera ni lucha.

Y fue todo. La gorda me pidió que ya me bajara. Pasó el resto de la gente formada, dimos la cooperación, se acabó el culto o la misa o como se llame, y de salida le conté todo a Lorena, que ya estaba despierta y podía hablar. Le pregunté qué significaba lo que había dicho Ubaste. Lorena me dijo que no sabía. Pero siempre era igual, me dijo, había que descifrar. «Es como profecía»: por eso estaba en clave, pero yo iba a ver muy pronto que era súper claro. Todo el rato de regreso hasta mi unidad me quedé pensando. Y al final, sí, me pareció clarísimo: lo que Ubaste me mandaba de profecía era que Pilar ya no debía seguir en casa de mi mamá. Ni carrera en la universidad ni lucha por la vida ni nada.

Me puse a pensar en cómo le iba a hacer, y me acordé que antes de irse con mi mamá a Pilar le gustaba ir a las clases de taekwondo que da su papá: no fue muchas veces porque no iba a pagar, y los vecinos que mandaban a sus hijos iban a pedir descuentos o a no pagar tampoco, pero mientras fue le gustó. Lo que sea de cada quien, mi marido no habrá hecho estudios ni nada de artes marciales, pero ha aprendido mucho: todo el mundo dice que se ve muy profesional.

Hablé con él hasta que lo convencí. Le dije que era una emergencia y que estaba en juego el interés de su hija. Que si iba a permitir que se pusiera gorda de veras. Y a Pilar le dije que era idea de él: que por qué no se quedaba el lunes en vez de regresarse con mi mamá para que fuera a una clase en la tarde. Total, qué de malo había en faltar a la escuela un día. Ella primero no quiso, pero la convencí. Le dije que había chavos guapos en el dojo de su papá y que no todos eran vecinos. (Esto se lo dije porque el dojo, que es como se llama al campo de entrenamiento de artes marciales, en realidad es un patio de nuestra unidad habitacional que él le renta al administrador las seis horas diarias que lo usa).

Total, sacamos un traje de karate que nos encontramos en la casa, y que nada más le quedaba un poco chico a Pilar, y la mandé a la clase mientras yo me iba a trabajar en el supermercado.

Y resultó que lo primero que hace mi marido en sus clases es que pone a correr a la gente, a dar vueltas y vueltas en el patio, para el calentamiento. Yo no sabía. Era algo nuevo: antes iban directo a darse de madrazos. Pero ahora, según para que se lastimen menos, pone a correr a todos no sé cuántos minutos, y hasta después los pone por parejas a entrenar.

Y después de correr, esa primera clase, en la primera pelea con otro alumno, Pilar se torció la rodilla. O se la rompió. O se la rompieron. La verdad nunca entendí bien cómo fue. En la noche, cuando acabó mi turno, la encontré tirada en su cama. Tenía la rodilla del tamaño de un melón y toda negra. Me dijo que su papá la había mandado de regreso. Lo esperamos y cuando él llegó le reclamé que no la hubiera llevado con un doctor, y que la hubiera hecho caminar hasta el edificio y luego subir hasta el departamento, porque vivimos en el cuarto piso. Él me insistió en que no podía dejar sola la clase ni tampoco hacer mucho desmadre porque hubiera asustado a los otros alumnos. Peleamos muy fuerte. Él me pegó y yo también le pegué. Nos calmamos después de la medianoche, y entonces llevamos a Pilar a Urgencias, donde pasamos la madrugada, la mañana y casi toda la tarde sentados en un pasillo. Hasta las seis o las siete la examinó alguien, le pusieron anestesia, le arreglaron no sé qué y ya la enyesaron.

De regreso del hospital, sí pensé que sí había sido una pendeja. Ubaste había visto todo y yo no había entendido. La carrera era la que iniciaba la clase de taekwondo. La lucha era ese pinche combate con quién sabe quién…

Pilar se quedó en mi casa, o sea, en el departamento, pero no nada más por gusto sino porque no se podía mover. Iba a tener que quedarse al menos dos meses en reposo en lo que se aliviaba. Y mi mamá comenzó a ir todas las tardes, dizque a ayudarla, para que no se atrasara con la escuela. Y a la semana yo ya estaba como loca por tenerla ahí a todas horas, y porque la pobre de Pilar se notaba que estaba muy mal con el yeso puesto, que le dolía, que le molestaba mucho. Y un día que saco el cuchillo…

Suena horrible, ¿verdad? Sí, la maté.

¡No, no es cierto! [*Ríe*].

No, empecé a abrirle el yeso para quitarlo. La niña gritaba de dolor, pero yo ya no aguantaba más. Y que mi mamá se mete. «¡Qué estás haciendo!», dice. «Ya basta», digo yo. «¡No puedes quitárselo, no se ha aliviado!». Y que me enojo. «Es mi hija», le digo, «no es tu hija, yo soy la que decido». «Yo no me hago responsable», dice ella. «Pues no te hagas», le digo yo. «Pues me voy», dice ella, y se va, y yo, bendito sea Dios, le pude acabar de quitar el yeso.

Ahora estamos bien. Mi mamá ya no viene. Mi marido sigue dando sus

clases. Biby no me quiere decir, pero siento que pronto voy a ser abuela. Mi lección de vida, después de todo esto que pasó, fue que lo primero es la unidad de la familia. Que no hay carrera ni escuela que valga más que eso. Pilar perdió el año de secundaria por la lesión, pero nunca la había visto tan tranquila.

El otro día subió a Facebook varias fotos de una fiesta que le hicieron sus hermanas aquí en casa. Me llamó la atención una con cuatro o cinco chicas: no se veían sus caras porque todas estaban de espaldas a la cámara ensayando el perreo o algo parecido. «¿Cuál de esos traseros es el tuyo?», le pregunté.

«No mames», me contestó. «Yo tomé la foto, yo ya no puedo hacer eso».

Y me sentí muy feliz, porque fue como si no le hablara a su mamá sino a una amiga. Porque así se hablan ahora. Me sentí otra vez de su edad. Ahora creo que, aunque no entendí la profecía, todo va a salir bien. Chance y más adelante se le quita la cojera a Pilar, y entonces podrá hacer todo como antes. Estaría bien, porque ahora, como sigue muy inmóvil casi todo el tiempo, se ha puesto peor que gordibuena. Cerdísima. Hasta se parece a la ayudante de Ubaste.

Marina

A Sergio le costó llegar hasta Luisa, su prima. Le costó hacerle la propuesta: atraparla.

No es que le hubiera faltado planear, pensar en lo que deseaba hacer. Al contrario, lo tenía bien claro, y lo había repasado mil veces. Más de mil: había fantaseado con hacerlo durante un año, al menos tres veces a lo largo de cada día. De mañana, durante su media hora en el metro para ir a la escuela; por las tardes, mientras regresaba a casa por la ruta contraria. Volteaba hacia el túnel oscuro por el que iba el tren y no ver nada lo ayudaba a imaginar.

También lo hacía todas las noches, como era de esperar, y en cualquier otro momento libre que tuviera: solo en la biblioteca de la escuela, caminando por la calle o empujando un carrito en el supermercado, mientras su mamá iba por delante observando mercancías. Donde fuera.

Todo desde la tarde en que vio el primer video en internet.

–Cierra los ojos –le dijo a Luisa, cuando llegó por fin el día– y respira hondo. Inhala. Exhala. Profundo.

A lo largo del año que pasó planeándolo hizo un descubrimiento: que soñar con algo prohibido y excitante solo es fácil cuando no se quiere realizarlo. Cuando se desea pensar en una serie de pasos, en acciones realizables y excusas plausibles, hay que distraerse de imaginar las partes agradables: la piel desnuda, el cuerpo relajado e inerme, los ojos cerrados, y empezar a preocuparse por detalles aburridos e interminables. Cómo llevar a la persona deseada (la palabra *víctima* era demasiado fuerte) a un lugar aislado y discreto. Cómo persuadirla de cooperar. Cómo lograrlo todo sin consecuencias: sin que haya denuncia o represalias después.

–Sin abrir los ojos, mueve tu mirada hacia arriba, como si quisieras ver tus propias cejas –ordenó, y vio que los globos oculares de Luisa se movían bajo los párpados.

Porque lo que deseaba hacer era malo: perverso, degradante. Sergio lo tenía clarísimo, aunque jamás llegó a decir esas palabras en voz alta. Ni siquiera era capaz (él, que podía visualizar cada detalle de cada pose y cada expresión de cada una de sus conquistas: que se las figuraba diciendo y haciéndolo *todo*) de pensar en aquellas palabras espantosas: de imaginar su sonido o su aspecto en una página, en una pantalla. La vergüenza era invencible. Y no había nadie, absolutamente nadie, con quien hablar del asunto. El foro donde habían publicado el video –donde él se asomaba casi todos los días a ver los muchos videos, a leer los comentarios– estaba en

inglés y lo manejaba alguien de California, o de Texas, que debía ser horrible en la vida real. Era evidente: Sergio podía entender sin problema lo que aquel hombre escribía sobre las mujeres o los extranjeros o la gente de su propio país que no estaba de acuerdo con él.

E incluso si el foro hubiese sido en español y administrado por el psicoanalista más tolerante y comprensivo de su propia ciudad, ¿qué le hubiera podido decir? ¿Cómo atreverse a decir nada? ¿Reconocer que tenía erecciones pensando en *eso*? ¿Reconocer siquiera que tenía erecciones, a los trece años?

Y en su casa jamás, jamás se hablaba de sexo. Mucho menos de *eso*. Tal vez sus padres no sabían que *eso* existiera. Sergio conocía la palabra *erección* por culpa de su profesora de ciencias naturales de primero de secundaria, que la había dado a conocer a su grupo junto con *masturbación* –y *aborto* y *sexo*, pero esas ya todos las conocían– un día cualquiera de clase y nunca había vuelto a mencionarlas.

–Ahora baja la mirada –le dijo a Luisa, y ella obedeció–. Y sigue respirando.

No se decidió por ella, por su prima, de manera consciente: ella fue expulsando poco a poco a todas las demás, sin que Sergio se diera cuenta. Cuando tuvo que admitir que la deseaba a ella y solo a ella, tardó en comprender por qué. Al fin entendió que sí, ella era más bonita que Meche, su compañera de escuela, y tenía pechos y caderas al contrario de Esmeralda, su vecina, y no era imposible de abordar, como sí lo eran las chicas de los videos de internet, rusas o californianas o sudamericanas o de donde fueran, o las actrices o cantantes. Pero por encima de todo estaba el hecho de que las familias de él y de Luisa se reunían para comer un domingo sí y otro no.

No había nadie más factible que Luisa. La mente de Sergio llegó a esta conclusión igual que lo hubiera hecho la de un asesino en serie. No había nada de afecto en la elección. En realidad, ni siquiera la conocía tan bien. Hasta hace unos pocos años había sido más bien una molestia, alguien a quien ignorar en esas tardes aburridas y obligatorias. Pero a medida que Sergio se había ido acercando a intentar su fantasía en la vida real, a decidir que no le bastaba ver imágenes y darse gusto a sí mismo sin que nadie lo viera, había ido descartando todo salvo lo más cercano: lo más posible.

–Ahora tus rodillas se tensan y se relajan –ordenó Sergio. Había practicado mucho aquella voz monótona, suave. Según la gente del foro, tenía que entrar en la mente de las mujeres sin que ellas se dieran cuenta. Tomarlas desprevenidas.

Su decisión lo hizo descartar, además, la mayor parte de los argumentos que repasaba cada día. Nadie se iría a vivir con él. Nunca tendría un harén

que se ocupara de cumplir todos sus deseos. Nada de esos finales que siempre le acababan dando horror –todo aquello era malo, perverso, degradante: por supuesto que se daba cuenta– y a los que siempre volvía, porque era imposible no volver.

Había que conformarse. Con lo que sí iba a hacer sería bastante. Dedicó tiempo a convencerse de que era lo mejor. Cuando se tocaba no era sexo en realidad, se decía, y esto tampoco iba a ser sexo. En realidad, la parte que le interesaba más de todo esto ni siquiera era el sexo. Como decían varios en el foro, había dos partes en sus fantasías: la parte del poder y la parte del cuerpo, o del sexo, o como fuera que se tuviera que decir.

–Mi voz te acompaña. Poco a poco notas que tus pies se tensan y después se relajan.

La parte del poder era la mejor: la más emocionante, la que más lo atraía. Y, en realidad, era mucho más fácil de llevar a cabo, porque no solo era menos perversa: era menos obvia. El que Sergio buscaba era un poder pequeño, uno que para casi todo el mundo sería un poco ridículo, pero para él iba a ser suficiente.

Con su nuevo plan reducido, simplificado, realista, sería más simple corregir errores, salir de problemas, encontrar excusas en caso necesario. La gente está acostumbrada a ver a una persona abusar de otras, y en especial a que un hombre abuse de una mujer. Si lo descubrían podía decir que era una broma. Un experimento. Cualquier cosa, mientras no hubiera sexo de por medio. Sería más fácil que le creyeran a él. Nadie le creería nada a ella.

Quizá podría llegar a la parte del sexo cuando fuera adulto. Pero no podía esperar tanto.

–Ahora tus muslos se tensan y se relajan. Ahora…

Estaba bien. Estaba bien. Estaba bien. Cuando llegó el día, cuando la convenció de «jugar» con él, se lo repitió a sí mismo muchas veces. Nunca vería a Luisa, la delgada y alta y bien formada, desnuda; nunca le quitaría la ropa ni la haría quitársela. Nunca la pondría en poses estudiadas ni levantaría siquiera una mano para tocarla. Y a la vez, las imágenes de su fantasía, de la película, del video en el que se imaginaba con ella, podrían seguir durante años alimentadas por un poquito de vida real.

–Todo lo demás puede esperar. Todo lo demás es irrelevante.

Las familias se reunían a veces en una casa, a veces en la otra. El padre de Luisa era hermano del de Sergio. Pero una vez al año, en el cumpleaños de la abuela, todos iban juntos a verla: era la reunión anual de sus hijos, y de los hijos de sus hijos. La casa de la abuela era grande y parecía estar a medio vaciar. Tenía dos o tres cuartos de huéspedes. Estaba hecha para habitantes más numerosos y más ricos. La familia de Sergio vivía muy al norte, la de

Luisa muy al sur, y la abuela siempre opinaba que llegaban muy tarde. Hacían una hora de charla en la sala, con platos de botana en la mesa de centro y cubas para los adultos. Salvo los más pequeños, todos los nietos terminaban sacando sus teléfonos para no aburrirse, los guardaban cuando algún adulto se los exigía y los volvían a sacar a los cinco minutos. Más tarde venía la comida. El arroz, el pollo en mole, el pastel y el café. Solo hasta entonces, mientras los adultos se ponían a discutir y a escuchar música vieja por un aparato antiguo, los niños se podían dispersar.

Sergio puso en marcha su plan tras una de esas comidas, cuando todos, incluyendo a Luisa, estaban más aburridos y más hartos de su abuela, de sus padres y de todo.

Empezó hablándole, porque casi nunca lo había hecho. Trató de verse serio. Luisa era de las mayores y no quería estar con todos los demás. Al principio, Sergio no tuvo mucho éxito, pero luego fue cayéndole simpático. Cuando llegaban a reunirse, Luisa conversaba con Sergio de series y de libros. A ella le interesaban de verdad, lo que fue una sorpresa, y Sergio fingía bien. Cuando se hartaba de algún entusiasmo de su prima, no se quejaba: se consolaba imaginándola tendida, callada, a su merced.

Comenzaron a mandarse mensajes; más tarde, enlaces, fotos, videos. Sergio nunca le dijo qué videos le gustaban de veras.

Luisa pensaba que Sergio era un niño todavía, pero llegó a verlo como su alumno, tal vez, o su mascota.

–Mi voz te acompaña y eso es lo único que importa –dijo Sergio.

Y ahora la voz le salía ronca y las palabras: las que había entresacado de su foro favorito y de instructivos en otra veintena de sitios web, las que había ensayado tanto, se atropellaban en su boca.

Pero hoy, a un año de que Sergio comenzara con su plan, todo estaba listo. Luisa había estado muy aburrida entre los adultos, que en la casa de la abuela se comportaban como si tuvieran treinta años menos. El sol caía por los ventanales de la sala y calentaba de más los muebles viejos. La música era la misma del año anterior. Parte de ella se tocaba desde discos de vinilo que alguien debía levantarse a cambiar cada cierto tiempo. Los alrededores estaban a medio vaciar, y solo se oían sonidos desde las casas que –lejos de donde la abuela– tenían un café o un puesto de tacos en su entrada. De vez en vez pasaba un coche afuera. Sergio reconoció una canción que había oído primero en su versión para banda norteña. No le gustó.

–Sigue respirando y empieza a contar desde diez. Yo te acompaño. Empieza. Diez…

Luisa fue quien, en cuanto pudo, le dijo que se fueran.

Salieron al jardín por una puerta, volvieron a la casa por detrás y

entraron en uno de los cuartos de visitas. Ya habían discutido el experimento en más de una ocasión y Luisa sentía curiosidad. Sergio la hizo tenderse en la cama que había sido de su mamá o de su tía Josefina, no estaba seguro. Luisa no se opuso. Había oído hablar de la hipnosis, como cualquiera. Había visto a algún hipnotista en la televisión. De hecho –le dijo a Sergio–, una vez vio a uno en su propia escuela. Una amiga suya, hipnotizada, se había puesto a hablar en «chino» (a decir «chin chun chan», en realidad) sin darse cuenta de lo que hacía.

–Nueve… Ocho… Siete…

Sin duda había sentido curiosidad, aunque fuera poca, por la tontería que se le estaba proponiendo, y en cambio jamás había tenido miedo del pobre Sergio, que tenía barros en la cara y sobre la frente un remolino que parecía un copete ridículo; que muy pronto, seguro, le parecería un poco aburrido, un poco pesado…

Sergio apartó ese pensamiento. Tenía que concentrarse en este momento. En este momento. En este momento.

–Seis… Cinco… Cuatro…

Luisa había crecido mucho en este año. En cada reunión quincenal su cabello se había visto más largo, su nariz más afilada, su boca más carnosa y su pecho más grande.

–Tres… Dos…

Ahora Luisa tenía los ojos bien cerrados y su pecho se alzaba y bajaba despacio. La leve sonrisa con la que había empezado a seguir las instrucciones ya no estaba en su boca. Sergio pensó que ella no sentía nada ahora. Que ya no estaba del todo allí. También se dio cuenta de que era capaz de imaginar ese pecho desnudo, ese ombligo, esa entrepierna descubierta, y de que nadie le quitaría nunca la belleza de esas imágenes.

Se puso a temblar. Apretó los labios para controlarse. Sus dientes chocaban unos contra otros.

–Uno –dijo por fin, y entonces Sergio no supo cómo continuar.

Se quedó mirando a Luisa por un largo rato. Ella inhalaba y exhalaba.

Le parecía haber perdido la memoria: de pronto era como si hubiese olvidado cada segundo de video, cada explicación, cada historia sobre personas sometidas, inmóviles, como títeres a la espera de que alguien los manipulara.

Recordó la primera rutina que había visto: la primera que memorizó y que con el tiempo, a medida que descubría otras más atrevidas y más sensuales, le fue pareciendo ridícula. Nunca había pensado en usarla pero tenía que decir algo. Habló.

–Muy bien –dijo–. Vamos a…, vamos a algo sencillo. Si no te llamaras

Luisa, ¿cómo te gustaría llamarte?

Los párpados de Luisa temblaron. Estaba haciendo un esfuerzo. Su boca se abrió. Hubo una pausa.

–Marina –respondió ella al fin. Su voz sonaba monótona, remota. Como era lo debido.

–Muy bien –dijo Sergio. Apretó los dientes por un momento, porque no dejaban de temblarle. Siguió: –En un momento voy a contar hasta tres y vas a abrir los ojos dormida. Cuando lo hagas, serás Marina. Tu nombre será Marina y no recordarás nada de Luisa. ¿Entendido?

Luisa hizo un ruido sin significado.

–¿Quién serás? –volvió a preguntar Sergio.

–Marina –dijo ella, otra vez con la misma voz.

–Bien. Serás Marina. No pensarás en Luisa. Luisa no estará en tu memoria. Una…, dos…, tres.

Luisa abrió los ojos. No volteó a mirarlo. Tenía la vista fija en el techo. En ninguna parte.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Sergio.

Una pausa. Luisa parpadeó.

–Marina.

Los dientes de Sergio dejaron de chocar unos con otros: apretaba tanto la mandíbula que ya no tenían para dónde moverse. Todo su cuerpo estaba apretado, tenso, listo para quién sabe qué.

–¿Cuántos años tienes?

–Treinta y tres.

A Sergio se le escapó decir:

–¿Cuántos?

–Treinta y tres –volvió a decir Luisa.

El cuerpo de Sergio estaba listo para gritar.

Respiró profundamente varias veces.

Para calmarse, pensó en algunos de los videos más extraños que conocía: gente que farfullaba en supuestas lenguas extraterrestres, por ejemplo (¿o serían de verdad?) y otra que se dejaba clavar agujas en la carne, o se ponía a reírse o a llorar sin control…

–¿Dónde vives, Marina? –preguntó Sergio.

–No vivo.

Otra vez Sergio no supo qué decir. Y en este momento se dio cuenta:

Había algo en la cara de Luisa, una expresión distinta, una posición diferente de los párpados… Y su voz también era distinta. Era la de Luisa y no era. Era más grave y más áspera, como la de una mujer mayor.

–¿Sabes quién soy?

Con esfuerzo, como se movían las mujeres hipnotizadas (hermosas, indefensas) en los videos, ella giró la cabeza para mirarlo.

–Un niño –dijo–. Un mocoso.

Ahora lo estaba mirando. A él.

–¿No te acuerdas de mí? –preguntó Sergio.

Ella parpadeó una vez. Lo miraba sin emoción. Sin la desaprobación o el temor de los padres, sin el fastidio de los maestros, sin el desprecio o la confianza de los compañeros.

–Yo no –dijo Luisa–. Ella sí. Luisa. La niña que se llama Luisa. Tú eres su primo. Sergio.

Le vino otro recuerdo de sus lecturas preparatorias. No debía perder el control. Debía mantener la iniciativa.

–¿Sabes qué haces aquí? –dijo.

–Yo sí. ¿Sabes tú lo que yo hago aquí?

Sergio se quedó callado. Esto no sucedía en ninguno de los videos.

–Tú quisieras cogértela –dijo Luisa.

Y Sergio volvió a temblar, pero ahora no de deseo, ni por el atrevimiento (¡por eso había estado temblando!), sino porque jamás la había escuchado hablar de esa manera.

–Se te nota –siguió Luisa, con su cara de estar dormida, pero con un dejo de burla en las palabras–. Cabrón. Quisieras, pero no te atreviste cuando podías hacerlo. Y si lo hubieras hecho…

La tía Josefina entró en ese momento, abriendo la puerta sin tocar. Sergio dio un grito y Luisa parpadeó, se incorporó de pronto, abrió la boca.

–¿Qué están haciendo aquí? Ya, vayan abajo que van a partir el pastel –les ordenó, y se fue. Pero los dos no fueron tras ella de inmediato. Se quedaron mirándose.

–¿Estás bien? –preguntó Sergio. Luisa quitó la vista de él y la puso en sus propias manos, en sus piernas, en el tapiz de las paredes–. ¿Luisa?

–Yo no soy Luisa –le dijo ella, y levantó una ceja como nunca antes lo había hecho, y le hizo una mueca que Sergio nunca había visto.

Era una sonrisa (entendió él, al fin), pero una sonrisa distinta: una sonrisa que nunca había aparecido en esa cara.

–¿Tienes idea –dijo la muchacha– de lo oscuro que está allá afuera? ¿Afuera de aquí? –Se llevó una mano a su pecho. Tocó sus senos. Los acarició un poco–. Además, allá no se siente nada. Allá no pueden entender cómo es que ustedes le tienen miedo a esto. –Y se acarició un pezón con dos dedos, despacio. Sergio lo miró erguirse bajo las telas que lo cubrían.

–Luisa –dijo él, otra vez: esto no estaba previsto en ninguna parte. Jamás había visto a nadie a quien le pasara esto–. Ya. Ya despertaste. ¿No? ¿Luisa?

Despierta. –Ella se puso de pie.

Sonreía.

–¿Ya estás despierta? –dijo todavía Sergio.

–Lo mejor es que nunca vas a saber por qué aceptó que la hipnotizaras. No tienes idea. Pobre. Naturalmente, nadie te va a creer nada, ¿sabes eso? ¿Entiendes?

–Espera, siéntate. –Quiso detenerla, pero no fue capaz de decir nada más. Le dio la impresión de que no podía moverse. Ella le guiñó un ojo, abrió la puerta de la habitación y al salir la cerró tras de sí.

La segunda Celeste

1

El día de mi muerte llegamos al hospital a las ocho de la mañana. Sandra nos había citado tan temprano como era posible.

–Hola, Celeste, Mariano –nos saludó, de bata blanca y con el cabello recogido; había salido a encontrarnos en el estacionamiento–. Buenos días.

–Sandrita –dijo Mariano.

Yo iba a decir algo pero no pude. Durante los últimos meses había creído estar bien: resignada, dispuesta, hecha a la idea de lo que estaba por suceder, pero ahora descubría que no. Estaba tan aterrada como el día del último diagnóstico. Quería escapar. Quería huir de todos. Quería, mejor aún, no morirme: que mi cuerpo no se estuviera deshaciendo, que no me estuviera matando. De todos modos intenté sonreír.

Creo que ninguno de los dos volteó a verme. Yo estaba sentada en la silla de ruedas, por debajo de la mirada de ambos.

–¿Ya listos? –preguntó Sandra. Ella, por encima de todo, estaba ansiosa por comenzar la última etapa del procedimiento. Al darme cuenta de esto entendí que era lógico, por lo que no me sentí ofendida ni engañada. En su lugar, yo hubiera estado igual de ansiosa que ella. Lo que íbamos a hacer podía resultar muy importante para su carrera. Podía perder a una persona querida, sí, pero igualmente era posible que pudiera ayudarla. Salvarla. O al menos prolongar un poco su presencia. Sandra ya no tenía ninguna otra responsabilidad que concluir la captura: Mariano y yo habíamos firmado los contratos y todo el resto de los documentos necesarios.

–Vamos –conseguí decir. Mariano ya me llevaba hacia la puerta. Alcé la vista al cielo, para ver el sol por última vez, pero no supe en qué dirección mirar y un momento después ya habíamos entrado en el edificio.

2

Mariano la conoció primero, hace muchos años, en la Facultad de Medicina. Él nos presentó cuando yo estaba terminando mi tesis de licenciatura y ella iba a comenzar sus estudios de especialización en Inglaterra. Ella se fue y Mariano y yo nos casamos: mis padres, que no son muy amables, estaban felices de que yo hubiera «atrapado» a un doctor: no

moriría de hambre, dijeron, a pesar de haber estudiado algo tan inútil como Letras Inglesas. Apenas supimos de Sandra mientras estuvo en Europa.

Pero cuando volvió, a ocupar aquí un puesto de lujo como investigadora para una gran multinacional, comenzamos a frecuentarla de nuevo y con el tiempo los tres nos hicimos muy buenos amigos. De hecho, fue bastante rápido: meses después de su regreso ya nos contábamos todo o casi todo. Yo la acompañé cuando fue a abortar; los dos la consolamos tras su ruptura con Miquel, el laboratorista que la había dejado embarazada y nunca hemos de volver a mencionar. Nos escribíamos, nos reuníamos para comer, nos quejábamos de nuestros trabajos…, aunque el mío –dar clases, escribir ensayos para mantenerme en el escalafón– parecía muy poca cosa comparado con el de Mariano, y no digamos con el de ella.

La verdad es que la quería y a la vez le tenía mucha envidia. Y no era solo por su carrera. Yo era una mujer ordinaria: clase media, estatura media, cabello negro y lacio, cuerpo y facciones de mestiza mexicana promedio –con el agregado de mi cara redonda, que siempre odié, heredada de mi madre y de un millón de tías y abuelas, y mi timidez invencible–, mientras que Sandra es alta, esbelta, no precisamente bonita pero sí de cabello claro, de *cierto* dinero –supongo que no nos hubiera hablado siquiera de haber sido de *mucho* dinero–, desenvuelta y segura y, sobre todo, piel blanca.

(Nunca hablé con ella del tema: me daba mucha vergüenza sentirme condicionada o resentida. Y todavía quiero creer que Sandra estaba consciente de la situación y de que no siempre iba a poder confiar en las ventajas que tenía: una vez nos contó del tipejo que, en un congreso en Estados Unidos, la presentó como «guapa científica de color», y de cómo lo que siguió fue peor aún).

–Mira –le decía yo a veces, sobre todo cuando eran malos tiempos–, nadie te puede quitar que estás haciendo algo importante. Y tampoco que tienes talento. Yo tendría que ser hija del rector, o bien acostarme con el rector, para tener responsabilidades como las tuyas. Y no hay comparación, Sandra. Las humanidades…

–Las humanidades son importantes –me contradecía ella– y tú no sabes cuánto bien haces a tus alumnos del que ni te enteras. No es cosa de cantidad.

Sobre todo, creo, deseaba animarme. Y yo me animaba porque, al menos, la intención era hermosa.

En todo caso, me parecía extraño, y muy venturoso, el haber hecho una amistad tan cercana después de cumplidos los treinta años, y con el carácter ínfimo que tengo. Nunca se lo dije a Mariano porque era obvio que él también le tenía envidia: además de que tampoco parece sueco, no es lo

mismo tener un consultorio que ser una neuróloga de fama internacional…

Cuando me confirmaron lo del cáncer, y comenzamos las quimioterapias, Sandra me visitó y ayudó a Mariano tanto o más que mis familiares o que los suyos. Más de una vez le tocó acompañarme durante los momentos de peor malestar luego de un tratamiento, o bien durante los días negros. Yo creía que la depresión era lo que se siente cuando la postergan a una en el trabajo, cuando un imbécil agresivo o con influencias logra tener poder sobre decenas de personas con verdadera capacidad, o cuando se ve cómo pasan los años y el miedo antes de cada hora de clase no disminuye. Pero no: los momentos terribles llegaron cuando empecé a desear estar muerta. Cuando el dolor pudo más que el miedo y comencé a pensar, muy en serio, en acabar con todo, sin más.

Una noche llamé a mis padres para decirles que podían estar satisfechos, pues en efecto su hija descarriada y decepcionante iba a morir, y pronto. Fue poco después de que nos dijeran que la quimioterapia no estaba funcionando más que para retardar lo que habría de venir. Una semana más tarde, Sandra llegó con la propuesta a nuestro departamento.

3

Nos la explicó. Lo primero que dijo es que no nos ofrecía un tratamiento. Era algo distinto. Tardamos (tardé) un largo rato en entenderle.

–Lo que estamos haciendo en el hospital es una implementación de lo que desarrollaron en Estados Unidos. Un proyecto de largo plazo. Uno de los jefes fue mi asesor en Londres y por eso me invitaron a dirigir el equipo de aquí. Hay varios más en otros lugares. Van a comercializarlo, obvio, y cuando lo hagan será una bomba y lo venderán carísimo, pero les va a costar mucho trabajo. Años. Mientras, nos tienen trabajando en perfeccionarlo…

–Pero a ver, espera. Aclárame esto. Una se muere de todos modos –dije.

Yo solo podía pensar en ese detalle. Mariano y yo estábamos sentados en el sillón grande de la sala y él me tomaba de la mano. Sandra estaba sentada en el sillón pequeño, al otro lado de la mesa de vidrio, delante de una ventana donde el sol se ponía.

–Una vez que se hace la captura, la conciencia, la identidad, se conserva –dijo ella–. Se puede mantener por tiempo indefinido. Los servidores tienen una capacidad que se mide en exabytes…, son millones de veces más amplios que cualquier almacenamiento de uso común. No se pierde nada y todo lo que vaya sucediendo después de la copia se graba también. Hay un respaldo por si falla cualquier componente. Se espera que la robótica avance

lo suficiente para darles un día a estas conciencias un cuerpo completo y con todas sus funciones, pero ahora mismo ya hay brazos mecánicos, formas de desplazarse, cámaras para ver, micrófonos para oír… Con lo que hay ahora ya pueden tener al menos tres o cuatro de los sentidos, la capacidad de hablar, de moverse aunque sea de modo…

–¿Cómo se conectan al cerebro? –Mariano.

–Recuerda que no hay cerebro. O sea, no hay cerebro orgánico. Tampoco hay sistema nervioso. No se guarda nada de la parte física. El cerebro es la computadora misma. Los procesadores. Son muchos funcionando al mismo tiempo. Y la mente, la conciencia que se graba…, es el sistema operativo, digamos. Los aparatos que hagan falta se pueden conectar a la computadora como cualquier hardware. La mente se enlaza con ellos y los utiliza. Hay programas adicionales en marcha, controladores como los que ayudan a manejar una impresora o una cámara digital… Desde hace mucho hay gente que puede manejar, más o menos de ese modo, un brazo artificial y otros aparatos por el estilo.

–O sea que es como en la película –dijo Mariano. Entendí de inmediato porque apenas la habíamos visto en la casa: la del hombre que se enamora de su teléfono celular, o más bien del sistema operativo del teléfono.

Sandra también entendió:

–Más bien al revés –dijo–. Aquel programa empieza de cero y adquiere conciencia. En este caso la mente que se va a conservar no parte de cero, sino que es una representación puesta en una computadora. Una imagen de algo preexistente. Una captura. Por eso le decimos IC, inteligencia capturada, en lugar de IA, inteligencia artificial. También, si lo prefieres, se puede decir que es una copia. Una copia perfecta. Su memoria, su capacidad de pensar, su…

–Sandra, no me has dicho –la interrumpí. Pero no pude continuar.

Ella se quedó callada un momento. Luego dijo:

–Mira, Celeste, no te voy a mentir. La conciencia que eres tú, la que existe desde tu cerebro… –Acercó una mano a mi cabeza pero no la tocó–. Esa va a dejar de existir. Vas a morir. Igual que todos vamos a morir. Pero en una de nuestras estaciones en el laboratorio, una copia de esa conciencia va a despertar. Va a empezar a existir. Esa copia tendrá todos tus recuerdos. Pensará como tú. Creerá que eres tú. En ese sentido es como tú vas a sobrevivir. ¿Te interesa? ¿A ti?

Cuando se fue, nos quedamos tomados de las manos largo rato, sin hablar. Se hizo de noche y no encendimos las luces.

Por fin Mariano me dijo que ya lo había conversado con ella antes y que no había querido decírmelo. Incluso me había puesto la película pensando en

la plática que íbamos a tener. Y me puse furiosa.

–¡Estás haciendo tratos a mis espaldas! –le grité–. ¡Me estoy muriendo y me tratas como un puto conejillo de Indias! ¿Me vas a vender? ¿Te van a pagar por dejarme en el pinche laboratorio?

Le grité tanto, de hecho, que Mariano comenzó a gritar también.

–Déjame hablar, carajo.

–Cabrón –yo–. Cobarde.

–¡Yo le *rogué* que nos considerara! –Él– Que te considerara a ti. ¡A ti, Celeste! Ya tienen su lista de candidatos. Ya no están admitiendo a nadie. Solo pueden trabajar con una persona a la vez. Ella te pondría al comienzo de la fila. No tendrías que llegar ser la última, como en las listas de espera de los trasplantes… ¡Óyeme, por favor! Te vas a morir. ¿Lo entiendes? ¿Oíste lo que dijo el oncólogo? No hay manera de que tu cuerpo se salve. ¡El año que viene vas a estar muerta!

Él se había puesto de pie, yo seguía sentada. Me paré y le di un golpe en la cara, otro en el pecho, y quise todavía darle otro más pero ya no pude. Reconozco que él aguantó todo. Jamás intentó detenerme.

De pronto, sin embargo, empezó a llorar. Él empezó a llorar. Y me dijo que estaba desesperado. Que me amaba. Que por eso había hablado con Sandra. Me rogó que aceptara. Que no quería perderme. Que era muy egoísta, sí, pero no podía perderme.

Volví a sentarme. Encendí una lámpara y vi sus lágrimas. Yo empecé a llorar también.

4

Dejé la universidad. Lo dejé todo. Por supuesto. Como se dice en estos casos, iba a «concentrarme en pelear contra mi enfermedad».

–Haz como si fuera cierto lo que le estás diciendo a la gente –me dijo Sandra–. Piénsalo como un tratamiento cualquiera. No te preocupes por los detalles.

El proceso de captura tomó diez meses de sesiones en el hospital: tandas de cuatro o cinco horas diarias durante las que me pedían hacer de todo con los electrodos pegados sobre la piel del cuerpo y, sobre todo, de la cabeza. No era difícil fijarlos: reanudé parte de mi tratamiento para reducir lo peor del malestar, para retrasar cuanto fuera posible la metástasis, y ya me había quedado calva. Mariano se rapó en solidaridad, como niño de documental inspirador; yo agradecí que tuviera la cabeza ligeramente en punta porque me daba un poco de risa.

En el hospital, yo hablaba, leía, escribía, escuchaba música. Contestaba preguntas. Veía patrones geométricos en una pantalla, o películas, o fragmentos de video montados de forma que me parecía caótica. También caminaba, pedaleaba en una bicicleta fija, levantaba pesos, incluso comía y dormía y defecaba. Me daban a oler cosas, me ponían grabaciones de sonidos naturales y artificiales, y en ocasiones me pedían que me pusiera ropa de tales o cuales materiales, que me quedara desnuda o que me untara ciertos productos en tal o cual parte del cuerpo. Me daban leves choques eléctricos. Me ponían de cabeza o me subían a un armazón que giraba. Mariano me acompañaba siempre que podía y en muchas ocasiones tenía que ayudarme cuando el esfuerzo era excesivo.

Hacíamos algunas cosas, además, que no eran parte del proceso: me tomaban muestras, me grababan en video 3D y 2D, me entrevistaban y grababan mi voz por separado, me ponían a revisar en mis discos duros y mis papeles viejos en busca de recuerdos… Mucho de todo aquello tenía fines legales, como los documentos que cada cierto tiempo me daban a firmar, porque los abogados de la compañía nunca terminaban de precisar cómo protegerla de dificultades con una tecnología experimental y clandestina; mucho, en cambio, era material de publicidad o relaciones públicas, porque todos eran muy optimistas: al final todo saldría a la luz.

Sin embargo, lo más importante era siempre la captura. Y poco a poco, pero –me decían– íbamos avanzando. A través de las señales que el sistema recogía de mi cerebro y mi sistema nervioso (así lo entendí, y ni siquiera ahora puedo decir mucho más), se iban grabando no solo mis recuerdos sino la estructura entera de mi mente.

–Estamos capturando su sistema heterárquico completo –me dijo una vez un técnico, mientras yo jugaba con Mariano un videojuego de pelea, en el que era pésima.

–¿Mi qué? –pregunté, y me distraje, y el personaje de Mariano le sacó al mío la espina dorsal.

–Perdón –dijo el técnico. Se llama Yair pero yo aún no lo sabía.

–Perdón –dijo también Mariano, aunque estaba sonriendo. Esas jugadas le salían bien muy rara vez.

Más tarde le pedí explicaciones a Sandra.

–Cada mente es como un modelo –me dijo ella–. Uno tan sofisticado que es capaz de representarse a sí mismo…

–Perdón, pero no entiendo nada.

–¿Ha leído a Douglas Hofstadter? –me preguntó ella–. Es un autor que se ha dedicado al asunto. Él inventó el término «heterarquía», de hecho…

Yo me quedé mirándola con la boca abierta.

–¿A quién? –dije, y de inmediato: –No, ¿sabes qué?, mejor ni me digas. Ya no me va a dar tiempo de leerlo.

Sandra se tardó un momento en responder:

–No seas perezosa. Mañana te traigo algo de él. –Y al otro día, sí, me llevó un par de libros. Y yo me los llevé a casa y traté de leerlos (tenían más de una referencia literaria interesante, de hecho), pero apenas pude avanzar. Primero lo quise atribuir a que estábamos en una etapa difícil, extenuante, de la captura, porque me obligaban a moverme, saltar, doblar las piernas y los brazos en diferentes ángulos y hacer fuerza con ellos. Después pensé que en realidad los libros me aburrían porque apenas podía entenderlos: eran intrincados y de una especialidad muy distante de la mía. Por eso había tenido una vida mediocre, y no por la falta de tiempo o de oportunidades, el color de mi piel o mi incapacidad de relacionarme con la gente.

Por otro lado, hubo momentos en que incluso estuve de buen humor. Me gustaban los ratos que pasábamos los tres –Sandra, Mariano y yo– luego de un día entero de trabajo, cuando él llegaba por mí al hospital. Rara vez salíamos inmediatamente después de terminada una sesión: hablábamos, hacíamos bromas… Una vez, por ejemplo, llegamos a la idea de que había que formalizar la relación de los tres:

–Para no vivir en pecado, claro –dijo Sandra.

–Para hacer de ti una mujer decente –le contestó Mariano.

–Después de todo, entre los tres vamos a tener una hija –dije yo, y tuve que reírme mucho para indicarles que ellos también podían hacerlo.

5

También hablábamos de otros aspectos del proyecto IC.

Una noche, después de haber acabado una fase muy complicada del proceso de captura –me habían hecho algo parecido a varias sesiones de acupuntura, cada una dedicada a una porción diferente del cuerpo, durante casi una semana–, Sandra nos invitó a cenar. Fuimos a un restaurante de auténtica comida de la India, a la que ella era aficionada desde sus años en Inglaterra. Yo tenía ganas de comer pero al final apenas pude hacerlo. Cada día me ponía un poco peor. Mariano y Sandra trataban de hacer como que no pasaba nada, y él se las arregló para distraernos porque no sabía casi nada de ningún plato del menú e hizo toda clase de aspavientos al respecto. Creo que eso es algo que me gusta de él: no le molesta hacerse blanco de las risas ajenas. Y de alguna forma estaba tratando de quitarme peso de encima.

Mientras tomaba agua y miraba mi plato de arroz hervido, yo dije:

–Entonces nunca va a llegar aquí en realidad, ¿no? La captura. No va una a poder comprar su paquete en un centro comercial ni nada semejante.

–Va a ser –dijo Sandra– como cuando las señoras ricas se iban a abortar a Texas.

Mariano levantó las cejas. A nosotros nos incomodaba usar la palabra en su presencia, aunque a ella no.

–Como mínimo –siguió Sandra–. A mí no me dicen esas cosas, pero me da la impresión de que ofrecer la tecnología a mucha gente no es una prioridad de la empresa.

–Nada más para el uno por ciento –dijo Mariano.

–Pues sí. Incluso me da la impresión a veces de que no les importa para nada. Creo que tienen subsidios especiales de un par de países… Ya ven que ahora los fascistas están diciendo que quieren hacer cambios que duren siglos. Parece que las IC les interesan. Imagínate que de veras los que están al mando ahora pudieran estarlo para siempre…

Mariano y yo nos quedamos viéndola con cara de horror. Ella no se dio cuenta de inmediato porque estaba escarbando en su plato de pollo tikka.

–Por supuesto –siguió–, esta gente habla de preservar valores tradicionales, de contar con liderazgos de largo plazo, etcétera.

–Guau –dice Mariano, y no dice más. Noto que le cuesta hablar. También le cuesta formar una sonrisa–. ¡El Reich del Millón de Años! Dime por favor que no te gusta esa idea.

Sandra levanta la vista y se queda con la boca abierta.

–¿Qué? ¡No, obvio no!

–¿No han dicho nada? –insiste él–. ¿Alguno de ustedes? ¿O sus jefes en la empresa?

–Ay… ¿Como qué, Mariano? ¿Qué les vamos a decir?

–¿De verdad no les molestaría que pasara eso?

En ese instante Sandra se puso furiosa. Lo vi. Mariano la había ofendido. A mí también me parecía algo espantoso, pero traté de pensar en algo que decir, cambiar de tema. Se suponía que lo que Sandra y su empresa estaban haciendo iba a salvarme la vida. De algún modo.

Lo único que se me ocurrió fue:

–Más bien va a ser…, no para esa gente, sino para los muy famosos, ¿no? Kim Kardashian.

Los dos se quedaron callados. Luego Mariano entendió lo que yo estaba intentando.

–Pero a ella sí tendrían que hacerle un cuerpo –dijo, para seguir con ese otro tema–. ¿No? Un cuerpo de… ¿androide, sería? Uno que pareciera humano. Muy sexy. Con un gran trasero. Como el que tiene. ¿No? Para

seguir vendiendo…

–No seas sexista –dijo ella.

–Ah, ahora resulta que la tipa es famosa por su inteligencia –dijo él. ¡También se había prendido de inmediato!

–A ver, ya, esperen. Ya, basta –dije yo.

No funcionó. Los dos apartaron la vista. Sandra sacó su teléfono y él también. Pasamos en silencio unos quince minutos, ellos con la vista en sus pantallas y yo en mi plato, en la ventana más próxima, en las mesas cercanas, cuyos ocupantes no volteaban a vernos. Metía la mano bajo mi gorra tejida, pasaba los dedos por la nuca y trataba de identificar las porciones donde la piel estaba más reseca. Trataba de entender lo que sucedía en los videoclips, todos de cantantes de la India, que pasaban sin sonido en las pantallas colgadas del techo.

Cuando por fin Sandra pidió la cuenta, Mariano intentó pagarla. Sandra le arrebató el papel, se levantó a pagar, pidió un taxi y se fue sola, en lugar de que nosotros la lleváramos a su casa.

En el auto, mientras Mariano conducía, dijo:

–Mañana me voy a disculpar con ella.

–Está bien –dije yo. Ya era tarde y no había tanto tráfico por las avenidas. Pasamos junto a un hotel de paso al que habíamos ido varias veces cuando éramos novios (y un par de veces más después): seguía teniendo los arbustos colocados delante de la puerta, para que la gente pudiera entrar sin ser vista.

Me alegré de que no hubiéramos tenido hijos. Hubieran sido más problemas ahora, más sufrimiento, más preocupaciones.

–Sí sabes que lo más importante –dijo él de pronto– es que termines el tratamiento…, no, ay, ¿cómo se llama? Se me fue. El proceso. La captura. Sí sabes, ¿verdad?

Lo miré. Él tenía la vista fija en el camino (siempre fue un conductor muy cuidadoso) pero advirtió mi mirada.

–Esto de hoy fue un grave error –dijo–, pero lo voy a arreglar a como dé lugar.

–Tampoco exageres. ¿Crees que ahora no va a querer que terminemos? Ya firmamos todo. Ya no se puede echar para atrás.

No le dije todo lo que a mí se me había ocurrido desde el rato de silencio en el restaurante. Primero, que si me iba bien era yo quien tendría que pasar la eternidad al lado de los caudillos, la derecha alternativa y los hombres fuertes del mundo. También pensé en los faraones, que se enterraban con sus sirvientes y sus esposas. ¿Qué tal que a mí era a quien daban un cuerpo y me obligaban a dar mantenimiento a los VIP de las IC? ¿O qué tal que una vez

que yo «funcionara»…, nada más borraban mi disco duro, para darle más espacio a esos seres de mierda?

No lo podía decir cuando estaba en el mundo académico, pero no solo he visto una que otra película o serie de ciencia ficción, que es algo bastante común: también he leído libros de eso. Y en ellos hay mucha inspiración para pensar cosas horribles. En una novela que leí, por ejemplo, se describía una sociedad dedicada a producir bienes y partes de repuesto para su élite de inmortales metidos en máquinas. Eran presidentes, primeros ministros, empresarios, caciques. La misma gente ejemplar a la que yo le estoy abriendo brecha.

Y en otra novela venía la idea de que las máquinas inmortales podían decidir, una vez asegurada su propia vida y su comodidad, acabar con todo lo demás. Barrer el mundo entero con unas buenas bombas de hidrógeno, para ahorrarse molestias.

Y a la vez, me aferraba a la parte bella del asunto, la parte de no morir del todo, mientras Mariano seguía explicándome lo que iba a hacer y lo mucho que lamentaba haber hecho enojar a Sandra…

6

Mariano me llevó al hospital y se quedó a disculparse con Sandra. Sandra aceptó la disculpa. Con abrazo y todo. Los dos llegaron a contármelo mientras una técnica –Mónica, se llama– me daba a oler varias sustancias asquerosas.

Nos abrazamos los tres, como mejores amigos de escuela secundaria, aunque los dos apartaron un poco la cara porque algo de los olores repugnantes se me había pegado a la piel.

Continuamos. Respirar se fue haciendo más difícil. A la vez, los técnicos se fueron relajando y empezaron a decir cosas en mi presencia, a ser un poco menos reservados… Así me enteré de sus nombres, por ejemplo, y también de que las capturas no estaban funcionando.

Era verdad que había muchos otros voluntarios, todos en filiales que las grandes empresas médicas –como la que empleaba a Sandra– tenían en países subdesarrollados, donde es más barato obtener permisos para todo, más sencillo tener instalaciones secretas con su propia electricidad y protegidas de intrusiones, y más difícil que se sepan cosas o haya protestas en la calle o indignación en los medios. De hecho, la lista inicial de conejillos de Indias a la que yo entré por los ruegos de Mariano era toda de gente más pobre que nosotros: más vulnerable. «Que nadie va a extrañar»,

como dicen en las series policiacas.

Y las noticias me empezaron a llegar. Sandra ya las conocía y acabó por admitir que eran ciertas. Le pedí que no se desquitara con nadie. Ella me sorprendió porque ofreció contarme todo con detalle. Las dos decidimos ser honestas y que Mariano debía estar con nosotras y saberlo todo también.

Nos reunimos en mi cuarto del hospital, los tres solos, sin Yair ni Mónica. Otra vez hubo caras de horror.

Entre los voluntarios, que eran sujetos de varias técnicas diferentes de captura (grabación, almacenamiento, mantenimiento), muy pocos estaban logrando sobrevivir de veras y ninguno carecía de daños. Había mentes que jamás despertaban en sus almacenes de respaldo: otras quedaban distorsionadas, descompuestas, quién sabe cómo decirlo, de modos muy extraños. A veces, de modos horribles.

–Ya que estamos en esto, no voy a mentir –nos dijo Sandra, y nos enseñó en una tableta datos y videos de algunos de los peores casos–. Esta mujer en Tailandia, por ejemplo, quedó atorada de algún modo en su infancia: parece que no tiene acceso a ningún recuerdo posterior a sus siete años. Tenía unos altavoces para poder hablar y de ellos salieron gritos de terror como los de una niña pequeña durante… Ay.

–¿Cuánto?

–Aquí dice que seis semanas enteras, seguidas. La gente apagaba las bocinas de vez en cuando. Este reporte es nuevo. No lo había visto bien.

–Ay.

–Aquí hay otro. Este hombre en Honduras dice tener dolores fantasma en todo el cuerpo. Literalmente le duele todo. La piel, el interior, todo. Aunque en realidad no tiene nada. Es raro porque se supone que su versión del hardware permite quitar, es decir, realmente *desconectar*, lo que sería el equivalente de sus terminaciones nerviosas…

–¿Lo hicieron? –preguntó Mariano.

–Y no sirvió de nada. También está esta mujer en Serbia, que parece haber sufrido algo análogo a un daño cerebral: amenaza a quien se le ponga enfrente del ojo…, o sea, de la cámara…, describiendo las torturas horribles que le hará en cuanto tenga un par de manos.

–No se las van a poner, ¿verdad? –Yo. Mariano hizo una mueca.

–Ja, ja, ja, qué chistosa –dijo Sandra con sarcasmo.

En la tableta se veían fotos de cómo eran aquellas personas antes del procedimiento. Parecían fotos normales. De cualquiera.

Sandra nos enseñó una más, la un hombre mayor, muy arrugado y flaco y calvo. Se parecía a mí.

–Perdona por no haberles dicho esto antes –siguió Sandra–. Mira… Tú

no eres la primera paciente que tenemos nosotros. Fue él. Lo capturamos…, es decir, le hicimos el proceso de captura…, el año pasado.

Quitó la foto de su pantalla y empezó a buscar alguna otra cosa.

–Nunca me dijiste nada de esto –se quejó Mariano. Ella lo ignoró.

–Estamos trabajando a partir de todos estos resultados para tratar de mejorar la captura, el almacenamiento, todo. A este señor –dijo Sandra– le dio algo parecido al síndrome de Tourette. Decía una obscenidad cada diez palabras, sin importar si tenía sentido o no dentro de la frase. Ah, y aprendió a guardar en un disco duro fotos y videos espantosos que encontraba en internet para mostrarlos a la gente. Era algo parecido al comportamiento psicopático, o a un trastorno de identidad disociativo, y lo más extraño es que no le empezó de inmediato, sino 1024 minutos exactos después de que lo despertamos… Hasta donde podemos entenderlo, algo conectaba un reloj interno del hardware con una parte del modelo de su inconsciente. Como es obvio, nada parecido puede ocurrir en un cerebro humano…

Puso un video en la tableta. En el fondo se veía Mónica, la técnica, mirando un mueble en el que estaba la interfaz del paciente, dispuesta de un modo que era más o menos el mismo en todos los laboratorios del proyecto: micrófono, cámara y bocina, rodeados de pantallas con información y diagnósticos. De la bocina salían las palabras.

–Quita eso –dijo Mariano. Una voz en el video decía:

–… Yo entiendo que firmé los papeles puta y que me comprometí a hacer todo lo que me cagona pidieran, pero por favor entienda. Me doy perfecta cuenta de pendeja lo que está pasando. No es que no lo vea, mierdera que no lo sienta… ¡Y no puedo controlar lo que culera hago! Es como si viera a otra persona buscar los cerda videos y las…

–Ya páralo –dije yo. Las palabras obscenas se escuchaban diferentes del resto, pero no porque el hombre las gritara ni nada parecido. Estaban al mismo volumen pero se pronunciaban más despacio y su tono era distinto: como la voz de alguien más joven, me pareció, y (no sé por qué) más grande, más pesado.

Sandra detuvo el video.

–Estamos tratando de hacer representaciones, modelos, analogías de la conciencia humana, y salen errores, desperfectos, que no podemos prever y a duras penas entendemos. Los ingenieros dicen que esto pasa todo el tiempo: que hay que revisar y corregir, hacer a un lado lo que no funcione y seguir adelante. Lo malo es que lo que «no funciona»… –Y no terminó. No hacía falta.

–¿Cómo sabemos que esto no le va a pasar a Celeste? –preguntó Mariano.

–No podemos saber. Estamos haciendo todo lo posible por que no se den las condiciones que se dieron con él…

–¿Lo están tratando? –Yo.

–No –dijo Sandra, y suspiró–. Nos pidió que lo borráramos. Dijo que ya no aguantaba. La familia nos obligó y estábamos obligados por el contrato. El tuyo tiene la misma cláusula, ¿recuerdas? «Terminación voluntaria».

7

Los días que siguieron fui yo la que no quiso volver al hospital.

Claro que había visto la cláusula. Claro que había entendido, más o menos, su significado. Claro que yo misma no había querido preguntar nada más. Pero no podía regresar. Mariano y yo salimos de la ciudad. No iba a ser una vacación «normal» porque ahora sí lo sentía: me estaba muriendo. Pero fuimos a una playa, tomamos el sol y bebimos cocteles, me puse un bikini por primera vez en la vida, paseamos en un bote con fondo de cristal. Una noche, Mariano me hizo el amor con mucho miedo, como si cualquier movimiento pudiera romperme. Yo lo azucé un poco, pero era la primera vez en mucho tiempo que me tocaba siquiera, y ese era también el niño Mariano: se sentía obligado siempre a ser cuidadoso, gentil, bueno. Unas veces hasta lo conseguía. Otras, le daba la culpa.

Nos habíamos ido sin teléfonos: nunca se lo dije a él, pero a mí me parecía un ensayo, una primera aproximación a desaparecer del todo. Y cuando volvimos, como era lógico, encontramos los aparatos llenos de mensajes, incluyendo muchísimos de Sandra. Pero no contestamos a ninguno de ellos. Estábamos de vuelta solo porque él ya no podía seguir faltando al consultorio. Yo no sabía si quería regresar al hospital porque me sentía, más que nunca, un animalito de laboratorio: un espécimen en una caja.

A la mañana siguiente Mariano se reportó, se fue y me dejó sola en el departamento. Yo tenía la tarea de decidir a dónde más deseaba ir y de «llevármela con calma»: de no dejar de tomar los analgésicos y no hacer demasiado esfuerzo.

¡Pero qué mal lo pasé sola en casa! En cuanto Mariano se fue terminé en la cama llorando, tirada de espaldas. De pronto ya no era capaz de pensar en ninguna otra cosa que hacer, ningún otro sitio a donde ir. Era absurdo, pero no podía levantarme, y a la vez la inmovilidad me parecía espantosa. ¿Así iba a pasar mis últimos días en el mundo?

Luego me puse ansiosa. *Quise* levantarme, de pronto, pero no me moví.

Pensaba en algo: encender la televisión, repasar alguno de mis libros favoritos, poner música, buscar en la computadora algún sitio al que viajar, enviar un mensaje, llamar a alguien, aunque fuera tomar el teléfono y jugar un juego o ver un video idiota, y de inmediato, en lugar de hacer cualquiera de estas cosas, me preguntaba: ¿es esto lo mejor que puedo hacer con el tiempo que me queda? Y me quedaba tirada.

No cambié de posición hasta después del mediodía. Entonces sonó el teléfono. Pensé que sería Mariano. O Sandra, por qué no. Al parecer todavía quería que volviese. Pero no: era Margarita, una compañera de la universidad. Excompañera. Me preguntó cómo estaba y no quise meter en problemas a nadie: me obligué a contarle la mentira de que seguía en la terapia experimental y que iba bien, despacio pero bien. Justo lo acordado con Sandra y su empresa.

Era mejor. No quería hacer nada como las «despedidas» de algunas personas con enfermedades terminales. Y tampoco quería dedicar horas a explicarle en qué consistía el proceso de captura, ni mucho menos decirle que parte del proceso era que yo (fuera lo que fuera «yo») muriera. Si alguien se enteraba de que incluso me iban a ayudar a lograrlo…

–Tienes que decretar que estás sanando –me dijo Margarita–. Mira, ya sé que eres escéptica, pero ¿por qué no lo pruebas? ¿No crees que es el momento de abrirte a lo espiritual?

Le contesté de inmediato. No lo pensé. Como ella misma habría dicho, me salió del alma:

–Ay, Margie, gracias, pero ahora sé que no solo eres ignorante, sino también imbécil. –Y le colgué.

No sé si fue la primera vez en la vida que le dije a alguien exactamente lo que estaba pensando. Quién sabe cómo contará ella ahora la historia de nuestra última charla. A lo mejor dirá que me morí muy amargada.

Me levanté de la cama despacio. Mi cuerpo dolía. Pero también estaba decidida. Fui a mi estudio, en el que no había vuelto a entrar desde el comienzo de las sesiones de captura. Me puse a rebuscar entre papeles que se iban a quedar pendientes para toda la eternidad y di con uno que no podía abandonar. Estaba en una carpeta vieja. Era un proyecto de traducción.

Entre otras, yo daba clases sobre autores ingleses del siglo xix. En especial me gusta Christina Rossetti, poeta menos conocida de lo que debería porque fue hermana, pariente o conocida de muchos otros famosos y porque fue mujer. A ratos perdidos, llevaba años intentando traducir un poema suyo del que no me gustaba ninguna versión disponible: «Eco» (1854, publicado en 1862), de su libro *El mercado de los duendes*.

Dos versos del poema venían, quién sabe por qué, como epígrafe en un

libro de ciencia ficción. Ahí supe de la existencia del texto. La voz es la de alguien que ha muerto y llama a la persona amada para que se aparezca en sus sueños. Los sueños de una muerta. ¡Cómo me fascinaba esa idea cuando era más joven!

Claro, no era lo mismo leer el texto muchos años después y en aquellas circunstancias.

Pero era evidente por qué lo había recordado. Y en realidad el poema era, sobre todo, una fuente de frustración. La traducción no quedaba bien. Lo mejor que había logrado hasta aquel momento, después de mucho batallar, era un solo par de versos:

Mas ven a mí en los sueños, tal que pueda
vivir todo de nuevo, aun en la muerte:

Los dije en voz alta un par de veces, en español y en inglés. En mis trabajos académicos no hay nada interesante. No tuve tiempo ni oportunidad de lograr otra cosa, de dejar otra huella. ¿No sería maravilloso poder terminar hoy al menos esto? ¿La versión mejor –rítmica, más exacta que las otras– que tanto quería ver? Otras mujeres se podrían encontrar con ella. Se podrían fascinar como yo. Podrían escribir sus propios poemas, sus novelas…, sus trabajos académicos…

En otro tiempo hubiera puesto a calentar agua para hacer café. Ahora me quedé con el agua. Saqué mi edición de Rossetti, otros libros aledaños, todas las notas de la carpeta. Me costó un poco de tiempo pero al fin puse todo sobre la mesa. Me senté. Me puse los lentes y a trabajar.

Debo decir que me concentré y resistí como pocas veces. Como antes de estar enferma. No me puse de pie otra vez sino hasta la noche, cuando Mariano llegó a casa, cansado tras una operación que, según entendí, fue larga y muy complicada, y no salió bien.

Yo no terminé la traducción. Hice una estrofa, nada más. Podría parecer mucho (el poema solo tiene tres), pero en realidad era una versión hecha a partir de muchas previas, cortando y pegando:

Oh, dulce sueño, dulce y tan amargo;
su despertar no fue en el Paraíso,
donde almas plenas del amor se encuentran
y ojos sedientos miran
esa puerta
que lenta se abre, deja entrar, se cierra.

Yo miraba esas palabras cuando llegó Mariano. Quise contarle pero no pude, y él estaba al mismo tiempo de muy mal humor, muy decepcionado a causa de la operación y muy preocupado porque yo no estaba en la cama, descansando.

Nos fuimos a dormir. Él lo consiguió primero. Yo todavía me quedé un rato despierta, mirando el techo de nuestra habitación. Liso y vacío como un papel en blanco, pensé; qué imagen tan idiota, ¡qué bueno que nunca quise ser poeta!

Mejor traducir. ¿No sería maravilloso tener la eternidad para traducir el poema como era debido? ¿Para probar absolutamente todas las posibilidades? ¿Para llegar tan cerca como fuera posible de encontrarle su forma perfecta en la otra lengua?

Por supuesto, lo que me estaban ofreciendo era eso. Tiempo. Un poco más, al menos. El que tardaran en llegar los ricos y famosos a gobernar en el mundo digital igual que en el otro. Siempre y cuando la transferencia saliera bien y el resultado no fuera algo con demencias que no existen en el mundo natural.

E incluso eso no sería yo. Sería alguien más: otra persona, una segunda Celeste, convencida de ser la primera. Pero yo estaría muerta. Yo, en la cama, sin poder dormir, en una de las últimas noches de mi vida, después de haber fallado en todo, esperando que pasara el poco tiempo que aún quedaba.

A la mañana siguiente decidí volver al hospital.

8

Pasaron todavía algunas semanas. Y el día de mi muerte, ya lo dije, no pude ver el sol antes de entrar en el laboratorio.

Llegamos para una última grabación. Su propósito era que el modelo –lo que iba a ser mi mente, la copia de mí– quedara sincronizado con mis recuerdos hasta el último instante. Esas fueron mis últimas seis o siete horas. Sentada en la cama en la que me habían puesto, con un gotero intravenoso en el brazo, hablé mucho con Sandra y con Mariano: sobre el pasado, sobre lo que habíamos vivido hasta aquel momento. Sandra nos había perdonado sin reservas. En realidad, tampoco tenía muchas otras opciones, pero yo había decidido perdonarla, y Mariano tenía el encargo de apagar el interruptor, o borrar el disco duro, o lo que fuera necesario, en cuanto la IC que iba a ser yo diera la primera señal de trastorno o de locura.

También escuchamos un poco de mi música favorita, vimos una película

en video y leí un poco en voz alta (no a Christina Rossetti) para los dos. Insistí en hacerlo yo misma. Luego Yair y Mónica me dieron una sorpresa: un pastel de chocolate. Sandra y Mariano los vieron con cara de enojo, y yo no estaba segura de poder comer nada, pero lo intenté de todas maneras y lo logré. ¡Dos rebanadas!

Me dejaron sola para que descansara un rato.

Cuando la puerta volvió a abrirse y entraron Sandra y Mariano, les vi las caras, y entendí.

–¿Ya?

Mariano empezó a balbucear pero Sandra dijo, simplemente:

–Ya, Celeste.

Sabía lo que iba a suceder. Iban a ponerme algo «por error» en el goteo intravenoso. Mi cuerpo se moriría rápido y, me decían, sin dolor. Ya solo quedaría la IC: la copia, el otro «yo».

Fue muy distinto verlo ya, estar en el momento. Había pensado en eso muchas noches, muchos días, a todas horas. Yo no creía en lo sobrenatural. Era atea desde la secundaria, sabía que no hay ningún «espíritu» –ninguna porción de los procesos mentales que sea independiente del cuerpo, que pueda perdurar más allá de la muerte–, y entendía que si el original sobrevivía aunque fuera el poco tiempo que me pudiera dejar aún el cáncer (dicho de otro modo: si yo sobrevivía, *yo*, la que estaba pensando eso) habría aún más complicaciones.

La copia *tenía que ser* yo. Solo ella podía seguir siendo yo.

Empecé a llorar a gritos. Otra vez. Por qué tanto llanto, carajo. Recuerdo que lo pensé pero no podía dejar de llorar.

Y tuve *de veras* un ataque de pánico. Les gritaba que no me dejaran. Que ya no quería. Que la dejaran o lo dejaran vivir, al modelo, a la copia, lo que fuera, y que a mí no me hicieran nada. Pero ya no tenía fuerzas para resistirme. Mariano aguantó hasta el final, abrazándome. Llegó otro técnico, no los que ya conocía, o un doctor, y alguien, Sandra o Mariano, debe haber asentido porque sacó una jeringa y puso algo en la botella conectada a mi vena.

Al principio no sentí nada. Después comencé a adormecerme. Habría sido como tener sueño de no ser porque también empezó a costarme aún más trabajo respirar. No mucho. Era algo lento. Si me quedaba dormida pronto lograría ganarle a la sensación de asfixia.

Se me ocurrió que me estaban poniendo a dormir, como a un animal enfermo. Y quise resistirme. Pero no fui capaz de nada salvo la idea de desprenderme de Mariano, de quitarme la aguja, de salir por mi propio pie aunque fuera a caer y morirme en el pasillo, en otro lado, donde fuera.

–Celeste, mi amor –decía Mariano–. Mi amor, estoy contigo. Te amo. Mi cielo, mis estrellas.

Todavía tenía puestos los electrodos. Todo quedaría registrado hasta el último momento. En realidad sí se sintió muy poco. Todo se fue desvaneciendo. Cerré los ojos y no pude volver a abrirlos. Quise aferrarme a los restos del sabor dulce del chocolate entre mis dientes. De pronto alguien me besó. Lo último que sentí fue ese contacto sobre mis labios.

9

No sé decir cómo desperté. No tengo manera de describir los primeros momentos. No hubo ráfagas de luz ni cascadas de letras o de números ni nada de lo que se ve en las películas. De pronto escuché: eso fue lo primero.

–El diagnóstico bien –dijo alguien. Tal vez uno de los técnicos. Desde aquel momento fueron (son) más, cuatro hombres y otras tantas mujeres aparte de Mónica y Yair.

Recordé los libros sobre sistemas heterárquicos que no había podido leer. Pensé en esos libros que uno nunca termina. Pensé que el *Ulises* sí lo había leído, pero no *En busca del tiempo perdido*. Por mencionar un ejemplo famoso.

Eso debe haber sido lo primero que pensé. Es decir, aquí.

Es decir, yo.

Y entonces: ¿Qué diagnóstico? ¿De qué están hablando?

Y entonces abrí los ojos, o noté que estaban abiertos, o sentí que había algo ante mí que podía ser visto.

–Es raro –fue lo primero que dije. No pensé en mi situación. De pronto la había olvidado…

La recordé. Dije más palabras. Oía mi propia voz como si saliera de una bocina. *Salía de una bocina.* Sonaba como altavoz, pero también sonaba como yo. Escuché.

–Es raro pero… Veo como pixelado –decía–, una imagen pixelada, apenas…

Delante de mí estaban los técnicos y Sandra y Mariano, y todos me miraban. También miraban arriba y abajo y a los lados de mí, y entendí que miraban las pantallas alrededor del ojo: de la cámara.

–Es por la cámara, ¿no? –dije–. ¿Mariano? Mi amor. No siento las piernas…

Lo último lo dije sin pensar. Me reí. Podía reírme. Eso me dio más risa aún. Todos empezaron a gritar y a abrazarse. Mariano dijo cosas que no

entendí pero que eran de júbilo y de muchos otros sentimientos, amontonados unos sobre otros.

Lloré, sin lágrimas: el software del audio captó de inmediato mi intención de sollozar y dejó salir un sollozo.

(Es decir, el software alrededor de mí, las partes de software que no eran exactamente yo pero existían para mí, para comunicarme con el exterior, para pasarme información y sensaciones).

(Es decir, yo no pensé: «estoy viva», «no me morí» ni nada parecido. Una vez que estuve consciente, comprendí que había pasado lo que estaba previsto. En otro lugar había el cadáver de alguien que había sido yo. Pero ahora solo quedaba yo. Yo, que miraba desde su cámara. Que escuchaba desde su micrófono).

–Muy bien, muy bien, un momento, atención –dijo Sandra, pero estaba feliz, se veía clarísimo; nunca la había visto tan feliz–. Ahora nos espera un mundo de más pruebas posteriores. Va a ser una pesadilla y va a durar muchos meses.

–Va a ser espantoso –respondió Mariano, sonriente, mirando hacia mi cámara. Una lágrima salió de su ojo, despacio.

No.

Mirándome. Mariano estaba mirándome. Lloraba de felicidad, y lloraba por mí.

10

Este es el día 134. Llevamos más de cuatro de los meses iniciales de pruebas. Voy a estar aquí mucho tiempo más. Los técnicos y Sandra conversan conmigo, graban mis respuestas, me hacen exámenes. Relato episodios de mi vida. Me preguntan mis opiniones sobre muchos temas. Me dan cosas a memorizar, problemas matemáticos a resolver (creo que se espera que no lo logre porque nunca fui buena en eso)…

Mariano está aquí. Está sentado ante una mesa, leyendo un libro. Lo miro. Al principio tenía que esperar hasta que él (o cualquier otra persona) decidiera ponerse delante mi ojo. Ahora, cuando Mariano se aparte, podré seguirlo con la mirada, porque la cámara tiene ya un motor que puede moverse bajo mi control y apuntar a una cosa u otra.

Él no me mira.

Se supone que no debo hacer esto, pero le tomo una foto sin que se note (no se oye un «clic» ni nada parecido).

Tengo mi pequeño álbum de recuerdos: una carpeta encriptada en un

disco duro al que tengo acceso. Es muy extraño manejar una computadora desde adentro y sin manos, pero no es imposible. Pienso (aunque nunca se lo he dicho a nadie) que aprender a caminar, en mi primera infancia, debe haber sido una experiencia similar a aprender a usar estas herramientas. No hay comandos que memorizar ni pasos que seguir. Me basta la voluntad, o como sea que deba decirse: lo deseo y el sistema a mi alrededor captura la imagen de Mariano, la codifica en formato JPG de alta resolución y la guarda.

En el álbum hay imágenes de Yair, Mónica, Sandra, los otros técnicos y el propio Mariano. No es muy interesante –las fotos tienen siempre el mismo fondo, las mismas acciones de las mismas personas– pero me gusta poder hacer algo un poco secreto, aunque sea inofensivo. Además, se supone que necesito estímulos sensoriales.

Una hora cada mañana, los técnicos me dan una dosis de olfato, gusto, tacto, movimiento, calor y frío, dolor y placer: sensaciones fabricadas o grabadas con anterioridad por ellos y enviadas a mi IC para compensar que el resto del tiempo solo tengo vista y oído. No es lo mismo que estar viva. No lo es. Pero sí me ayuda. Me permite olvidar, aunque sea por un rato, que ahora soy como una cuadrapléjica, imposibilitada de moverse.

Tampoco debo ponerme mórbida: desde el principio me dijeron que es peligroso y tienen razón. Es peligroso, por ejemplo, quejarme de que ahora entiendo el hambre mejor que nadie, que casi nadie en el mundo, porque fuera de mis sesiones diarias no siento la ausencia en el vientre que ya no tengo, no siento la ansiedad del vientre, que era clara y crecía, crecía todo el tiempo, y se propagaba por el interior del cuello, por ciertas partes de la lengua, por otras en el interior de la cabeza.

No debo porque de ahí puedo pasar muy rápido a pensar en qué soy. En que de hecho nunca he tenido un cuerpo, nunca me he movido, etcétera.

–¿Mi amor? –digo: lo dejo salir por la bocina, y también tomo el control de una pantalla para mostrar mi cara.

Este accesorio –otro programa bajo mi mando– me parece una maravilla: mi cara en una pantalla. Una máscara digital, hecha a partir de todas las grabaciones que me tomaron cuando llegué y todas las imágenes de archivo que les di, capaz de mover los labios en sincronía con mis palabras y de mostrar mis expresiones. Yo hablo y la gente ve en la pantalla una aproximación excelente y expresiva de mi rostro, de mí, como era antes del cáncer. Tengo cabello. Suelo mostrarme vestida de manera sencilla, con una blusa o una sudadera de las que usaba para estar en casa, con el pelo suelto o en una cola, como solía llevarlo. Me pongo un fondo oscuro que no distraiga e iluminación muy suave.

Mariano levanta la vista. Esta es la parte incómoda: no mira hacia la cámara, hacia el punto desde el que yo lo miro, sino un poco hacia arriba y hacia la derecha: hacia la pantalla donde está mi cara artificial. El efecto es parecido al de hablar por teleconferencia: una nunca mira a la otra persona y ella nunca devuelve la mirada. Se lo he dicho a Mariano, y él me ha dicho que se esfuerza, pero siempre comienza mirando la pantalla y luego se obliga, tanto como puede, a desviarla hacia la lente de la cámara.

–Al menos deberían poner la cámara más cerca de la pantalla, ¿no? –me dice, como si fuera capaz de leer mis pensamientos.

–Me dice Mónica que ya lo van a hacer –le contesto–. Les falta una pieza para fijarla encima del monitor, como si fuera cámara web.

–¿Recuerdas la que teníamos cuando nos fuimos a vivir juntos?

–Ah, sí, la que usábamos para hablar cuando te fuiste de viaje a Colombia –digo–. La imagen era horrenda. ¿Te acuerdas cuando me pedías que me desnudara para que me vieras desde allá?

–¡Nunca quisiste!

–Porque soy muy propia –le contesto–, y porque seguramente me hubiera visto horrenda también.

Mariano enseña la lengua apuntando hacia la cámara. Bien. Mi cara en la pantalla se ríe.

Tengo que mantener a raya las preguntas filosóficas y las crisis existenciales. De hecho, Margarita, mi excompañera, se sentiría vengada si supiera lo mucho que intento convencerme de que todo irá bien. Todos los problemas que vengan, me digo, tendrán que resolverse uno por uno, igual que se han resuelto los que hemos tenido hasta ahora. Y la verdad es que voy bien, sé que voy bien: no he tenido dolores fantasmas, ni fantasías incontrolables, ni las que en otros casos se han llamado las *cosas abstractas*: los fallos que no tienen equivalente en los daños neurológicos conocidos, que son los más misteriosos y que tal vez, dice Sandra, son donde comienzan las demencias que nos mostró aquella vez, y que siguen –me ha dicho– sin tener remedio.

–Mira, la doctora quiere ir muy despacio, no digas nada…, pero según parece tú eres la IC en mejor estado del mundo. El orgullo del programa –me dice Mónica, a quien Sandra le dirige la tesis. Yo soy discreta. Pero es algo más de lo que sostenerse: la idea de que voy progresando y que poco a poco iré haciendo una vida nueva aquí, distinta de la anterior pero un poco más completa que hoy.

Abrir un libro digital, ver televisión, navegar en internet otra vez fue facilísimo. Ya podría incluso marcar un teléfono. Llamar a alguien. Darle un susto a Margarita. Decirle a mis padres que tal vez fui una nulidad como

profesionista, pero no lo seré como conejillo de Indias.

Pero sigo obligada al secreto por el contrato que firmamos en mi otra vida: en la vida de Celeste, y aunque las leyes no sabrían qué hacer conmigo todavía, sí que saben qué hacer a Mariano, quien es como mi aval. O mi propietario, según se quiera ver. Es algo de lo que no hablamos.

Es mejor lo que Sandra recomendó desde el comienzo para esta etapa: silencio, silencio total, y cuando por fin se nos dé permiso, y se anuncie al mundo la existencia de las IC, comunicación indirecta para cualquiera salvo los más cercanos…

–¿Cómo estás, corazón? –dice Mariano de pronto. Otra vez está mirando la pantalla y no mi cámara. Lo entiendo. Es que no tiene otra forma de saber cómo estoy, porque no hay un rostro de verdad en el que ver una expresión, cuerpo con una postura que leer, y a veces se inquieta. Él me lo ha dicho.

–Sin novedad –le respondo; mi voz sigue siendo la mía, y se oye como siempre, natural, con las imperfecciones de la auténtica voz humana–. Bien –continúo, y me apodero de otra de las pantallas alrededor de mi ojo y mi oído para mostrar, sobre un fondo negro, un emoji redondo, grandote y amarillo: una sonrisa menos ambigua–. ¿No quieres poner algo de música?

–Elige algo tú.

–No soy tu teléfono –le digo, y cambio el emoji: ahora soy yo quien le muestra una lengua.

–Está bien –dice Mariano, y se pone de pie para encender un pequeño aparato de sonido que tenemos aquí. Pone música clásica–. ¿Te gusta?

–¿Qué es?

–César Franck. La sonata para violín y piano.

–Ah, sí, es muy bonita y es de lo que más te gusta.

–Sí –dice Mariano, y sonríe.

Podría escucharla mucho mejor si la pusiera yo misma, desde aquí. Podría hacerlo. Y lo de usar emojis es algo que se me ocurrió porque lo vi en una película la semana pasada, yo sola, sin que nadie más lo supiera.

Pero así está bien. Así está bien.

11

Al principio la idea era revelar el éxito solo a los posibles compradores poderosos, pero ahora o hubo fugas de información, o los fascistas se han alejado del proyecto por motivos religiosos, o los dueños de la empresa están mucho más entusiasmados de lo previsto. (Sandra no está segura, los técnicos tampoco y lo que Mariano y yo tenemos a nuestra disposición son

las noticias de la red, en las que puedo escoger lo que más me guste pero no tengo la menor idea de cuál será la verdad).

Lo que parece claro es que se acerca el día en que el proyecto IC se hará público y se empezará a comercializar. Es decir, se acerca el día en que podré escribir un correo electrónico. Publicar notas en redes sociales. Recibir al menos a unas pocas personas queridas en el cuarto donde estén mi cámara y altavoz, mis brazos (cuando lleguen), cualquier otro aparato que vaya a ser mi cuerpo.

Parece también que ya empieza a haber otras IC como yo, que siguen manteniéndose en buen estado después de un tiempo considerable.

–Han aprendido mucho de ti –me ha dicho Yair–. O sea, los equipos de otras partes. Por eso ahora se equivocan menos –él no es universitario, sino que su madre trabaja para la de Sandra desde el siglo pasado y él creció en la cocina o los cuartos de servicio de una casa bastante grande. Es muy leal con Sandra, y nunca me cuenta nada que sea un auténtico secreto, pero también es más franco. Entiendo que me ve más como un objeto, el material del que depende el trabajo de todos, y muy en el fondo le asombra que yo hable y entienda.

No se lo tomo a mal. No me importa lo que piense. Llegará el tiempo en que seré portavoz de la captura de sistemas heterárquicos, y me pasearán por todos los medios masivos para que cante las bondades de la inmortalidad que me han dado…

(–¿De dónde sacaste eso de que te íbamos a desconectar? –me reprochó Sandra hace poco, cuando recordábamos aquella cena fallida de hace tanto.

Me estaba mostrando en su tableta el funeral de Celeste, de mi otro cuerpo –mejor no me esfuerzo tanto en aclararlo todo–, que fue cremada casi de inmediato; que fue llorada por amigos y familia. Le costaba trabajo mantener la tableta en buena posición ante mi cámara.

–Muy triste –dijo Sandra–. Hasta yo lo sentí y eso que sabía todo, que estaba mintiendo en todo. Por eso no me costó fingir. Tendrías que haber estado allí. Verlo en video no es lo mismo).

De pronto me siento eufórica, o algo parecido. Esperanzada. Pienso que podría volver a las clases: dar teleconferencias. Podría llegar a tener admiradores y hasta *haters*, porque habrá quien me vea la cara digital y no crea que me morí. De seguro tendría más alumnos que nunca. Aunque fuera por ser la novedad. Sería más popular que las chicas que promueven novelas en YouTube.

Pero tampoco debo pensar tanto en estas otras noticias. Me he aficionado a darles vueltas cuando no tengo a alguna persona delante, pero ya sé que debo tener cuidado: antes de morirme podía obsesionarme con algo,

encontrar más y más notas deprimentes sobre el tema y ponerme muy mal. Ahora no es distinto. Necesito pensar en otra cosa.

Otra idea que tengo, por supuesto, es terminar la traducción de Christina Rossetti. La memoria que tengo ahora funciona como la que tenía antes, es decir, no puedo «recuperar» todo de forma instantánea, como si lo sacara de un disco duro –que no reconociera al instante la música de Franck es la prueba–, pero sí recuerdo con más claridad y precisión. Tengo presentes el poema original y mis versos en español…

Por otro lado, ahora, justo ahora, entiendo que algo está pasando. Algo aquí. Adentro. Conmigo.

¿Cómo es posible que sienta deseos de volver a dar clases, yo que nunca pude con ellas? ¿Y a qué vienen estos cambios de humor? ¿Y cómo me he hecho de dos amigos más, no solo después de los treinta, sino después de la muerte?

¿Y qué es esta otra idea? No me parece algo nuevo. Es algo que he estado guardando por años. Desde antes del cáncer.

Tengo que volver a formularlo para entenderlo yo misma. Es como si hablara con la boca cerrada. Mariano ha vuelto a sentarse mientras la sonata continúa. Sí que es bella. Él mira de reojo a la pantalla y luego comprueba que mi cámara apunta hacia él. Cuando tiene crecido el cabello y la barba, como ahora, es un oso. Cuando podía tocarlo me gustaba su solidez, su peso. También me hacía gracia su inseguridad: cuántas veces le dije que las mujeres podemos desear algo distinto de un cuerpo atlético, esbelto, lampiño de galán de telenovela…

Mariano me envía un beso. Y yo compruebo que las IC, inteligencias capturadas, mentes en computadoras, pueden tener revelaciones y sentir horror.

Y también entiendo que no estoy loca ni mal transcrita ni deformada de ninguna manera. Lo sé. Lo veo. Supongo que los dementes dirán lo mismo, pero esto no es eso. Tal vez me ha pasado algo, pero es como el trauma de alguien que acaba de tener un accidente, de estar al borde de la muerte, y al salvarse descubre cosas, decide: cambia. Ya no es quien era.

Yo ya no soy la primera Celeste. He vivido un poco más que ella. Pero ella tampoco sería la misma si hubiera sobrevivido al cáncer. No es una cuestión de identidad. ¿Qué es eso de la identidad? No es una cosa sola, una escritura imborrable, una figura de piedra. Es un flujo: un proceso. Un camino.

Y no solo es un camino de transformación. Es, sobre todo, un camino de descubrimiento.

La identidad es camino: el camino que lleva del cuerpo de Celeste, que

guardó hasta hace tan poco todos los recuerdos de su vida, hasta mí, que los guardo ahora, y que los amo, y que quiero vivir, pero que también veo cosas claras como nunca las pude ver antes. ¿Es por mi cerebro nuevo? ¿O por mis nuevas experiencias? No lo sé y no me importa. Debo hablar ahora, porque no puedo seguir mintiendo. Ni a mí misma ni a otros.

12

–¿Mariano?

–¿Sí, corazón? –dice él. Había vuelto a leer y ahora levanta la vista. Alcanzo a ver que el libro es una antología de Alejandra Pizarnik. De un tiempo hasta ahora hace lo que nunca: lee todo lo que le recomiendo. Me dice que incluso lleva los libros al consultorio.

–Mariano, tengo que decirte algo –comienzo, y escucho mi propia voz a través del micrófono. ¡Qué segura me oigo!

(Y a la vez, qué humana me oigo. Qué alivio. No sueno a robot. Sueno a Celeste).

–¿Qué pasa? –dice él, y entiendo hasta dónde es perfecta la copia de mi antigua voz, porque él ha reaccionado a ella: en su propia voz hay un poco (un poquitito, casi nada todavía) de alarma.

Yo no tomo aire porque no puedo, pero el software detecta mi intención y la bocina deja escapar un suspiro. Es de los primeros en esta nueva etapa de mi vida. Sirve como una pausa dramática.

–Mira… No te quiero lastimar, Mariano –empiezo–, pero tal vez tenga que hacerlo –hago otra pausa, pero ya comencé, ya no puedo parar–. Creo que necesitamos replantear nuestra relación…

Me callo. Él no dice nada. Algunos de los aparatos que soy (¿en los que estoy?, ¿que son mi cerebro?) zumba. Un ventilador.

No puedo distraerme.

–No voy a decir ninguna de esas cosas estúpidas –sigo–. Que no eres tú sino yo, que… Nada de eso. Ya antes del cáncer teníamos dificultades. Tú lo sabes. No las decíamos pero ahí estaban. Ya no nos deseábamos.

–No puedes –dice Mariano, y voltea a ver mi cara en la pantalla.

He vivido tanto con él que lo entiendo ahora. Está sorprendidísimo. No puede creer lo que le estoy diciendo. No puede lidiar con lo que le está pasando. Su respuesta intenta desviar su pensamiento del significado profundo de lo que escucha. No es una súplica. No significa «No puedes hacerme esto» ni nada parecido. Quiere decir: «Tú no tienes un cuerpo y no podrías sentir deseo, ni por mí ni por nadie, aun si quisieras».

Lo que sí puedo sentir es orgullo. Al final entenderá. Aceptará lo que yo estoy entendiendo ahora: que no lo amo.

Y justo ahora viene otro sentimiento. Vergüenza. Cómo voy (me pregunto) a continuar después de haberle hecho esto a una de las personas a las que debo la vida. A las que quiero. Aunque no lo ame, lo quiero.

¿Y qué va a pasar conmigo? ¿Qué va a pensar Sandra? ¿Va a alterar en algo mi situación aquí, dado que dependo legalmente de Mariano?

No había pensado en nada de esto.

Mariano se ha cubierto la cara con las manos. No lo había notado. Esto es un nuevo descubrimiento: puedo ensimismarme y distraerme.

Él habla, sin descubrirse, sobre el fondo de la sonata de Franck.

–Ay –dice–. Ay, Celeste. Yo también tenía que hablar contigo. Quería esperar más tiempo. Los dos queríamos esperar más tiempo. Ojalá algún día puedas perdonarnos.

Sigue hablando por un rato: no ha sido solo este tiempo en el encierro. Viene de antes. Viene de la desesperación y solo empeoró con mi muerte. Después del pastel de chocolate, dice. Aún cubierto, aún sin levantar la vista, agrega que mira mi cámara, mi pantalla, mi cara, que escucha mi voz, y siente que me he ido muy lejos y nunca voy a volver.

–Y sin embargo ahí estás.

Es peor que si me hubiera muerto, dice. Saber que nunca más podrá tocarme, ni yo a él.

Ahora se descubre y mira hacia arriba. Cruza los brazos sobre el pecho. Solo le falta mecerse hacia delante y hacia atrás. Sin cambiar de posición, explica que nada fue premeditado: muy al principio solo quería desahogarse. Decirle lo que sentía a alguien que no fuera yo.

Sigue hablando.

Sigue hablando y yo pienso que hay varios defectos en mi traducción de Rossetti. Uno de ellos está en el verso que habla de la puerta del más allá, la que se abre y se cierra: no pude mantener la idea –presente en el original– de que esa puerta permite entrar pero no salir.

La puerta de aquí, de este laboratorio, empieza a abrirse. Alguien llega. Me pregunto si será Sandra. Imagino que es ella.

Final feliz

Mi jefe, mi amigo, el Curandero de las Estrellas, no se llama «Cosme Yaotzin». Ese es su seudónimo, su nombre de batalla, su identidad secreta. Pero yo no sé cómo se llama en realidad. Todos estos años y nunca se lo he preguntado. Aunque tal vez pueda hacerlo pronto. Hoy es la primera vez que vengo a pedirle ayuda: en adelante tiene que haber más confianza entre nosotros.

Estamos en su consultorio de paredes blancas y piso blanco. La mesa es blanca, las sillas blancas. El calendario, prácticamente blanco: la foto del mes es de un gatito blanco y los números de los días son gris clarito. El siguiente mes debe traer la foto de una montaña nevada o de un vaso de leche. Al otro lado de la puerta, la recepción también es blanca y Jenny, la secretaria, tiene que venir siempre de blanco y sentarse en su escritorio blanco, ante su compu blanca.

(Yo la saludo «Hola, flaquita». U «Hola, Blanquita» si quiero molestarla, porque sé que lo odia y me divierte que no es capaz de reclamarme. Lo más fuerte que me ha dicho es «Ay, ya, no seas malo». Es como tonta, la Jenny).

Y Cosme es blanco. Gordo, enorme de gordo, y blanco.

Además de ser muy pálido, trae puesta una camisa blanca, grande como una tienda de campaña. Trae pantalones bombachos blancos y pantuflas blancas. Como es orejón, diría que parece un Buda –uno blanco– de no ser porque no trae toda la cabeza rapada. De la nuca le sale una trenza negra, larga y delgada como de genio de la lámpara. Es parte de su imagen. Todos los días se rasura, y pone cuidado especial a la zona alrededor de la trenza para mantener sus bordes bien definidos.

Me pide que me siente. Lo miro porque uno no se acostumbra a verlo, así de raro es. Su trenza y su cabeza entera están aceitadas y brillan. En los pliegues de la nuca y en su papada se le acumulan gotitas. Me pregunto si se aceitará el cuerpo completo. El trasero. Las tetas. Lo demás que se adivina bajo la tela y se mueve en todas direcciones a la menor provocación.

Y me pregunto cómo habrá empezado en el negocio. La versión oficial es que fue al Tibet a estudiar con el Dalai Lama, y él fue quien lo nombró «Cosme» en honor al Cosmos y «Yaotzin» por su ascendencia prehispánica. Pero todo eso es pura mentira. Obvio. Y si Cosme no revela su nombre real, menos va a revelar la verdad sobre su carrera. Pienso que, cuando era más joven –ahora ha de andar cerca de los cuarenta–, debe haber sido un perdedor, un pendejo como cualquier otro. Empleado de tienda, conductor de microbús, esclavo en un centro de atención telefónica, alumno de

filosofía, yo qué sé. A lo mejor le decían el Gordo o el Oso (o a lo mejor hasta el Buda). Iba para donde vamos todos, hacia ningún lugar, hacia ser viejo y morirse sin haber hecho nada que valiera la pena, hasta que un día tuvo su revelación. Su momento decisivo, en el que todo cambió y él se convirtió en quien es ahora.

–Ya te he dicho que la «medicina alternativa» es una mamada –me dice ahora. Me está regañando–. Pura mentira para puro pendejo.

Nunca le dirá eso a un cliente, obvio. Porque será pura mentira pero de eso vivimos. Probablemente su revelación fue muy simple: que todo esto podrá ser una mamada, pero sí deja mucho dinero. O lo que es lo mismo, que siempre habrá alguien más pendejo que uno, si se sabe dónde buscar.

Pero la primera gran cualidad de Cosme, el primer secreto de su éxito, es que se sabe vender. A los clientes les habla con suavidad y los convence con palabras *new age*, con sus diagnósticos y con la firmeza que proyecta. Sobre todo con la firmeza. Los sienta, como a mí, y se para a un lado de ellos, muy cerca, para intimidarlos un poco con su tamaño, como matón en cuarto de torturas; luego les habla de la salud y del equilibrio en lugar de caerles encima o romperles un brazo, y la gente se siente aliviada antes incluso de curarse de sus males. Le podrían haber dicho el Ropero. De hecho, podría no haber sido pendejo sino sicario. O policía. A lo mejor un día estaba quemando cadáveres en una zanja y de pronto vio que podía ganar más dinero con menos esfuerzo.

–Cuando te sientas mal, ven *conmigo* –me dice Cosme. Sigue a mi lado. Ahora tengo muy buena vista de su cara redonda y su papada inmensa, afeitada a diario como el resto. En realidad es imponente–. ¿Me estás oyendo, güey? Si te sientes enfermo, vienes para acá en chinga. No vayas con nadie más. ¡Si a ustedes no les cobro, cabrón!

La verdad es que ya me lo había dicho. Y sí, no nos cobra: Jenny, el tipo que nos hace la contabilidad, el chofer que lo lleva si los clientes importantes prefieren no mandar por él, todos ya me han contado de sus consultas gratis con Cosme. Pero es que yo nunca me había animado a decirle nada. Yo me encargo de comprarle los materiales –cuarzos, esencias, pastillas homeopáticas–, y prefiero recetarme solo a andar preguntando. Lo único malo era que el malestar ya me había durado más de la cuenta. Pensaba que era reflujo, por la cerveza y los tacos y el estrés, pero estaba un poco preocupado.

–¿Cuántos meses dices que llevas teniendo que dormir sentado? –me pregunta Cosme.

–Cuatro.

–No te digo, habías de ser pendejo. ¡Si ustedes son mi familia!

Miro su panza desde mi silla mientras mi propia panza me quema desde adentro, como todos los días a todas horas. Cosme es un animalote. Como cualquier cliente, me siento feliz de que no me pegue mientras me habla de fraternidad y solidaridad. Su primer consultorio (dicen) estaba debajo de un paso a desnivel, en el cruce de dos avenidas cerca de la Central de Abastos, pero esa primera etapa no puede haber durado mucho. Desde muy pronto comenzó a subir y no ha dejado de hacerlo. Sí es algo admirable porque los curanderos suelen ser mediocres, imbéciles o ambas cosas a la vez: se quedan en los pasos a desnivel, o afuera de los baños públicos en el mercado, y jamás pasan de dar pociones de amor hechas de alcohol del peor y polvo de sabores.

–Y ya, relájate –me ordena Cosme. Lo intento. Sé que me va ayudar. Que voy a sentirme mejor.

La segunda gran cualidad de Cosme no es que siempre tenga razón, aunque la tiene: aunque nunca falla al diagnosticar a sus pacientes y todos se alivian. Eso es lo habitual: todos los curanderos y sanadores, incluso los pendejos, son infalibles porque la gente quiere creer y les da la razón hasta cuando no la tienen.

(Yo lo supe de niño por un tío: una bruja le había «curado» un cáncer de páncreas, y dos meses después, cuando se moría de cáncer de páncreas, él juraba que aquel no era el cáncer de páncreas que le había quitado la bruja, sino otro cáncer de páncreas. Se murió feliz).

No: la segunda cualidad de Cosme no tiene que ver con cómo examina a la gente.

–¿Traes ropa? –me pregunta ahora. Por un momento no le entiendo y pongo cara–. Ropa sudada, güey.

–¡Ah, sí! –Antes de venir aquí fui a casa de mi mamá a usar su bicicleta fija. Ella la usa de perchero. El ejercicio no se nos da en la familia. (No es que importe. Yo no soy un cuerpo de atleta echado a perder, pero tampoco podría llegar a ser grande e imponente como Cosme: solo tengo veinticinco kilos de más y parezco chile relleno. Si subiera otros treinta kilos no sería Cosme sino otro chile aún más repulsivo).

En todo caso usé la bicicleta. Con diez minutos tuve para que el corazón me latiera como ametralladora, las piernas no me sostuvieran y la ropa «de ejercicio» –de hecho es una pijama vieja– quedara hecha un asco. Mi mamá se ofreció a lavarla. Cuando no se la di, me exigió que me mudara con ella aunque fuera por mi pura conveniencia, para hacer ejercicio.

–No y no –le contesté–. ¡Si vengo contigo a cada rato!

Me costó que no me arrebatara la pijama, y más aún salir de allí.

Ahora levanto la bolsa de plástico en la que traje la ropa. Se la doy a

Cosme. Sigo sentado y sigo cohibido por lo grande que es. Darle la bolsa es como dar una ofrenda en un templo. Podría decir que soy como un sacerdote azteca. Salvo que estamos en este consultorio blanco, en un edificio de lujo de Polanco, y yo vengo vestido de mexicano y Cosme de genio de la lámpara.

Cosme va a sacar la ropa de la bolsa. Hace una pausa.

Cambia de opinión, mete la cabeza en la bolsa y aspira profundamente. Y cuando vuelve a levantar la cabeza tiene la cara rara: la que todos los esotéricos, los extranormales, tienen que aprender a poner para que les crean. Tiene los ojos en blanco y la mandíbula se le afloja. Le tiemblan los labios.

Pero él pone esa cara en serio. La medicina alternativa será una mamada pero él no está fingiendo: no tiene el control de lo que está haciendo. De pronto un ojo se le va para la izquierda. Otro se queda centrado y la pupila se dilata. La lengua se mueve de un modo raro que no alcanzo a ver bien. Cosme no sabe cómo describir todo esto, pero a la clientela le dice que se pone en contacto con las fuerzas del Universo. La Conciencia Cósmica.

Cosme reconoce las enfermedades oliendo el sudor de las personas.

–Hay base científica –dice. Parece que es cierto. Cómo apesta el sudor depende de lo que traemos en el cuerpo. Pero cómo se pone él va más allá. Yo lo miro desde abajo, desde mi silla blanca. Él no me mira. Las lonjas de sus costados rozan el interior de su camisa. A veces se pegan a ellas y las curvas hinchan la tela desde adentro. Con las tetas sucede lo mismo. Y con el vientre. Parece una esfera perfecta, una cúpula hecha de carne. Imagino que será carne suave. Me pregunto si lo será de verdad.

Y me pregunto qué me dirá. Cosme tiene fama de no solo averiguar enfermedades. Dicen que puede ver el pasado y el futuro. Pero eso podría ser solo parte de su imagen: de su Cualidad Esencial #1.

La cara de Cosme se alisa. Sus ojos se entrecierran. Sus labios se estremecen. Su papada se estremece. Está aceitada (tal vez) y cubierta de pelos pequeñísimos. O le crecen muy rápido o no se rasuró esta mañana. No, debe ser que crecen: sus sienes se ven igual.

Ahora Cosme abre los ojos. Me mira. Sus narices se ensanchan.

Recuerdo que no me bañé en casa de mi mamá.

De pronto, con una velocidad que me impide reaccionar, Cosme se inclina hacia mí y entierra su nariz en mi axila.

Me tenso de inmediato. Creo que tiemblo un poco. Este contacto cercano no es tan raro. Algunas veces Cosme necesita precisar el diagnóstico. Nos lo ha dicho. Hasta yo lo he visto. Lo tiene que hacer con uno de cada diez o doce pacientes. Es como recoger más datos, dice, desde más cerca. La semana pasada, Jenny me contó que tuvo que hacerlo con un cliente de los

fuertes. No me dijo quién pero debe haber sido *muy* fuerte.

–Eso no fue aquí sino en casa de él –me dijo ella–. Del cliente. Había tipos armados y ya se estaban poniendo locos. ¡A mí sí me dio miedo! Yo ahí sola con Cosme y con esos…

Yo le pregunté si el cliente habrá sido Rafael el Subsecretario. O Carmelo el Vicealmirante. O Felipe el productor. O alguna de las que llaman *ladys*, las hijas mimadas de esos y de otros. Para mí esas viejas son las peores y vienen todo el tiempo.

Porque Cosme, saltando de contacto en contacto, ya está llegando muy arriba. Esa es su Cualidad Esencial #2. Su verdadero poder. Mucho más que saber producirse como lo hace o que tener un verdadero talento sobrenatural inexplicable. De hecho, todo el mundo sabe que tener talento no hace falta y muchas veces hasta estorba. Por ejemplo, Cosme sí se ve grotesco cuando se le abre el Tercer Ojo o lo que sea que sea eso. Un día va a poner nerviosa a la persona equivocada y por bueno que sea su diagnóstico ahí se va a acabar el negocio.

No: aunque fuera puro fraude, le bastaría con saber trepar como lo hace. A Cosme nadie le gana a meterse, en caerle bien a los que mandan. No hay recomendación que no sepa aprovechar. De los empleados pasa a los jefes, y de los jefes a los jefes de los jefes. Ya pasamos las etapas de los grupos de música versátil, de los delegados sindicales, de los jefes de policía, de los legisladores locales, de los estatales y federales. Cosme ya conoce a amigos de Miguel Ángel –le dice así, nada más, como si no supiéramos que es Miguel Ángel el Mismísimo Secretario, el hombre más poderoso de México– y cualquier día le va a tocar atenderlo. Y seguirá Luis. Y seguirán Agustín, Enrique, Carlos, todos los auténticos cabrones. Y se mudará a un consultorio todavía más grande y más blanco en una zona de más calidad. A lo mejor ni siquiera será en México sino en Miami. O en Nueva York. Y se deshará de todos los que somos sus amigos ahora para conseguirse otros de más calidad.

Estos pensamientos amargos se me vienen a la cabeza porque Cosme no quita su cara de mi axila. Yo trato de no mirar. Trato de pensar en otra cosa. Y solo se me ocurre que yo podría tratar muy mal a Cosme. Darle pastillas caducadas, ingredientes en mal estado, aceite de cocina en vez de perfumes, cualquier porquería. A lo mejor no se daría cuenta, y la gente, la clientela, seguro no se enteraría jamás, porque es pendeja. Hasta el más cabrón en su casa o su oficina o donde sea acaba siendo un pendejo con Cosme, porque todos llegan igual, a que les huelan la ropa o los rincones del cuerpo, y a no entender nada.

Pero no soy capaz de engañarlo. No le puedo hacer eso a él…

Cosme quita la cara de mi axila. Yo me relajo. Es mejor: estaba inhalando y exhalando. Sentía el calor de su aliento. Me hacía cosquillas.

Cosme pone la cara en mi entrepierna.

Otra vez lo siento aspirar el aire. Otra vez lo exhala. Necesito no pensar. Necesito no ponerme tenso. Ni allí ni en ninguna parte de mi cuerpo. ¡No entiendo cómo puede inclinarse tanto siendo tan gordo!

¿Y qué se me viene ahora a la cabeza? Algo que me dijo Jenny. Fue hace mucho. Una vez que me invitó a comer. Quién sabe qué mosca le picó ese día.

Empezó a la hora de la sopa. Que hay personas con poderes entre nosotros, dijo. No solo Cosme, pero no muchas otras. «Tienen que ser pocas», dijo, «porque ese poder se los da Dios».

–Un día tienen la revelación: descubren su habilidad y entienden que Dios se las ha dado. Y que tienen el mandato de usarla para hacer el bien. ¿Sí me entiendes? Para nosotros el poder verlo es un privilegio. El contar con ese beneficio. Pero ellos no tienen otra opción… Y tienen que esconderse. No deben revelar que están bendecidos. Deben hacer creer a todos que sus poderes vienen de otra parte. O que no tienen poderes, que son magos o mentirosos mientras hacen el bien… Si se supiera la verdad, los otros, los falsos profetas, los matasanos, los políticos…

–No creo… –empecé a decir, pero ella ni siquiera se detuvo.

–… los odiarían.

–No es cierto –volví a intentar.

–¡Los harían pedazos! –dijo ella. Estaba muy alterada. Hacía grandes gestos con esas manos huesudas que tiene y los ojos se le veían enormes en su cara estrecha.

–Claro que no –dije, con más firmeza–. ¿Tú crees que a cualquiera de ellos le importa Dios? ¿O que Dios tiene de veras algo que ver con Cosme o con cualquier cosa?

–No me digas que eres ateo –me dijo ella.

Ahora Cosme levanta su cara de entre mis piernas. Por fin.

–Ay –dice, y toma aire haciendo mucho ruido. Todo él se estremece–. A veces sí es muy humillante. Esto. Espero que no te haya molestado demasiado a ti.

Yo me relajo en la silla. Un poco.

Él me dice que tengo una gastritis cabrona. Debo tomar antiácidos (almagato, me dice; suena a brujería pero es una medicina real) e ir al doctor.

(Algo más que no nos conviene. Cosme debe ser el único sanador en el mundo que de vez en vez manda a sus pacientes al doctor. Cuando el doctor es la mejor opción. Dice. Como si no pudiera decirles cualquier otra cosa y

sacarles más dinero. Como la bruja que atendió a mi tío).

–Yo puedo ver más –me dice Cosme, ahora– aparte de cómo tienes el estómago. Por cierto, eres un atascado.

–¿Eh?

–¡Tomas mucho! –me contesta. Mueve sus manos de forma parecida a como las movía Jenny, pero las de él son enormes, como todo él–. Y comes como cerdo. Te va a dar una úlcera.

Ahora pienso que podría decirme lo que yo mismo ya sé: que por más que coma nunca voy a tener un cuerpo como el de él. Pero lo que dice es:

–Otra cosa. Veo parte de tu pasado, de quién eres y de tu futuro. –Y yo me doy cuenta de que todavía tiene un ojo un poco desviado y dilatado; no se le pasa aún el séptimo chakra o lo que sea que le da. Su voz también se oye distinta–. Te puedo decir más. ¿Te digo?

Todavía no me termino de relajar. Esto es muy humillante. Aprieto los muslos. Uno contra el otro. ¿Cosme le dirá estas cosas a sus clientes de la alta sociedad?

–¿Como qué me puedes decir? –pregunto.

–Sé cuándo te vas a morir. No es pronto. Ni hoy ni mañana. Ni pasado. Faltan años. Pero sí va a pasar. ¿Te digo?

–¡No!

Cosme parpadea. Su ojo está volviendo a la normalidad. Suspira. Sacude la cabeza.

–Nunca quieren saber –se queja. Ahora sí su voz ha vuelto a la normalidad–. Nadie quiere –vuelve a parpadear–. Pero hay algo que sí te tengo que decir.

Por fin me estoy relajando de verdad. Quito las manos de donde Cosme tenía la nariz. Doblo los brazos y las pongo sobre mis rodillas. El consultorio es un espacio muy acogedor: el color blanco es muy discreto y relajante, la temperatura es agradable, templada, y hay un olor de incienso muy leve en el aire. Me doy cuenta de que hay una repisa blanca en la pared del fondo (¿será nueva?) y en ella hay figuras de algún material blanco: una cruz, una virgen de Guadalupe, un Buda (muy apropiado)…

–A ver –dice Cosme–. Cómo te digo –levanta un dedo gordo: su índice. Todos sus dedos son largos y gordos–. A ver. Uno, habría bastado con sentir cómo la tenías. Casi me sacas un ojo. Dos –levanta otro dedo–, tu mamá siempre ha sabido y no tiene problema. Tres –otro dedo–, la verdad es que sentirse querido es muy halagador, pero… mira, te lo digo con franqueza: no, güey. Me gustan las viejas. Y ni siendo vieja serías mi tipo. Me gustan las flacas.

Ahora, de pronto, siento frío.

Mucho, mucho, mucho frío.

–¡Ah! Cuatro: yo no entendía por qué la Jenny nunca me ha hecho caso, pero es que ella sí no se ha dado cuenta. Diría que es medio pendeja pero la verdad es que yo tampoco lo vi. –Y me muestra los cuatro dedos levantados. Sus yemas son enormes, como lunas.

Pero no puedo apreciarlas porque, en realidad, estoy en las montañas del calendario en la pared. Las que no he visto aún. Estoy desnudo en una cumbre nevada. El frío se mete bajo mi piel. Hasta mis huesos. Recuerdo muchos momentos. Toda la vida.

El frío se mete en cada momento de mi vida.

–Jenny es buena –sigue Cosme, que no se da cuenta de nada de lo que siento–. Tienes que hablar con ella. Y tienes que hacerlo bien. No vayas a portarte como un cabrón. No tienes que decirle todo. Nada más que no estás interesado.

Pienso en su espalda. Su ancha, su blanda espalda. ¿Cómo se verá bajo la tela blanca? ¿Le pondrá aceite? ¿Tendrá pelo? Pienso en todo el tiempo que he trabajado para él. Por primera vez en mucho tiempo pienso en el sueldo que me da. El esfuerzo que hago. El enorme esfuerzo que hago. Voy a la casa de mi mamá con más frecuencia que a mi departamento. Vivo para esto.

No sé qué cara estoy poniendo porque ahora Cosme se ve inquieto.

–Tú ya lo sabías, ¿verdad? –me pregunta. Entiendo que está realmente preocupado por mí, pero solo como mi jefe. Cuando mucho, como mi amigo.

Algo más que entiendo: esta es mi revelación. Mi momento. Y no es más que este cuarto blanco y helado, y Cosme oculto, inalcanzable tras su ropa blanca, y yo tengo que quitar las manos de mis rodillas porque mi cuerpo es un cuerpo pendejo y parte de él está toda tiesa, vuelta loca, como si esto fuera un final feliz.

Voy hacia el cielo

1

Cuando yo nací, mi tío Pablo tenía veintitrés años. Estudiaba en la Facultad de Ingeniería, le gustaba la música, apoyaba al movimiento zapatista y lo secuestró un ovni.

Según él.

Ahora yo soy quien tiene veintitrés. Y el mes pasado mi tío fue a la marcha contra el gobierno, la grande, conmigo. No me gustaba la idea de que se me pegara pero él insistió y mi mamá, su hermana, se puso intensa, como suele ponerse.

Esa noche mi tío desapareció. Se me perdió, lo reconozco: llegó la policía, empezaron los golpes, corrimos, no supe dónde quedó, y no hemos vuelto a saber de él.

Y ahora estamos en su cuarto, mirando lo que dejó.

No es mucho. Su ropa, su cama, la mesa con su computadora, el viejo reproductor en el que ponía su música. Los discos compactos y las cintas grabadas que nos forzó a escuchar, una y otra vez, durante toda nuestra vida juntos.

2

El día de la marcha mi mamá me dijo:

–¿No te aburres de estar discutiendo, Rebeca? Ya. Tu tío tiene que salir al mundo. Que esté encerrado no le hace bien a nadie.

Yo sabía que simplemente estaba harta y quería tenerlo lejos por un rato. Y en general nos alternábamos: un mes lo sacaba yo y al siguiente le tocaba a ella. A veces mi tío quería ir a dar la vuelta a un parque, o a hacer compras a alguna tienda cercana, o si era un día en el que estaba muy bien, a comer fuera o hasta al cine (eso sí, lo llevábamos a ver cualquier cosa menos ciencia ficción; eso jamás).

Sobre todo era una molestia. Pero discutimos todavía un poco más porque ese es el modo en que nos relacionamos mi mamá y yo: discutiendo. Acepté llevármelo cuando me pareció que las dos ya estábamos lo bastante enojadas.

–Ándale, Marciano. –Así le decía yo, y él se fue detrás de mí, como

perrito. Llevaba puestos sus tenis, sus jeans y dos de sus muchas camisetas de bandas de rock, una de manga corta encima de otra de manga larga. Estuvo callado hasta que estuvimos fuera de la casa. Entonces empezó:

–Oye, ¿reconoces este logo? –Y señalaba a su pecho–. ¿El que traigo puesto? Es el de Caifanes. La gente joven oye a Caifanes. ¿No?

–Yo me sé una canción de ellos por tu culpa –le contesté, pero no me hizo caso.

–Mira: los elegí por ser banda mexicana. Cien por ciento. Se han opuesto al gobierno y a los gringos. Y es como azteca, ¿no? El logo. Para que se vea México en la marcha –me dijo–. Porque México no es su gobierno. México es otra cosa. Por eso vamos. ¿No? A marchar. Contra el gobierno entreguista. Por la libertad. Porque no entienden. Los políticos. Son como esos cabrones que yo conocí. Los que me dejaron como estoy. No tienen humanidad. Es como dice la canción. Ya la conoces. ¿No? De Caifanes. «Aquí no es así», *El nervio del volcán*, 1994…

Y empezó a cantar:

Sigues caminando sobre viejos territorios,
invocando fuerzas que jamás entenderás.
Y vienes desde allá, donde no sale el sol,
donde no hay calor,
donde la sangre nunca se sacrificó
por un amor,
pero aquí no es así.

Yo no le contesté. *Esa* es la canción que me sé por culpa suya: porque la he oído, sin exagerar, miles de veces. Lo tomé de la mano para hacer que avanzara. Traté de mantener la vista al frente y de no ver a la gente que nos miraba. Más que el estampado de la camiseta, a mi tío se le veían la panza, las canas, las arrugas. Y no me sentí mejor cuando dejó de cantar. Hay contingentes de señores en las marchas pero el Marciano no iba a estar en uno de esos, con gente de su edad, sino en el mío.

Cuando llegamos al lugar que había acordado con mi novio, Adrián, él se me quedó viendo con cara de Cómo Pudiste Traer A Ese Viejo Patético. Ni siquiera empecé a explicarle: ya iban a dar las seis de la tarde, la hora de arranque de la marcha, y nos teníamos que poner en movimiento. Mi tío puso su cara de Siento Mucho Ser Como Soy Pero No Lo Puedo Evitar Y De Verdad No Quiero Estorbarle A Nadie.

Al final, ya en el punto de reunión, mientras nos acomodábamos en la fila detrás de algunos amigos y mucha gente que no conocíamos, hubo un

momento en que podría haber hablado del tema con Adrián, pero me di cuenta de que en realidad no quería hacerlo. Solo le dije:

–Mira, ya sabes, me da pena.

Las dos sabíamos que mi tío llevaba veinte años de estar loco, de ser una carga para mi mamá y para mí y en general de no vivir: de no poder con la vida. Pero también sabíamos la regla de mi casa: que nuestra obligación era tenerle piedad.

3

El Marciano siempre contaba la misma historia acerca de lo que le pasó.

Según mi mamá (yo estaba recién nacida y no me acuerdo de nada, obvio), lo que es comprobable es que un día no llegó a la casa después de irse con unos amigos, pasó una semana desaparecido, puso a todos como locos en casa –que era la casa de mis abuelos, donde vivíamos todos– y luego llamó por teléfono. Desde Los Ángeles. Estaba preso. A lo mejor lo deportaban. ¿Le podían mandar dinero para tomar un autobús desde Tijuana?

Mi abuelo fue por él en avión y hasta California. Le costó varios días más encontrarlo y aclararlo todo. Nunca supimos si tuvo que pagar o no, ni cuánto, o al menos nadie me lo dijo a mí. Al final sí logró traerlo de regreso. Y cuando llegaron, Pablo se veía igual a como era antes (dice mi mamá) pero algo le había pasado: de pronto se quedaba callado y no parecía prestar atención a nada, y de pronto se ponía a temblar, a decir cosas sin sentido o a gritar. Le podía pasar a cualquier hora del día. Su ropa –que era la misma que llevaba puesta la noche en que desapareció– estaba sucia y raída, pero pasó mucho tiempo antes de que aceptara quitársela.

Los siguientes cinco años no salió nunca de la casa. Pasado ese tiempo empezó a calmarse, aunque fue muy despacio y muy poco. Empezó a dejarse llevar, a querer salir, pero pobres de nosotras si no aceptábamos rápido, o si no podíamos acompañarlo, porque hacía berrinche, se iba corriendo y lo encontrábamos debajo de su cama o metido en un clóset. Otras veces se iba a sus rincones nada más porque sí. Entonces se suponía que se estaba escondiendo de alguien (del ovni, de los extraterrestres), pero no dejaba de decir, o de gritar, quién sabe qué cosas.

Nunca se recobró del todo. No regresó a la universidad. Rompió todo contacto con sus amigos y compañeros. Y cuando estaba en casa y sin ataques, igual nos jodía, porque se pasaba las horas encerrado en su cuarto, escuchando música.

La ponía a todo volumen. Parecía el vecino ruidoso y ojete que todo el mundo tiene, con la diferencia de que no vivía en la casa de junto y podía ponerse a molestar a cualquier hora y no solo de madrugada. Siempre su maldito rock and roll: canciones que le gustaban (según mi mamá) desde antes de que le pasara lo que le pasó, pero solo una parte de las que había oído de joven. Aquellas que, según él, tenían que ver con eso: con los ovnis, el espacio, las otras dimensiones… De todas se sabía la letra, el título, el álbum, el compositor y muchos otros datos inútiles.

–Rush, «Cygnus X–1», *A Farewell to Kings*, 1977 –decía–. Metal cósmico progresivo. Épico. Los Beatles, «Across the Universe», *Let It Be*, 1970. El espíritu que sale del cuerpo. Santa Sabina, «Nos queremos morir», *Símbolos*, 1994. Mundo loco. Invocación a seres trascendentes.

No le gustaba nada que fuera posterior a 1994, a su ¿accidente?, ¿secuestro?, ¿qué? Tampoco le gustaba ningún otro tipo de música. Una vez le puse cumbias de las que le gustan a Adrián para bailar y él puso cara de Por Qué Me Obligas A Escuchar Mientras Torturan A Alguien Con Choques Eléctricos, o algo parecido. Nunca lo volví a hacer.

(–Mira, en eso –decía mi mamá– se parece a cualquier persona de nuestra edad. Está atorado en lo que le gusta. Como yo con Miguel Bosé. Si la enferma fuera yo lo estaría oyendo todo el día. Cuando él era muy guapo yo era joven, y además delgada como tú. ¿Cómo quieres que una no quiera volver a sus buenos tiempos?).

–Pink Floyd –mi tío–, Pink Floyd. «Echoes», *Meddle*, 1971. Parece sobre el mar pero en el fondo es sobre el espacio. Oigan…

Esa, que es larguísima, la ponía desde el principio, y cuando iba a llegar la parte de la letra nos llamaba y se ponía a cantar con las voces de la banda:

And no one showed us to the land,
and no one knows the where's or why's,
but something stirs and something tries
starts to climb towards the light.

–Cita lo que le conviene –comentaba mi mamá cuando él no estaba cerca. Por suerte nunca quiso conseguirse una guitarra o fingir que tocaba la batería con los trastes de la cocina.

Cada cierto tiempo tratábamos de que usara audífonos, para que molestara un poco menos, pero cuando aceptaba ponérselos le daba por cantar a gritos, y tarde o temprano dejaba de usarlos. Fue peor las dos o tres veces que le quitamos el reproductor. No lo sacó de ese estado ni la muerte de sus padres, mis abuelos, que se fueron con un año de diferencia cuando

yo empezaba la secundaria.

4

Hoy, las dos estamos sentadas en la cama donde él dormía. En las paredes hay fotos impresas o recortadas de revistas, clavadas con tachuelas sobre el tapiz color hueso: fotos de sus artistas favoritos, o logos de bandas, aunque también mapas, paisajes, gente. El subcomandante Galeano, el de los zapatistas, cuando todavía se llamaba Marcos. Emiliano Zapata. Y otros que no sé quiénes son.

Entre las imágenes hay algunas notas escritas a mano. Pablo tiene (¿tenía?) una letra muy bonita, muy pequeña. Citas de sus canciones.

Ahora se me ocurre que nada se parece a las cosas que tienen los locos en la televisión o las películas: ninguna imagen es horrible ni hay nada parecido a una mancha de sangre.

(Y si mi tío veía ejecuciones o fotos de asesinos en serie en internet, no hay rastros en su historial. Lo revisamos algunos días después de la marcha: nada más que ovnis, noticias y rock. Yo pensaba que al menos habría muchas visitas a sitios porno, hechas cuando mi tío llegaba a quedarse solo en casa. A lo mejor aprendió a esconderlas).

Por otra parte, lo que nos tiene aquí es el silencio. El Marciano no está aquí para poner nada y nosotras tampoco lo hacemos. Podríamos estar en cualquier otra parte de la casa, podríamos salir, pero no: venimos al silencio de este cuarto.

Claro, quién va a estar de humor para poner música. O para encender luces. Ha de haber más de un vecino con la impresión de que nosotras nos hemos ido junto con Pablo.

–Hoy hablé con tus otros tíos –me dice mi mamá, de pronto–. Dicen que Pablo ha de estar en un reclusorio.

–¿Para qué hablas con ellos?

–Les tenía que avisar –dice mi mamá–. No les había dicho. ¿Qué más podía hacer? Ya sabíamos lo que iban a decir. Y tu tío Alfredo salió con una peor.

No dice más y después de un momento tengo que exigirle:

–Ya, dilo. No te tragues esas cosas.

–Dice que deberíamos estar contentas.

El tal Alfredo es un primo de ella y es un imbécil. No es solo lo que dice ahora, o lo que dice de mí (porque yo sé que lo hace). Cuando Pablo regresó de Los Ángeles, el mismo Alfredo se dedicó a decir que seguramente mi tío

era drogadicto y «se había quedado en el viaje» durante su noche de juerga. O tal vez había sufrido una violación multitudinaria. O tal vez, al ser violado, descubrió que le gustaba, y su mente no pudo con esa verdad. En general, los hombres de mi familia son muy idiotas: malvados a lo idiota. Cualquier día de estos se meten a la política y los eligen presidentes de algo.

–Diles que digo yo que se metan sus opiniones por donde les quepan.

Cuando mi tío desapareció y volvió a aparecer hubo quienes dijeron que a lo mejor Pablo era «revoltoso» y había estado haciendo quién sabe qué cosas para la guerrilla. O que era delincuente de algún otro tipo, secuestrador, traficante. O que se estaba haciendo el tonto para no trabajar. Decían eso porque eran unos hijos de puta, y porque podían hacerlo: porque no había otras respuestas. Los primeros años de mi vida fueron de muchos doctores que iban a la casa… a ver al Marciano. A hacerle pruebas. No había de otra: él no salía, no salía y no salía. Pero ninguno le pudo hacer un diagnóstico que tuviera sentido o al menos darle un tratamiento que sirviera de algo. Unas pastillas lo ponían peor; otras lo noqueaban, y ni modo que se pasara en coma toda la vida, decía mi mamá.

Pablo empezó solo a querer salir otra vez. Lo recuerdo. Fue en los últimos días de 1999 y una tarde, de pronto, nos dijo que quería ver el mundo.

–Por favor. Necesito fijarme en los detalles. Porque a lo mejor cambia –dijo–. A lo mejor viene otra era. Lo están anticipando desde hace quién sabe cuándo. Unos pensaban que el socialismo. Que eso iba a ser. Desde fines de los años ochenta se decepcionaron y muchos ya han de estar muertos. Pero a lo mejor sí se compone el mundo, de otro modo. Después de todo se compone y con eso ya nos salvamos. Lo dijeron hasta los Dug Dug's. «Voy hacia el cielo», *Smog*, 1972.

Voy hacia el cielo.
Voy hacia el Sol.
Voy, voy, voy hacia la Luna.
Las estrellas brillan sin cesar.
Voy, voy
hacia donde encontraré la paz.
Voy al Infinito.

Esperamos a que dejara de cantar. Mi mamá lo tomó de una mano y yo de la otra. Salimos. No se puso loco al cruzar la puerta ni al pisar el asfalto de la calle.

–Hay luces –dijo, porque ya era casi de noche y ya estaban todas

encendidas.

A lo mejor ese momento es cuando más contenta me hizo sentir. Tenía cara de Qué Bonito Se Ve Todo. Como un niño.

Salimos algunas veces más, pero él se deprimió cuando llegó el año 2000 y no hubo ninguna nueva era. El último médico que fue a verlo fue por eso, tampoco hizo nada y nos salió con que a lo mejor lo de salir afuera, que era un gran logro, podía ser suficiente, dadas las circunstancias.

Solo le faltó decir que la «mejora» del Marciano era un logro suyo. Mis abuelos se hartaron y lo mandaron al carajo. Y a partir de ese momento, nada: no más médicos ni pastillas ni nada. Se acabaron las consultas.

–Ya nos tocó cargar con esto –dijo mi abuelo–, ya ni modo. –Y con eso el tío Pablo se volvió la vergüenza de la familia: algo como el hijo bastardo o deforme del que no es posible deshacerse pero hay que mantener oculto, para que nadie más lo vea.

5

Cuando crecí empecé a decirle a mi mamá que esa actitud es de telenovela: de sufrida familia mexicana. Pero la verdad es que después de la muerte de los abuelos, y hasta el día de la marcha, nosotras seguimos portándonos como ellos. Y la demás gente también: todos podían decir las cosas horribles que quisieran, pero nadie hizo nunca una denuncia en su contra, igual que nunca hubo una en su favor (por daños y perjuicios, contra quien fuera responsable, etcétera). Nadie creyó nunca la historia del Marciano, pero tampoco hubo nunca otra que sonara medio convincente o que le importara mucho a alguien. E incluso a las personas que llegaban a querer ayudarlo, que sospechaban que había sido víctima de alguien y no quería decirlo, él mismo les decía que no hicieran nada.

–Lo que viví no tiene castigo –decía, también como si viviera en una telenovela–. No tiene reparación. No es cosa de la Tierra.

6

Cuando yo era niña, él contaba con frecuencia su historia. O su versión, como se diga. A mí me lo llegó a contar muchas veces. Yo ya sabía que era peor decirle que no, no queríamos oírla, de hecho ya nos la sabíamos, aunque siempre contara lo mismo y hasta con más o menos las mismas palabras.

–Supuestamente era una asamblea de estudiantes –me decía–, para apoyar a los zapatistas, pero acabó en pachanga. Muy mal. Falta de claridad. De compromiso. Además yo ya tenía todo listo, llevaba a Pixies y a Mano Negra y el nuevo de Pink Floyd, pero primero todos querían oír a Los Folkloristas y a Silvio Rodríguez y al empezar la peda todos se pasaron a Joaquín Sabina y José Alfredo Jiménez.

Yo creo que sí tenía mucho afecto por todo eso que oía. Yo crecí oyendo una parte, la que se quedó con él, pero para mí, y para mi mamá, era la banda sonora de su enfermedad: de esa cosa de la que no debía hablar fuera de casa, y que teníamos que soportar por alguna razón que nunca me quedaba clara: porque el abuelo lo había dicho o porque ese era el destino de una familia como la mía.

De niña, yo tuve una etapa en la que pensé que la música era la que había ocasionado que a mi tío lo secuestraran los extraterrestres. Y luego, cuando me dijeron que los extraterrestres no existen, no solo le perdí al Marciano el poco respeto que le tenía, sino que tuve otra etapa, en la que pensaba que la música era la causa de que se hubiera vuelto loco.

–¿Quién te dijo eso? –me reclamó mi mamá una vez que se lo conté–. Eso es reaccionario. La música no tiene la culpa. Lo más que tenía tu tío, o sea, antes de su problema, es que era medio teto. Ñoño. *Nerd. Loser*.

Tuvo que explicarme cada una de esas palabras.

La historia de mi tío el Marciano continuaba así: aquella noche, después de un largo rato de sentirse entre enojado y cucaracha con sus compañeros, Pablo se hartó, recogió sus discos que nadie había querido oír y salió de donde estaba. Era la casa de un amigo. Ya era de madrugada. Pablo estaba un poco borracho pero sabía que ya se le había hecho tarde para volver. Estaba hasta Texcoco, un rumbo por el que nunca había estado, y ahora que se había salido solo, en vez de esperar a quienes lo habían traído, no sabía bien qué transporte tomar, ni dónde.

–A lo mejor ni siquiera había transporte que tomar a esa hora –decía él–. Ni sé. A lo mejor estaba más que un poco borracho. La calle estaba vacía, no había mucha luz y yo me puse a cantar bajito para sentirme menos nervioso.

En este punto decía qué canción, y si no la ponía en su reproductor la cantaba él. Era de no sé quién…

Sí sé, claro que sé: Arturo Meza, músico subterráneo mexicano, de esos que no le gustaban a nadie más que a mi tío; «Hasta el amanecer», de su disco *Ayunando entre las ruinas*, 1987.

Deja tu frío, nena,
en mi costado.

Deja que la noche entera
nos envuelva en su plasma
y que nos monte en su sonido

Caminó sin rumbo, cantando, un par de cuadras. Entonces vio una luz.

Primero eso fue lo único. Una luz en el cielo. Cuando se dio cuenta ya estaba sobre él.

Parpadeó, me decía, y la luz desapareció y él siguió caminando, pero ahora había llegado a otra calle mucho mejor iluminada. De hecho estaba llena de luces. Sentía húmeda la cara y le molestaban los ojos y la garganta. Dio vuelta a una esquina y entre las personas que pasaban a su alrededor le llamó la atención una mujer que parecía bastante borracha, vestida con botas altas y una minifalda. Tenía una peluca color azul eléctrico e iba con dos o tres mujeres más. La de la peluca se le acercó y le dijo:

–*You look lost. Wanna go for drinks?*

–*Who's that? Don't talk to him!* –le dijo alguna de las que la acompañaban.

–Y yo –me contaba mi tío–, pues más o menos le sabía al inglés, de algo me sirvió el rock, le entendí. Y pues sí, estaba perdido, pero también me sentía muy raro, y pensé que sería por el alcohol. Me dije: más vale no tomar más. No es que esté fea. Me sentía cansado. –Y esa noche, según él, dijo:

–*I want to go home. I'm late.*

Le extrañó que no le hablaran en español y después de haber hablado pensó que tal vez la perdida era ella. Debía ser una turista.

–Lame-o! –dijo la mujer. Mi tío entendió que se burlaba (o algo parecido), la vio regresar con sus acompañantes y siguió caminando. Tardó un poco más en darse cuenta de que los letreros de las calles estaban en inglés. Empezó a sentirse inquieto, y no solo porque ya no entendía dónde estaba sino por algo de adentro.

–Cerré los ojos cuando vi la luz. Primero pensé que había sido un parpadeo. ¿No? Pero no. Al contrario. Seguía yo caminando y empecé a sentir, primero, que en realidad me dolía todo el cuerpo. Y después como un vacío. Como que algo me faltaba. Algo que antes tenía me lo habían quitado. Y aquello era Los Ángeles. Me tardé mucho en entenderlo, pero no estaba donde había estado. Me había desplazado mucho, miles de kilómetros, sin darme cuenta. ¿Cómo procesa uno eso? Yo no lo pude procesar. Me dio como pánico. Y frío. Y eso que traía chamarra. Supongo que en cuanto sentí el vacío, el vacío se empezó a llenar. Poco a poco me regresaba el recuerdo. Lo que pasó en medio, entre una ciudad y la otra…

Según Pablo, en Los Ángeles eran como las cuatro o cinco de la mañana

del día siguiente a su ida a Texcoco. Y él estaba en Hollywood Boulevard o por ahí.

–Casi me tiran en una estrella del Paseo de la Fama –decía–. Cabrones. ¡Y se quedaron con mis discos! Cuando llegué allá no tenía nada, hijos de su puta madre…

Decía que allá, en esa calle, también iba murmurando, echando pestes. Un policía lo vio. Debe haber pensado que Pablo se comportaba raro. Se le acercó y mi tío hizo lo que hubiera hecho en México: darse cuenta de que era un cerdo y huir corriendo. El policía lo alcanzó y lo tiró al suelo.

–Antes no te disparó –le dije yo una vez, pero no debí porque en cuanto se lo dije corrió a encerrarse en su clóset y empezó a llorar, no muy fuerte pero sí mucho tiempo, y no aceptó salir hasta el día siguiente.

Esa noche el policía se lo llevó y lo encerró en un separo o un sitio parecido. Y ahí todo se vuelve a poner confuso. Mi tío dijo que mientras estaba metido en la cárcel, o la comisaría, o donde fuera, se acordó de todo: de lo que le sucedió entre cerrar los ojos en Texcoco y abrirlos en California. Pero al acordarse el mundo «se le borró».

–Es que el pasado explotó y me llenó todo el cerebro –decía–. Por un tiempo no me pudo entrar otra cosa. Privación sensorial. Estaba cabrón, era como estar encerrado en una película de terror.

–Unos doctores decían que a lo mejor tuvo una fuga –decía mi mamá–. He investigado y como que no me suena, pero…

–No pudo ser fuga porque yo estaba encerrado –le contestaba Pablo.

Lo importante es que mi tío no tenía recuerdo alguno del tiempo que estuvo preso. Si lo movieron a más de un lugar, no supo. Si le hicieron preguntas, no supo. Mi abuelo fue por él y se lo trajo de regreso. Si estaba mintiendo era muy conveniente, porque él podía decir que no tenía idea de cuánto tiempo pasó en Estados Unidos, o cuánto se tardó de veras en llegar, que fue siempre lo más raro de todo.

–¿Pero por qué iba a mentir? –se quejaba él–. ¡Es la peor cosa que me ha pasado en la vida! Además eso sí lo recuerdo perfecto.

7

Ahora, aquí en el cuarto de mi tío, mi mamá y yo hablamos. Ella me cuenta de su trabajo. Van a despedir gente. Ella ya se unió a un grupo que está intrigando para que no los despidan a ellos sino a otros.

Yo le cuento que sí voy a terminar la carrera el año que viene –por un tiempo no fue seguro, porque tenía problemas con unas calificaciones– y ya

solo quedará el problema de titularme.

Las dos nos acordamos de mi abuela: de su decepción porque nadie en la casa hubiera terminado una carrera.

–Se le olvidaba de que, yo al menos, la dejé para ayudarlos a ellos –me dice–. Fue después de que nacieras. O sea, ni siquiera fue por ti.

–¡Gracias! –digo, haciéndome la ofendida.

–Cuando corté a tu papá y estaba toda embarazada seguía yendo a clases.

–¡Ya entendí, madre! –Me río.

–Y acá todos se ofrecían a cuidarte. Hasta Pablo.

Otra vez nos quedamos calladas.

Cambiamos de tema. Intentamos con el abuelo. Era un hombre, digo, muy enojado con la vida. Mi mamá dice que estaba amargado, aunque insiste en algo que me ha dicho antes: que no pensara en los regaños que llegó a darme. Que apenas llegó a conocerme. Yo le digo que eso me pasa con mi abuela. Le cuento que la recuerdo como una señora muy callada que me daba dulces o me acariciaba el pelo cuando me veía sola. Por cierto, también trataba bien a mis amigas de la escuela, Paula y Marisol, a las que ya no veo más que en redes. Paula trabaja en un bar, le digo a mi mamá, y a Marisol la acaban de deportar. No le sirvió que fuera estudiante con todos los papeles en regla: no la dejaron ni empacar y la pusieron en un autobús hacia la frontera con México.

–La hubieran puesto en un avión –dice mi mamá.

–Como al Marciano –digo yo, sin pensar.

Otra vez nos quedamos mirando.

Aunque tratemos de no hablar de él, está encima de todo lo que decimos. Digo que es natural. Que han sido años. Por fin las dos nos rendimos:

–Hasta en eso le fue bien al hijo de la chingada –dice mi mamá–. Aquí, desde antes de que nacieras era el consentido. Por ser hombre. ¿Te conté que mi mamá le servía más comida que a mí en el plato?

–¿Y tú no decías nada?

–¿Qué iba a decir?

–¿Cómo que qué? –e indigno–. Que no era justo…

–Rebeca, esta era una familia, ¿cómo se dice? Heteropatriarcal. Yo eso fue lo que aprendí. No habías nacido tú para enseñarme que soy una pendeja.

–Ay, cálmate, Dolores. –Me enojo. La llamo por su nombre cuando estoy enojada de veras.

–Cálmate tú, Rebeca.

–¿Yo qué?

–¡Primera vez en tu vida que estamos las dos solas, y para qué!

Se para y sale del cuarto. No voy tras ella. Lo que dijo casi es verdad.

Este mes ha sido el primero que pasamos sin mi tío Pablo en toda mi vida. Yo nunca había pasado más de una semana sin verlo.

Por hacer algo miro la mesa donde está el reproductor de mi tío. Nunca quiso pasarse a usar mp3, igual que tampoco quiso nunca un teléfono. Junto al aparato está una caja cerrada. Gong, banda progresiva con no sé cuántos miles de integrantes y de álbumes. *You*, 1974, del que la canción que le gustaba al Marciano es «You Never Blow Your Trip Forever»:

It's the world of illusions
and Zero the Hero
is up to his ears
on the mysteries…
No solution to speak of…
Round & round & round &
round & round
That's Zero going round again…
And maybe you come,
and maybe you're gone,
and maybe you're right
and maybe you're wrong

Me doy cuenta de que ya no recuerdo si eso fue lo último que escuchó antes de que saliéramos.

Mi mamá regresa. No sé en qué estuvo pensando en este par de minutos. Lo primero que me dice es:

–Mira, tu tío estaba enfermo. *Está* enfermo. Sufrió daño en su viaje a Los Ángeles y lo más seguro es que ya tuviera algo desde antes, latente. Se fue con esos güeyes que eran sus amigos, de puro loco, sin avisar. En autobús hasta Tijuana y a pie por la frontera. ¿Sabes que tenía pasaporte? Se lo debe haber llevado. Cuando regresó no lo traía, pero un día lo buscamos y no estaba aquí. Quién sabe dónde habrá quedado.

–¿Y entonces? –pregunto.

–¿Entonces qué? Algo le pasó estando allá. Tuvo una sobredosis, se cayó y se golpeó la cabeza, le dio una crisis que tarde o temprano le hubiera dado, ¿yo qué voy a saber? Y en vez de ayudarlo, sus «amigos» lo dejaron ahí. Cabrones. Eso o algo parecido tuvo que ser. Y en realidad ahora ni importa. Lo que importa es que se lo llevaron.

–¿Cómo que se lo llevaron?

–Ay, Rebeca, el *gobierno* se lo llevó. Ahora. El otro día. Tú estabas ahí. ¿Qué otra explicación puede haber?

Digo una estupidez. No puedo controlarme. Mi intención es que suene a burla. No sé de qué.

–Según él, le dijeron que iban a regresar…

8

–Claro que te puedo decir lo que me hicieron esos ojetes –me decía Pablo, y a veces yo le respondía para molestarlo:

–¿La migra?

–Los extraterrestres. La policía qué. La policía no puede haberme hecho nada que no le haga a muchas otras personas. Y no tienen un secreto. Los extraterrestres sí tenían uno, y ahora yo soy el que lo tiene que cargar. A lo mejor por eso son tan cabrones. Tan hijos de puta. Los extraterrestres.

Todos pensamos que Pablo ya sabía cómo son los casos de ovnis, secuestros alienígenas y esas cosas cuando le pasó lo que le pasó. El tema estaba hasta de moda. No había sitios web de conspiraciones pero sí libros, revistas y programas de televisión. Y por eso lo que él dice es igual a lo que dicen todas las otras personas que creen que se los llevaron en una nave espacial: que el rayo de luz en realidad anuló la gravedad y lo hizo subir hacia la nave; que los extraterrestres eran pequeños, pálidos y de ojos enormes; que lo desnudaron, lo pusieron en una mesa de operaciones, le metieron agujas y varillas de metal por todo el cuerpo. Lo que dicen todos.

–Y me dijeron que un día iban a regresar por mí –terminaba. Como tantas otras personas.

Lo único que nunca pudimos encontrar en la historia de alguien más es una parte muy rara: en un momento dado, decía él, trajeron un mono –quién sabe de qué especie, un orangután, tal vez–, se lo pusieron delante y lo desintegraron con una pistola de rayos, que le disolvió la carne de una manera muy extraña. Lo que quedó en el suelo ante mi tío era un montón de algo pastoso y blancuzco, parecido al arroz con leche. Quién sabe de dónde le vino eso.

–Yo lloré muchísimo por el hermano animal –decía Pablo–. Lloré a gritos. No era justo. A lo mejor es cierto que ellos crearon la vida. En la Tierra. –Eso se lo agregó a la historia en algún momento después de los primeros años: debe haberlo visto en internet–. Pero eso no les da derecho. No son mejores que nosotros. Que los que ya destruyeron la atmósfera. Los que ya acabaron con las jirafas y las abejas. Y las mariposas monarca. Cabrones. Yo seguía llorando cuando me vistieron y me echaron de su nave. Cuando toqué tierra en Los Ángeles actuó su supresión de la memoria. La

que me pusieron. Por eso se me olvidó. Ya no supe por qué tenía la cara mojada y la garganta cerrada y los ojos todos rojos. ¿Verdad que eso está mal? ¿Lo que ellos le hicieron? ¿Al pobre hermano mono?

9

–Pero es como la canción. –Y se ponía de pie, estuviera donde estuviera, e iba a su reproductor a poner algo.

–¡No! –decía yo–. ¡No! –Y él no me hacía caso. Nunca nos hacía caso. Toda la vida, los veintitrés años que tengo, se lo pedimos y nunca sirvió de nada. Pero yo nunca esperé que un día fuera a dejar poner sus porquerías. Era solo que «No» o «No seas cabrón» o «Por favor» era de lo poco que le podía decir sin miedo de verlo quebrarse. De las pocas maneras que tenía de quejarme sin causar una catástrofe.

–Para ejemplificar –me decía él mientras encendía el reproductor. Lo tenía desde antes de que yo naciera. Junto con el CD tenía dos reproductores de casete. Una vez Adrián me preguntó qué eran y tuve que encontrarle un video de YouTube que lo explicara.

–Ya me sé todas tus putas canciones –le decía, y era verdad. Y él ponía de cualquier modo alguna de sus putas canciones. Por ejemplo, «Space Oddity» de David Bowie, del álbum epónimo (o sea, que se llama como el artista) de 1969:

Planet Earth is blue
And there's nothing I can do

O «Carouselambra» de Led Zeppelin, *In Through the Out Door*, 1979:

Touched by the timely coming
Roused from the keeper's sleep
Release the grip, throw down the key
Held now within the knowing
Rest now within the peace

Cuando estaba harta de veras y no quería ser generosa, le preguntaba a él, a mi tío, si los marcianos no podrían haberle enseñado a cantar con sus varillas y sus rayos destructores.

Él empezaba a cantar a gritos.

–Ya, carajo –le gritaba yo, o mi mamá, si andaba cerca.

–No digas carajo. Déjame sosegar –nos contestaba, igual a gritos–. ¡Un día van a venir, y me van a llevar, y ustedes van a estar llorando!

–¡No, vamos a hacer una fiesta! –le decía yo, ya en los últimos años–. ¡Muy justiciero, mucho amor a México, pero el rock and roll no es mexicano! ¡Tarado! ¡Vendido! ¡Colonizado!

–¡Y yo no voy a estar aquí para escucharlas! –gritaba él–. ¡Va a ser un funeral su puta fiesta!

Siempre acababa por llegar a lo mismo: que un día iban a regresar a llevárselo otra vez. Era una especie de chantaje. Los hijos de puta de mis tíos le hubieran respondido que por qué tardaban tanto los extraterrestres.

10

En este mes hemos vuelto a hablar de las canciones solo por una razón: porque encontramos una que nunca nos puso, que no cantaba, de la que no teníamos idea pero que habla de un ovni, de un secuestro, una luz arriba y casi todo lo demás que contaba mi tío. Se llama «El aparato» (Café Tacvba, *Re*, 1994) y en la letra hasta viene un personaje llamado Pablo.

¡Ay! Qué hombre que maneja el aparato.
Cuando voltié lo tenía arriba.
Es una luz.
Algún tiempo me dejó inmóvil.
Solo me quedó el zumbido
de la luz.
Lo escuchaba en mi cabeza:
en lengua extraña me hablaba
pero entendí.
Juro que no había tomado:
solo estaba encandilado,
la hora perdí…

Adrián me la pasó. Del *Re* él me ponía otra, «La ingrata», para molestarme, porque ya ni los del grupo la tocan. Pero la semana pasada él oyó todo el álbum en línea, y como nunca le había hablado de él, me preguntó.

–Está raro, ¿no?

–No chingues –dije yo.

–Es del año en el que pasó –dijo luego mi mamá, cuando se la puse.

Cerca del final la canción dice:

Cuando me encontré con Pablo
fue que me contó esta historia
y no le creí.
Esto fue hace algunos meses.
Desde entonces que no lo vemos
más por aquí.

Hoy, aquí en el cuarto de Pablo, hemos gritado un poco más. No ha sido igual que otras veces. Como que no sabemos cuándo detenernos. Vamos a tener que aprender a discutir de otra manera.

Al menos, al final nos hemos calmado y hemos vuelto a la canción.

–A lo mejor la oyó en 1994 y se le quedó –dice mi mamá–. Se le quedó en la memoria, y cuando le pasó… lo que sea… de ahí salió la historia. Por el nombre de Pablo. Sin que se diera cuenta. Por el trauma o la fuga o lo que sea, la tomó como suya. Se le olvidó que venía de otro lado. A lo mejor hasta fue a propósito.

–¿Y lo demás? ¿Las varillas, el arroz con leche?

–¿Eso qué? Tú lo has dicho. Viene de las demás cosas que veía. De lo que leía. Mira –dice–. Ahora que lo encontremos habrá que volver a pensar en un tratamiento, algo. Ahora pienso que lo descuidamos mucho. Yo, pues. Yo tenía la responsabilidad. Pero ya, vámonos. –Y se levanta.

–¿Sí quieres ir a la marcha?

–¡Claro que quiero ir a la marcha! No es nada más por tu tío. ¡Tú estabas ahí, tú viste lo que pasó!

11

Así que vamos, y aquí estamos. Esta ha sido llamada la Marcha contra la Infamia, y es para seguir protestando contra el gobierno que quiere vender el país y que ya empezó otra vez a hacer sus chingaderas. La marcha grande del mes pasado se hizo al mismo tiempo en casi veinte ciudades; de la de aquí hubo al menos ciento setenta y cinco personas que no volvieron, y en el resto del país ocurrió lo mismo. Estuvo muy cabrón. De algunas personas se sabe dónde están –en qué comandancia, reclusorio, hospital, depósito– pero otras están desaparecidas, incluyendo al Marciano.

Ahora es mi mamá la que nos acompaña. O al revés: los tres vamos en un contingente de señoras. Mi mamá se afilió a una organización de

activistas y los intrusos somos ahora Adrián y yo. Ella se ha pasado buena parte del mes con esta gente: yendo a reuniones, enviando mensajes, repartiendo volantes, y eso aparte del tiempo que las dos hemos pasado yendo a juzgados, a oficinas, a hacer preguntas sin que nadie nos dé razón de nada.

Aquí vamos hoy, al frente de un grupo de diez por diez, cargando nuestra parte de una pancarta muy grande y gritando las consignas:

Esta marcha no es de fiesta.
¡Es de lucha y de protesta!

¡Ni perdón ni olvido,
castigo a los asesinos!

¡Porque vivos se los llevaron,
vivos los queremos!

A mí la que más me gusta es la que parodia una canción antigua (que no es de rock) y sirve de pase de lista:

¡Yo soy!
¿Quién?
El homosexual.
¡Que sí! ¡Que no! El homosexual.
¡Yo soy!
¿Quién?
La lesbiana.
¡Que sí! ¡Que no! La lesbiana.

Seguimos con transgénero, bisexual, intersexual y hasta el/la heterosexual (¡buga consciente!, decimos); el oficinista, la activista, el desempleado; el adolescente… La gente puede ir proponiendo lo que quiera y quienes dirigen las consignas los apoyan. Yo pienso en gritar algo para hacer mención de mi tío. ¿Pero qué? ¿El enfermo mental? ¿El secuestrado?

Cuando peor se ponía, Pablo empezaba a llorar. Podía quedarse horas en la misma posición, gimiendo, diciendo que no había pedido ser un fenómeno, un fracaso, el peor hombre de su generación. No hacía mucho ruido y a veces hasta tardábamos en darnos cuenta de que se hubiera puesto mal. No rompía cosas ni se desvestía ni babeaba, como se supone que hacen los locos, pero en esas ocasiones se veía más enfermo que nunca, más

lastimado.

–Y no le va a importar a nadie –decía–. Me voy a ir. Otra vez. Van a venir por mí ¿y quién va a decir algo?

Seguimos caminando y yo veo a Adrián muy entusiasmado. Igual a mi mamá. Yo también debería estarlo. Esto me gusta. No solamente es importante: es diferente del resto de mi vida. Lo admito: estar aquí es mucho *mejor* que estar encerrada en casa, amarrada a alguien que está sufriendo pero a quien no se puede tocar, que ya está más allá de cualquier ayuda. Que solo estaba esperando irse: morirse, en realidad.

Pero no puedo decirle esto a mi mamá. Incluso si ella misma siente lo que yo, es algo de lo que nunca, nunca vamos a hablar.

Y además está lo que no me atrevo a contarle: lo que ella no sabe de lo que pasó con mi tío.

12

Hoy cantamos al marchar, como siempre, pero apenas hay risas. Los carteles tienen más palabras de enojo. Los muñecos para quemar cuando lleguemos al Zócalo son más. Los policías ya están acechando, con sus escudos transparentes y sus toletes y sus caras de Tengan Mucho Miedo Porque Nada Más Estamos Esperando La Señal, aunque todavía no se acercan.

No solo aquí en la ciudad, sino en todas partes ha habido golpeados, arrestados, muertos durante el último mes. Y todos los precios han subido, siguen deportando gente allá, siguen matando aquí. Algunos piden la revolución, pero mucha más gente pide la mano dura, que llegue alguien fuerte que lo arregle todo. Y todo sigue revuelto: nadie se hace responsable, es imposible hablar con quien no está ya de acuerdo con una, y nadie sabe tampoco qué va a pasar.

En la marcha del mes pasado todo parecía más tranquilo. Ahora somos miles, pero en esa fuimos todavía más. Por igual gente joven, señores y hasta algunos viejos. Gente de varias universidades y grupos tocaba instrumentos y cantaba. Otros estaban disfrazados. Salimos de la glorieta del Ángel y avanzábamos hacia el Zócalo. Allá en la plaza iba a haber muchos oradores: gente famosa, de la que llega por otro lado y sin marchar, y también, decían, compañeras y compañeros con algo que decir. Incluso iba a haber gente de los zapatistas.

Muchos en la calle, delante de los edificios de la avenida, no participaban en la marcha pero nos miraban y de pronto levantaban una mano para

saludar o hasta agitaban un puño. No sé decir con precisión qué cara tenían. Quizás era una cara de Perdón Que No Marchemos Pero A Nuestro Modo Estamos Con Ustedes.

Mi tío, Adrián y yo gritamos todas las consignas. Adrián y yo nos dejamos tomar fotos y mostramos los carteles que habíamos hecho. Pablo se olvidó de su rock and roll por un rato, pero se puso feliz cuando alguien señaló su camiseta y levantó un pulgar hacia arriba, y más aún cuando oyó, a lo lejos, que otro contingente estaba cantando «Aquí no es así». No quiso empezar a cantar con ellos; solo gritó:

–¡Que viva el rock and roll!

Estaba oscureciendo cuando llegamos al Zócalo. Tal vez tendría que haberme llevado a mi tío de regreso antes de que llegáramos. No lo pensé y él nunca me lo pidió. Mientras nos íbamos acomodando, contingente por contingente, en la plaza prendieron fuego a los muñecos que representaban a los presidentes, como se vio en las noticias, aunque solo eran tres o cuatro y no veinte. Y un grupo de gente encapuchada le prendió fuego a la puerta del Palacio Nacional, lo cual no me parece tan importante porque no es más que un pedazo de madera, pero no es cierto que estuvieran en la punta de la marcha ni que fueran líderes de nada. Nadie sabía quiénes eran. Y tampoco es que fuera la primera vez que pasaba algo semejante.

–¡Duro con ellos! ¡Duro con esos hijos de la chingada, con esos pinches tiranos de mierda! –les gritó mi tío.

Lo que no salió en las noticias es que, en cuanto se encendió la puerta, quitaron las barreras que había puestas en varias calles y la policía entró con todo. O quien haya sido. No todos traían el mismo uniforme. Eran más de los que se ven en los videos y no solo llevaban camiones con mangueras, sino también otros con armas. Yo estoy segura de que fueron ellos quienes dispararon primero y que no había «decenas de manifestantes armados». A lo mejor no había ni uno.

El orden se rompió en cuanto entraron. Por supuesto que teníamos miedo. Las filas se deshicieron. Adrián, mi tío y yo empezamos a correr casi de inmediato. Y entonces él se detuvo. Lo noté porque yo lo había tomado de la mano, como tantas veces lo había hecho, pero él se soltó. Me volteé y alcancé a agarrarlo otra vez.

–¿Qué pasa? ¡Ven! –le dije. En cualquier momento iba a haber una estampida. A gente en varias zonas de la plaza le estaban echando agua, pero en otras partes se veía humo.

Él se me quedó viendo. No se movió. Detrás de mí, Adrián me tenía agarrada de la otra mano y empezó a tirar de mí.

–Mira –dijo el Marciano.

–¿Qué cosa? ¡Ya ven!

Pero él insistió:

–Mira, mira. –Y con su otra mano señalaba hacia delante, hacia donde seguía entrando la policía.

Entre ellos y nosotros había una luz. Un círculo de luz en el suelo de la plaza.

Pensé que era un helicóptero. Un reflector puesto en un helicóptero. Hasta en las noticias se vio que hubo varios sobrevolando lo que pasó. El helicóptero debía estar suspendido encima de nosotros, tratando de alumbrarnos para que los cerdos nos vieran mejor. Me extrañó que el círculo no se moviera.

Pablo dijo:

–No lo puedo creer pero mira. Mira.

–¡Vámonos! –gritó Adrián y tiró de mí otra vez. No solté a mi tío. De pronto vi que ya estaban golpeando gente. No podíamos correr, porque mi tío seguía resistiéndose, pero al menos avanzamos un poco hacia uno de los extremos de la plaza, lejos de su centro. Yo quería ver si había alguna calle abierta.

–No –decía mi tío–. No. ¡Ve! ¡Después de todos estos años!

Alcanzamos a ver que estaban emboscando gente por la calle de Madero y nos desviamos en otra dirección.

–Pensándolo bien es mejor, Rebe –dijo el Marciano. Aún se resistía. Adrián me miraba a mí con miedo y con enojo. Escuchamos gritos, golpes–. Es mejor que ya. Es mejor así.

–¡Ya suéltalo! –me gritó Adrián. Después me dijo que estaba aterrado. Yo también lo estaba.

Pablo, ahora sí, se soltó de mi mano. Al hacerlo, como yo seguía tirando con fuerza, me hizo caer de espaldas, encima de Adrián.

–¡Perdón! –dijo mi tío–. ¡Por dejarlas aquí! –Y se echó a correr hacia la luz, se oyeron disparos muy cerca de nosotros, a Adrián y a mí nos ganó el pánico, nos levantamos, corrimos en otra dirección…

No sé qué hicimos. Nos fuimos por detrás de la Catedral y hacia la Merced. Nos metimos en un callejón, o un estacionamiento abierto, ya ni sé, al lado de otras personas, como seis o siete, que ya estaban allí, se notaba que venían de la marcha y nos vieron con cara de Por Qué Vienen A Invadir Nuestro Refugio. Nos fuimos. Seguíamos oyendo el alboroto pero al final nadie nos detuvo. Salimos de la zona y llegamos a casa de los papás de Adrián varias horas después. Por suerte lo quieren y yo no les caigo mal. Nos dejaron pasar y estuvimos allí, sin mandar mensajes, sin mirar siquiera por la ventana, hasta el día siguiente. Hasta la tarde me atreví a llamar a mi

mamá. Le pregunté si sabía algo de mi tío. La oí gritar.

Y ahora que pienso en todo esto, me pasa lo mismo que en aquel momento, cuando mi mamá gritaba. De entre todas las cosas del mundo, lo que recuerdo es otra de las canciones de mi tío. «Toma la ruta», de Soda Stereo, *Dynamo*, 1992. Álbum incomprendido, decía él.

No preguntes más por mí.
Nadie sabe nada.
No estés preocupada.
Yo la paso bien.

Esa la ponía cuando estaba más hundido. Como para salir, pienso ahora. Y esos cuatro versos eran de lo que estaba pegado en las paredes de su cuarto, escritos en un trozo de papel con su letra pequeña y bonita.

En la plaza, el mes pasado, cuando vi el círculo de luz del helicóptero no escuché la hélice. El motor. A lo mejor sí estaban sonando pero yo no los oí. Y también me pareció que el círculo no se movía: en vez de seguir a la gente, seguía alumbrando el mismo sitio en el suelo, el punto al que mi tío se acercaba aquella última vez que lo vi.

Agradecimientos

Varios de los cuentos de este libro existieron en versiones previas, en general más breves. Tuve ayuda para revisarlas y expandirlas, y para no quemarlas en el proceso, de dos personas queridas: Juan Casamayor, no solo editor insigne sino acucioso y atento, y Dalina Flores, profesora con afecto infinito por las historias.

Paul Viejo se encargó de los detalles finos y de atender mis propuestas extrañas de imágenes para la portada. (Saludos a Joan Brandon, dondequiera que esté).

A todos agradezco, y también a Raquel, por su propia lectura y por el resto de la vida.

A. C.
Fairfax, abril de 2018